



MIEDO A PERDERTE

Linda Winstead Jones

eLit

Miedo a perderte

Linda Winstead Jones

1º Madigan - Sinclair

Miedo a perderte (2001)

Título Original: Madigan's wife (2001)

Serie: 1º Madigan - Sinclair

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Súper Jazmín 429

Género: Suspense

Protagonistas: Ray Madigan y Grace Madigan

Argumento:

Ray Madigan era un atractivo policía que, con su cuerpo alto y fuerte y su increíble sonrisa, derretía los corazones de las mujeres. También era el tipo de hombre del que Grace podía enamorarse fácilmente, de hecho era el hombre del que ya se había enamorado una vez. Ahora era su ex marido y su amigo... nada más.

Hasta que, tras ser testigo de un brutal asesinato, Grace se dio cuenta de que su vida corría peligro y decidió pedirle ayuda a Ray. Sin dudarlo un momento buscó la protección de sus brazos... y deseó con todas sus fuerzas no haberlo abandonado nunca. ¿Era sólo porque parte de aquella ardiente pasión todavía sobrevivía, o acaso había algo más? ¿Era posible que de verdad estuvieran hechos el uno para el otro.

Capítulo 1

La sonrisa de Ray Madigan podía tener efectos devastadores sobre una mujer desprevenida. Grace se metió una patata frita en la boca mientras lo observaba pedir otro café y una ración de tarta de limón a la camarera, sin dejar de sonreír. Diablos, se suponía que Ray debía estar más viejo, más torpe y menos atractivo de lo que recordaba. ¿Cómo, si no, iba a conseguir olvidarlo de una vez por todas?

Ni una pincelada de gris salpicaba su suave pelo castaño claro, de un tono parecido al de la miel. Grace conocía a muchos hombres de treinta y cuatro años cuyas sienas estaban noblemente cubiertas de canas o aquejadas de un principio de calvicie. Pero Ray no se contaba entre ellos. El pelo, ligeramente largo, se le rizaba en el cuello y sobre las orejas en una mezcla de ondas rubias y mechones castaños.

Parecía no haber ganado ni un solo quilo en los últimos seis años. En realidad, era posible que hubiera perdido varios. Alto y esbelto, con unos hombros anchos que parecían diseñados a propósito para que la cabeza reposara sobre ellos, Ray estaba igual que siempre: es decir, demasiado guapo y excesivamente turbador.

También seguía llevando el mismo uniforme: camiseta, camisa a cuadros desabrochada, vaqueros azules y botas de cuero bruñidas. Grace sabía que, bajo la amplia camisa, se ocultaba la pistola que Ray siempre llevaba en una funda ceñida a la espalda.

No, nada había cambiado. Ray sabía hacerse el buen chico a la perfección, cuando le convenía. Para un observador fortuito, parecía uno de esos tipos, que se contaban por cientos, a los que solo les interesaba pasar un buen rato, tener a punto el camión y media docena de cervezas a mano. A menudo la gente no percibía el destello de inteligencia en sus ojos, la forma en que lo observaba todo y escuchaba cada palabra. Pero Grace, sí. Los ojos de Ray siempre la habían impresionado.

Cuando la camarera se alejó, aquellos ojos se posaron otra vez sobre ella. Grace se fingió tranquila y desinteresada. Indiferente. Distráida, como si estuviera muy lejos de allí.

—Bien —dijo él, echándose un sobrecito de azúcar en el café—. ¿Cómo se porta contigo el doctor Matasanos?

—El doctor Dearborne —lo corrigió ella sin rencor—. Debo admitir —

dijo con sincera admiración— que tenías razón. Fui a su despacho al día siguiente de comer contigo la última vez, y le dije que esperaba que me tratara con respeto. Le advertí que buscaría otro trabajo si no dejaba de hacer sugerencias impropias cada vez que nos quedábamos solos. Desde entonces, no ha vuelto a propasarse.

—Claro, no quiere perder a su administradora —dijo Ray, sin sonreír—. La gente no hace precisamente cola para trabajar con un dentista libidinoso.

—El doctor Dearborne no es libidinoso —dijo ella sin entusiasmo—. Es solo un poco... pesado.

—Es un viejo verde —murmuró Ray mientras la camarera ponía frente a él una ración de tarta de limón helada—. Hace unos meses, Trish fue a verlo porque le dolía una muela, y al final acabó sobándola mientras le hurgaba en la boca. El muy bastardo estuvo llamándola todos los días durante dos semanas.

—Trish. Tu segunda mujer, ¿no? —preguntó Grace, como si no supiera perfectamente quién era Trish. Esposa número dos, rubia, amante del jolgorio. Ray y ella se habían conocido en un bar, se habían emborrachado y habían decidido que estaban hechos el uno para el otro. Su matrimonio había durado tres meses. Al menos, oficialmente. Lo cierto era que no habían vivido juntos más de dos semanas.

Ray asintió.

—Llamé a Patty y le conseguí a Trish una cita con su dentista —dijo, mirándola con desaprobación—. No puedo creer que trabajes para ese tipejo.

Patty era su esposa número tres, una enfermera que lo había atendido en urgencias más de una vez. Más sensata que la alocada Trish, había conseguido que su matrimonio durara casi ocho meses. Se habían separado amigablemente, o eso había oído Grace.

Esta pensó que era un tanto extraño que Ray, Trish y Patty fueran amigos. Claro que también era sumamente extraño que Ray y ella estuvieran allí sentados, juntos, en ese preciso momento.

Extraño para la mayoría de la gente, tal vez, pero no para Ray, a quien Grace casi nunca había visto enfadado y que todo se lo tomaba bien. Lamentablemente, Grace sospechaba que nada ni nadie le importaba lo bastante como para hacerlo enfurecer. La gente iba y venía, salía y entraba de su vida, y él continuaba como si nada hubiera cambiado.

Grace procuró desviar la conversación de su jefe y de las exmujeres de Ray. Este último nunca parecía satisfecho cuando le explicaba que trabajaba

para el doctor Dearborne porque el sueldo era bueno y los complementos, mejores. Y hablar de Trish y Patty siempre le daba dolor de muelas.

—¿Cómo puedes comer así y no engordar? —dijo, señalando el enorme pedazo de tarta.

—He heredado el metabolismo de mi padre —dijo él con una sonrisa.

—Cualquier día, ese metabolismo tuyo cambiará —dijo ella, preguntándose si sería verdad. La última vez que había visto al padre de Ray, el hombre en cuestión tenía cincuenta y nueve años y estaba flaco como un fideo, aunque engullía comida suficiente para tres adolescentes hambrientos. Eso había sido casi nueve años atrás.

Ray y su padre no se llevaban bien, y se visitaban raramente. A pesar de ello, las pocas veces que los había visto juntos no había percibido animosidad. Los dos hombres se comportaban como viejos conocidos que se reunieran de vez en cuando porque creían que debían hacerlo, no porque quisieran verse.

—Deberías venir a correr conmigo alguna vez.

Él hizo una mueca mientras le hincaba el diente a la tarta.

—¿A correr? ¿Sin que nadie te obligue? Me parece improbable. Además —alzó una ceja—, tú corres al amanecer —agitó el tenedor hacia ella y arrastró perezosamente las palabras con su dulce acento sureño—. Eso no es natural.

Después de acabarse la tarta y el café, Ray la miró de un modo que le hizo pensar que iba a decirle algo que no le gustaría. Grace vio al verdadero hombre que se ocultaba debajo de su encantadora máscara, y notó la intensidad de los ojos azules que la miraban amistosamente. Aquella mirada no había cambiado con los años.

—¿Te acuerdas de Stan Wilkins? —le preguntó él.

—Claro. Se mudó al sur hace unos años, ¿verdad?

Ray asintió lentamente.

—Sí. Está en Mobile. Me llamó hace un par de días.

Grace quiso creer que aquella había sido una llamada puramente social, pero el pinchazo que sintió en el estómago le hizo comprender que no era así.

—Qué bien —dijo, en tono indiferente—: ¿Qué tal está Mary?

—Bien —respondió Ray con una leve sonrisa—. Su hijo mayor ya va a la universidad, ¿te lo puedes creer?

¿Ya había pasado tanto tiempo? Grace se estremeció. Sí, claro que sí. Un día se confundía con el siguiente y con el otro y luego con el otro, y los años

iban pasando inadvertidamente. Los años que no podían recuperarse.

—Se hace duro pensarlo.

Ray se inclinó hacia delante, con los antebrazos sobre la mesa y una mirada clara y directa. Parecía un hombre incapaz de hacer nada malo, un hombre que sabía lo que quería y que haría cualquier cosa por conseguirlo, sin que le importara el resto del mundo. Grace también conocía aquella mirada, y no presagiaba nada bueno. Él titubeó, tamborileó con los dedos sobre la mesa y, de repente, Grace supo lo que iba a decir.

—Stan dirige la unidad de narcóticos de Mobile, y está buscando a alguien que trabaje de infiltrado. Cuando se enteró de lo que había ocurrido aquí...

—Ni lo pienses siquiera —dijo ella suavemente, palideciendo y sintiendo que su piel se quedaba fría—. Dime que ni siquiera lo estás pensando...

Ray dijo despreocupadamente:

—Le dije que le contestaría dentro de unos días.

Grace respiró hondo y se recordó que no debía enfadarse. Debía tomarse con calma cualquier cosa que hiciera Ray Madigan. Pero, por desgracia, aquello era fácil de decir y difícil de cumplir.

—Llevas un año fuera de las calles de Huntsville —le dijo, intentando mantener un tono tranquilo de voz—. El negocio de investigador privado te va bien, tu mismo me lo has dicho. ¡Y no te han disparado ni una sola vez! Maldita sea, Ray, ya sabes lo que pasa cuando te metes en algo así.

Él no pareció sorprendido por su respuesta.

—Le dije a Stan que me lo pensaría.

De pronto, Grace recordó con excesiva claridad por qué había abandonado a Ray. La angustia, el horror, la sensación de que en cualquier momento alguien llamaría a la puerta y le arrancarían el corazón habían sido demasiado para ella.

Hizo amago de levantarse de la silla, pero Ray la detuvo, agarrándola rápidamente de la muñeca. Ella se quedó mirando su mano, maravillada un instante de su tamaño, su fuerza e innegable masculinidad. En las ocasiones en que se veían para tomar un café o comer, siempre había evitado cuidadosamente tocarlo. No se abrazaban cuando se encontraban, ni se daban un beso de despedida, ni siquiera se estrechaban las manos. Pero allí estaba, paralizada, mientras él la agarraba firmemente por la muñeca. La sensación despertó en ella muchos recuerdos...

buenos y malos.

Ray retiró la mano despacio, como si acabara de darse cuenta de lo que había hecho.

—Perdona.

Ella volvió a recostarse en la silla, todavía aturdida, pero no enfadada.

—Te dispararon tres veces cuando trabajabas en narcóticos, Ray. ¡Tres veces! — se le encogió el corazón al recordar la tercera vez, la más terrible de todas—. ¿Por qué demonios quieres volver a meterte en eso de nuevo?

Él no tenía respuesta para aquella pregunta, pero tampoco quería ceder. Grace vio determinación y un destello de inquietud en su mirada. Ray no le había contado aún por qué había dejado su trabajo en el Departamento de Policía de Huntsville, pero estaba segura de que tenía que deberse a algo más que a un simple retiro anticipado o a la necesidad de cambiar. Ray amaba demasiado su trabajo, se había entregado demasiado a él. Y había renunciado a demasiadas cosas por él, incluyendo a la propia Grace.

Esta no había retomado el contacto con muchas de sus antiguas amigas desde su regreso a Huntsville, pero sí había llamado a Nell Rose y a Sandy. Esposas de policías, ambas. Les encantaba quedar para comer, ir de compras y chismorrear sobre Trish y Patty, pero cuando Grace les había preguntado por qué había dejado Ray la policía, había recibido la callada por respuesta. Nell Rose le había dicho que no tenía ni idea y luego había añadido que quería postre y se había lanzado a un disparatado discurso sobre el chocolate. Otro día, Sandy le había respondido con un evasivo «por lo de siempre», justo antes de interesarse de repente por unos zapatos de tacón negros rebajados a mitad de precio.

—Le dije que pensaría en ello, eso es todo —dijo Ray suavemente—. No le he prometido nada.

No, Ray Madigan nunca prometía nada.

La camarera regresó y dejó dos tiques sobre la mesa. Siempre pagaban por separado.

Grace buscó en su bolso un billete de diez dólares, más que suficiente para pagar su hamburguesa y dejar una generosa propina.

—Por lo menos, escúchame —dijo Ray—. Sé que no te gusta lo que hago...

—A mí ya no me importa lo que hagas —dijo ella fríamente, confiando en que no se notara su furia—. Si quieres irte a Mobile y hacer que te maten, adelante —se deslizó suavemente de la silla e intentó pasar a su lado.

—Maldita sea, Gracie, siéntate —Ray volvió a agarrarla de la muñeca, impidiéndole marchar.

—Déjame —dijo ella, sin levantar la voz. Algo inoportuno se agitó en su interior, haciéndole desear sentarse a su lado, reposar la cabeza sobre su hombro y suplicarle que no fuera a Mobile. Llevaba mucho tiempo luchando contra aquellos sentimientos, y lucharía contra ellos una vez más.

—Siéntate —insistió él suavemente, negándose a soltarla.

—No.

—Gracie...

—No —dijo ella un poco más alto.

La camarera se acercó para recoger el billete de diez dólares de Grace, tal vez porque sentía la tensión, o porque la preocupaban los demás clientes, que los miraban por encima de sus cafés y sus tartas. Para relajar la situación, sonrió, guiñó un ojo y dijo:

—¿Por qué no se casa con el pobre chico y deja de hacerlo sufrir?

Grace dirigió a la chica una amplia, despreocupada y serena sonrisa.

—Ya lo hice.

La camarera abrió mucho los ojos, sorprendida. Ray levantó perezosamente una mano.

—Tamara, cariño, esta es Grace. La primera señora Madigan.

Ray se reclinó en la silla y miró alejarse a Grace. La sonrisa que había esbozado durante todo el almuerzo se desvaneció. El pelo oscuro y abundante de Grace, más largo de lo que solía llevarlo, oscilaba sobre sus hombros cuadrados. Ella no miró atrás ni una sola vez mientras se alejaba, pero tampoco Ray esperaba que lo hiciera.

Gracie Madigan nunca miraba atrás.

Con aquel traje verde musgo y aquellos circunspectos zapatos de tacón bajo, parecía una mujer sin chispa. Aburrida. Y condenadamente atractiva. Ray deslizó la mirada por sus piernas, que dejaba ver la falda verde un poco demasiado corta.

Siempre había tenido unas piernas fantásticas, se dijo cuando la perdió de vista.

En fin, sabía que a Grace no le gustaría la idea de que volviera a narcóticos, pero no había esperado que perdiera los estribos. Al fin y al cabo, hacía seis años que se habían divorciado. Llevaban separados tanto tiempo como habían estado casados.

Ray sabía perfectamente lo que ella pensaba de la profesión que había elegido.

La odiaba. Esa, al menos, había sido la razón que le había dado para abandonarlo. Sí, a Grace se le daba muy bien desaparecer cuando las cosas se ponían feas.

—Así que esa es tu primera mujer —dijo Tamara mientras limpiaba eficientemente la mesa, sosteniendo en equilibrio una pequeña bandeja redonda llena de platos y vasos. Le lanzó una sonrisa maliciosa; demasiado maliciosa para alguien tan joven.

—Sí —dijo él.

—Es muy guapa —señaló Tamara, teniendo cuidado de mantener un tono casual. Solo un deje de curiosidad en su voz delataba su interés.

—Sí.

Guapa y sensual, la clase de mujer que se le metía a uno bajo la piel y allí se quedaba. Que Grace hubiera vuelto a su vida de aquella manera platónica era una tortura; una tortura a la que no pensaba renunciar. Una comida cordial cada dos semanas era mejor que nada. De modo que se esforzaba por no hablar del pasado.

Procuraba que la conversación fuera ligera, amistosa y segura, para que ella no huyera otra vez. Hasta ese día.

Diablos, las cosas se estaban complicando. Lo mejor que podía hacer era volver enseguida a la oficina, llamar a Stan y decirle que estaría en Mobile el lunes.

Pagó su comida y regresó a la oficina, intentando disfrutar del sol que le daba en la cara y de la suave brisa que corría. La primavera en Alabama siempre le recordaba por qué estaba allí, por qué había hecho de Huntsville su hogar. Más al norte, todavía estarían luchando contra la escarcha y la nieve, y más al sur las chicas habrían empezado a tomar el sol y los chicos andarían en pantalón corto y camiseta después de clase. Los cornejos florecían, los pájaros revoloteaban, gorjeando, y el verano parecía justo a la vuelta de la esquina.

Y Mobile era una fiesta y estaba a un paso de las corrientes del Golfo.

En su agenda no había nada que no pudiera traspasar a otro detective privado: un caso de fraude fiscal que estaba a punto de cerrar y un par de casos de divorcio: lo más desagradable y menos rentable de su negocio.

Pero, con playa o sin playa, no iba a marcharse todavía. Gracie era quien tenía la costumbre de huir, no él.

La modesta oficina de Investigaciones Madigan estaba situada en el piso bajo de un viejo edificio de ladrillo, en el corazón de Huntsville. Los muebles eran baratos; el letrero pintado en la luna de la puerta, discreto y sin gusto. Ray conseguía la mayoría de sus casos a través de los abogados de la segunda planta.

—Has tenido dos llamadas —le dijo Doris en cuanto abrió la puerta, agitando dos hojitas de papel rosa y luego arrojándolas sobre el escritorio—. Una de negocios y otra de tu segunda mujer. Se vuelve a casar y quiere que la acompañes al altar — Doris mostró su desaprobación arrugando la nariz y frunciendo los labios—. ¿Ya puedo irme a comer? Cada vez que comes con tu primera mujer, yo acabo con el estómago en los talones.

Ray había encontrado en Doris a la perfecta secretaria. Sólida y estable, tenía edad suficiente para ser su madre; se mostraba descarada un instante y maternal al siguiente; era más que competente en lo que se refería a sus deberes como secretaria y, lo que era más importante, Ray nunca había sentido la tentación de pedirle que se casara con él.

—Tómate la tarde libre —le dijo, consciente de que sus comidas con Grace normalmente se alargaban más de la cuenta—. Yo puedo contestar al teléfono un par de horas.

Doris sonrió y se levantó, deteniéndose un momento para darle una maternal palmadita en la mejilla.

—Eres un buen chico, Ray.

En vez de entrar en su despacho, Ray se sentó a la mesa de Doris para leer los mensajes. Uno de sus clientes más insistentes había telefonado; un hombre que estaba convencido de que su esposa lo engañaba, aunque, por lo que Ray había podido descubrir, lo más ilícito que hacía aquella mujer era saltarse de vez en cuando un semáforo en ámbar. Al leer el otro mensaje, sonrió.

Tenía que llamar a Trish, desearle suerte y declinar su invitación. No conocía a su novio, pero hasta al hombre más santo le parecería un tanto extraño que su novia avanzara hacia el altar del brazo de su exmarido.

Aunque pareciera raro, a Ray no le importaría hacerlo. Trish era una buena chica y deseaba verla feliz. Se lo merecía. Y si Patty alguna vez se casaba con ese médico al que llevaba viendo un año, él echaría las campanas al vuelo, brindaría por los novios y les desearía una larga y feliz vida juntos.

Pero si Grace decidía volver a casarse alguna vez... Su sonrisa de desvaneció.

Diablos, por mucho que intentara olvidarse de ella, no lo conseguía. Aún seguía pensando en ella como su mujer.

Intentando olvidarse de un tema en el que prefería no pensar, rescató un recuerdo más agradable: la cara del doctor Dearborne cuando, dos semanas antes, el dentista había abierto la puerta de su bonita casa y se había encontrado con Ray. El viejo verde se había puesto pálido cuando, con gran sosiego, le había amenazado con arrancarle el bazo si volvía a molestar a Grace o si alguna vez sentía la necesidad de desvelar los detalles de su conversación.

Al fin y al cabo, un hombre podía vivir sin su bazo, pensó Ray, poniéndose las manos detrás de la cabeza y recostándose en la silla de Doris.

*

Como la casa que había alquilado estaba situada cerca del centro de Huntsville, Grace podía correr todas las mañanas por calles tranquilas bordeadas de casas viejas y árboles aún más viejos. El pequeño parque que había en el vecindario estaba especialmente bonito en primavera, con sus cornejos y perales en flor, que crecían airosamente alrededor de un pequeño estanque.

A veces veía a otros corredores, pero casi todas las mañanas tenía las aceras y el sendero del parque para ella sola. Merecía la pena levantarse cuando todavía estaba oscuro y salir de casa antes de que el sol se alzara en el horizonte. Le gustaba correr con aquella luz grisácea y ver cómo el día volvía a la vida.

Ray vivía en las cercanías, hecho del que Grace había sido consciente al elegir su casa. Su exmarido tenía un apartamento en alquiler sobre un garaje, unas pocas calles más al norte. Grace se había dicho más de una vez que el saber que Ray estaba cerca no había tenido nada que ver en su decisión. Vivir en Madison o en South Huntsville le habría supuesto atravesar cada día la autopista en hora punta. La casa que había alquilado, una edificación antigua y más bien pequeña recientemente remodelada, le convenía. Y le gustaba el vecindario. Para convencerse de ello, nunca corría por la calle de Ray. En realidad, se esforzaba por correr en sentido contrario.

Esa mañana, el ejercicio no conseguía aclararle las ideas como solía. Seguía pensando en Ray y se preguntaba si volver a Huntsville había sido una buena idea, después de todo. Así le había parecido cuando había tomado la

decisión de regresar.

La oferta del doctor Dearborne era buena y, además, necesitaba olvidarse de Ray, superar el pasado y seguir adelante. Y si seguía idealizándolo, eso nunca sucedería.

Una buena dosis de realidad le refrescaría las razones por las que lo había abandonado, y así podría rehacer su vida.

Quizá si lograba desterrar a Ray al pasado, adonde pertenecía, podría pensar en volver a casarse, tener hijos y ser feliz.

Por el momento, su idea no estaba funcionando. Hasta el día anterior, cuando le había mencionado la oferta de trabajo en Mobile, Grace se encontraba en serio peligro de volver a enamorarse de él. Ray podía ser encantador cuando quería, y había veces en que ella olvidaba los problemas que la habían obligado a escapar y recordaba las noches en que él volvía a su lado; las noches en que Ray regresaba a casa después de un duro día y se olvidaba de todo lo que le había ocurrido fuera; las veces en que, aun trabajando de infiltrado durante semanas enteras, conseguía de vez en cuando escaparse a casa y deslizarse en la cama en mitad de la noche. Solo para abrazarla, decía, porque no podía soportar estar lejos de ella.

Algunas noches, Grace todavía se despertaba sintiendo que el colchón se hundía, como si Ray estuviera metiéndose en la cama para dormir a su lado. Durante un instante de imposible y conmovedora belleza, Grace creía que había vuelto, que los años no habían pasado y que Ray había regresado para susurrarle al oído, tomarla entre sus brazos y amarla.

Algunas mañanas se quedaba en la cama, cerraba los ojos y fingía que oía a Ray cantando en la ducha. Canciones de Lyle Lovett, como siempre, un tanto desafinadas. Ray no cantaba en la ducha todas las mañanas, pero casi siempre, después de una larga y deliciosa noche de escaso sueño, Grace se despertaba y lo oía cantar.

Mientras corría, una inesperada sonrisa cruzó fugazmente su cara. Aquello se estaba poniendo peligroso. Tenía que desarraigar esos pensamientos y recordar los malos tiempos; como la primera vez que Luther había llamado a su puerta para decirle que a Ray le habían disparado.

Aunque estaba sudando por la carrera, se quedó fría al recordarlo. Aquella noche, Luther le había asegurado que Ray se recuperaría, que la herida no era seria.

Ella no lo había creído ni por un momento. Se había echado un abrigo por encima del camisón, se había puesto unas zapatillas de tenis y, mientras Luther

la conducía al hospital, iba preguntándose sin cesar cómo podría vivir sin Ray. No podría, y lo sabía. Ray formaba parte de ella, y sin él, no era nada. Nada. Allí, en silencio en el coche de Luther, había tratado de imaginarse su vida sin Ray. Mucho antes de que llegaran al hospital, se había sentido vacía y dolorida como si alguien le hubiera arrancado el corazón. Había sollozado y dejado escapar unas pocas lágrimas, y Luther había tratado de asegurarle que Ray se pondría bien. Pero no lo creyó hasta que entró en la habitación del hospital y vio a Ray sentado, con el hombro vendado y rodeado por un par de compañeros que se reían de alguna broma que ella se había perdido.

Ray estaba pálido, recordaba Grace, y le temblaban un poco las manos; algo que nadie más parecía haber notado. Al verla, sonrió. ¡Sonrió! De pronto, los zapatos desatados y el camisón que asomaba por debajo del abrigo le parecieron ridículos, y sus lágrimas le parecieron tontas. Pero, a pesar de que Ray estaba bien, el vacío no desapareció. Ella tenía que afrontar un miedo nuevo y muy real: el miedo de perder a Ray por un trabajo que él adoraba.

Grace dobló una esquina, con el pensamiento a miles de kilómetros de distancia. El chirrido de unos neumáticos la devolvió a la realidad.

Un coche frenó bruscamente, la puerta del pasajero se abrió y un hombre salió despedido y cayó rodando sobre la hierba y la acera. Grace echó a correr hacia él para ver si podía ayudarlo.

El hombre intentó levantarse, pero no podía. Desde donde estaba, Grace vio que temblaba y oyó algo parecido a un llanto. El hombre estaba, al parecer, gravemente herido. Alguien más, un hombre más bien grueso con una gorra de béisbol y un abrigo de color marrón salió del lado del conductor. No dejaba de mirar al hombre tendido en la acera mientras rodeaba el coche, que aún tenía el motor encendido.

Grace estaba todavía lejos, entre las sombras de los árboles que bordeaban la acera. El hombre caído alzó la cabeza. El conductor se acercó y se agachó para ayudarlo a levantarse. Un amigo, pensó Grace, acercándose. El hombre que se había caído del coche fue obligado a ponerse en pie. El conductor le pasó un brazo alrededor del cuello de una forma que parecía dolorosa, y luego puso una mano a un lado de la cabeza del hombre herido. Después, bruscamente y con fuerza, le torció la cabeza de forma antinatural.

Grace oyó el crujido de los huesos rotos y se detuvo en seco. El hombre que se había caído del coche... No, pensó con un estremecimiento. No se había caído. Lo habían tirado. El hombre se quedó inmóvil y silencioso. El otro le había roto el cuello.

Grace se quedó de pie en la acera, a no más de cincuenta metros de distancia, clavada en el sitio. No podía creer lo que acababa de ver, y su mente buscó velozmente una explicación alternativa que no pudo hallar.

El hombre grueso del abrigo marrón alzó la cabeza y la vio. Durante un segundo, sus ojos se encontraron. Ella contuvo el aliento al ver la mirada feroz del asesino. Este soltó a su víctima y el muerto se desplomó sobre la acera.

Grace se dio la vuelta y echó a correr. Corría tan rápido como podía, alejándose del hombre cuyo asesinato acababa de contemplar. Sus pies apenas tocaban el suelo; su corazón palpitaba rápidamente y con fuerza. No pasó mucho tiempo antes de que oyera pasos tras de sí, pasos pesados que avanzaban rápidamente hacia ella.

El asesino llevaba zapatos de suela gruesa. Sus pasos sonaban pesadamente en la acera. Grace confiaba en que los zapatos fueran una desventaja para su perseguidor, pero esa esperanza se desvaneció enseguida. El hombre continuaba acercándose.

Grace metió la mano en la riñonera que llevaba a la cintura. Bendito fuera Ray por insistir en que llevara el *spray* si salía a correr sola. Para los perros, le había dicho, pero ella conocía a Ray demasiado bien, y sabía cómo pensaba. Él veía peligros por doquier, y esa vez había tenido razón.

Si esperaba más, sería demasiado tarde. Si el hombre del abrigo la agarraba por atrás, podría fácilmente partirle el cuello, como le había hecho al pobre hombre que yacía en la acera. Pero si Grace se giraba demasiado pronto él tendría tiempo para prepararse. Esperó. Unos pocos pasos más, para que él se acercara. Y luego sacó el *spray* de la riñonera y se giró para mirar cara a cara a su perseguidor.

El movimiento sorprendió al asesino. Grace lo notó por la forma en que de pronto su paso se hizo más lento y por la expresión asombrada de su mirada. Sin tiempo para detenerse en aquellos pálidos ojos, Grace le roció el *spray* directamente sobre la cara.

El asesino se detuvo, dando un gemido, y se cubrió la cara con unas manos fuertes y carnosas. Mientras tenía las manos sobre los ojos, Grace le dio una patada entre las piernas, tan fuerte como pudo. El hombre volvió a gritar, esa vez más alto, y bajó las manos para cubrirse la nueva zona herida. Grace respiró hondo, alzó la rodilla y le descargó otra patada en la cara. El hombre cayó pesadamente al suelo.

Ella se dio la vuelta y corrió, ganando velocidad con cada zancada. El corazón le latía furiosamente. Intentaba oír pasos tras ella. Si aquel hombre

conseguía levantarse después de las dos patadas más fuertes que había podido asestarle, estaba perdida. Estaba muerta.

Capítulo 2

Ray se revolvió en la cama y echó un vistazo al despertador. ¿Quién demonios llamaba al timbre a esa hora de la mañana? Fuera apenas era de día. Farfulló una maldición y salió lentamente de la cama, agarró su Colt de la mesita de noche, se dirigió a la puerta y quitó el seguro mientras bostezaba. Quienquiera que estuviera fuera, no quitaba el dedo del timbre.

Maldijo otra vez al abrir la puerta, pero se detuvo en cuanto vio a Grace, temblando, sudorosa y muy pálida. La agarró de un brazo y la hizo pasar. Ella se derrumbó sobre él.

Todavía medio dormido, Ray la abrazó instintivamente. Grace se quedó casi inmóvil contra su pecho. Durante un segundo, o tal vez dos, Ray cerró los ojos y solo la abrazó. ¿No soñaba con aquello? ¿Con sentirla abrazada a él, con su olor dulce y cálido?

Tuvo que forzarse a espabilarse y a recordar que algo terrible debía de haber sucedido. Grace respiraba con dificultad, como si cada vez que inhalaba le doliera.

Temblaba de la cabeza a los pies. Casi todo el pelo se le había escapado de la coleta y mechones mojados de sudor le caían sobre la cara y los hombros.

Obligándose a mantener la mente clara, Ray cerró la puerta de una patada.

—Está bien —dijo con calma—. Cuéntame qué ha pasado.

Ella tomó aire y trató de hablar, pero no pudo. Le temblaban los labios. Todavía no podía respirar bien.

—Tranquilízate —dijo, luchando por mantener la calma mientras la sujetaba con un brazo. No había nada más que pudiera hacer; prácticamente, la sostenía en pie. Si la soltaba, ella probablemente se caería al suelo. Ray la mantuvo agarrada con un brazo, poniéndole una mano sobre la espalda. La otra, la que sujetaba el Colt, colgaba junto a su costado. Volvió a poner el seguro.

Notó que la respiración de Grace recuperaba su ritmo normal. Ella respiró hondo una vez y luego otra, inhalando despacio, exhalando cálidamente contra su pecho. El temblor remitió, pero Ray siguió sintiendo el latido del corazón de ella contra su pecho. Latía demasiado fuerte y demasiado rápido.

Grace era frágil, femenina y delicada, pero nunca había sido una mujer indefensa. No era propio de ella mostrarse derrotada y, sin embargo, allí estaba, exangüe, con la cabeza enterrada en su pecho como si tratara de esconderse del mundo. Pese a todo, Ray tuvo tiempo de notar, otra vez, que olía maravillosamente, y que era suave, y dulce, y vivida.

De repente, deseó haber tenido tiempo de ponerse unos vaqueros. Al salir de la cama solo había agarrado la pistola. Estar así, de pie, prácticamente desnudo, sin nada más que unos calzoncillos cortos, mientras sostenía a la mujer a la que llevaba seis años intentando olvidar, le resultaba casi insoportable. Durante un instante, se le cruzaron por la mente ideas imposibles: besarla para calmarle los nervios y abrazarla muy fuerte hasta que se le hubiera pasado el miedo que la había arrojado a sus brazos.

—Gracie —murmuró con voz ronca—, ¿qué ha pasado?

Ella alzó la cabeza, lo miró, aturdida, y retrocedió, como si acabara de darse cuenta de dónde estaba.

—He visto cómo mataban a un hombre —dijo, con voz tan suave que Ray apenas la oyó—. El asesino... le rompió el cuello como si nada —tragó saliva con dificultad y alzó las manos para mirárselas, como si no consiguiera entender cómo podía alguien tener tanta fuerza o usar sus manos de esa manera—. Me persiguió cuando se dio cuenta de que lo había visto. Pensé que iba a atraparme, así que usé el *spray* y luego le di una patada. Dos patadas.

—Buena chica —murmuró él.

—Y luego eché a correr.

«Hacia aquí», se calló Grace. No había corrido a su casa, ni al teléfono más cercano para llamar a la policía. Había corrido a casa de Ray.

—Lo primero es lo primero —dijo él, agarrándola suavemente del brazo y conduciéndola hacia el sofá. Grace ya no parecía necesitar apoyarse en él, pero Ray estaba seguro de que tampoco podía mantenerse sola en pie. Todavía no. Cuando ella se sentó, todavía tensa y temblorosa, al borde del sofá, Ray agarró el teléfono y marcó el número de la casa de Luther.

—¿Te ha seguido?

Grace sacudió la cabeza con nerviosismo.

—No. Tardé mucho en mirar atrás, pero cuando lo hice... no estaba. Ni el hombre, ni el coche.

Ray asintió.

—Eso está bien. Dime, ¿dónde ha sido el asesinato? —Luther aún no había contestado al teléfono.

—En la esquina de Magnolia y Lincoln, junto al parque —dijo ella—. El asesino le rompió el cuello y lo dejó caer sobre la acerca —una vez más, Grace se miró las manos, confundida.

Luther respondió por fin, refunfuñando por lo bajo.

—Reúnete conmigo en Magnolia con Lincoln —dijo Ray en tono seco.

Luther masculló:

—¿Cuándo?

—Ahora.

Ray colgó mientras Luther rezongaba impíamente al otro lado de la línea.

—Luther lleva casi dos años en la unidad de homicidios —dijo, mirando a Grace. Esta se había relajado hasta parecer casi en estado catatónico. Ray prefería el miedo. En ese momento, ella parecía incapaz de sentir nada, como si lo que había visto la hubiera enajenado.

Pero entonces posó sus inteligentes ojos sobre él. Sus ojos marrones eran tan oscuros, tan cálidos, que había momentos en que Ray deseaba sumergirse en ellos.

Siempre había amado aquellos ojos, aunque nunca se lo hubiese dicho a Grace.

A veces, los años parecían mezclarse. Cuando él decía algo divertido en la comida y ella se reía, cuando discutían porque ella trabajara para el doctor Matasanos, cuando sonreía de una cierta manera o lo miraba como lo estaba mirando en ese momento... era como si, por un instante, Grace nunca lo hubiera dejado, como si nada hubiera cambiado.

Ella respiró hondo.

—Gracias.

Ray se encogió de hombros y le dio la espalda. ¿A quién quería engañar? Todo había cambiado.

—¿Gracias por qué? Mira, tengo que vestirme. Luther solo tardará un cuarto de hora en llegar al centro, y se enfadará si no lo estamos esperando.

—De acuerdo —dijo Grace, y se hundió en los mullidos cojines del sofá.

—Justo aquí —dijo Grace, señalando una sección vacía de la acera—. Un hombre saltó de un coche en marcha... Al menos, supongo que saltó. No vi esa parte.

Al principio pensé que se había caído del coche.

Grace notó la mirada escéptica que Luther le lanzaba a Ray. Ya no estaba asustada, pero la ofendía la evidente incredulidad del detective.

—¿Qué tipo de coche era? —le preguntó Luther, apoyando la punta de un lápiz sobre un pequeño cuaderno.

—Oscuro —dijo ella—, y grande.

Luther alzó la vista para mirarla, pero no anotó nada.

—Oscuro y grande. ¿Una furgoneta?

Ella sacudió la cabeza.

—No, era un turismo.

De acuerdo, era una descripción pobre, admitió Grace para sus adentros, pero nunca se le habían dado bien los coches. Diablos, en aquellos momentos estaba sorprendida y asustada. No se había parado a mirar el modelo del coche.

El fatigado detective de homicidios decidió, al parecer, que era una pérdida de tiempo escribir «coche grande y oscuro» en su cuaderno, así que lo cerró y miró a su alrededor achicando los ojos. Por la calle pasaba un tráfico fluido y unos pocos caminantes madrugadores avanzaban por la acera. Todo tenía un aspecto perfectamente normal. A plena luz del día, parecía imposible que un asesinato hubiera tenido lugar poco antes en aquel preciso lugar.

Luther buscó en el bolsillo de la chaqueta de su traje oscuro, sacó un caramelo, desenrolló el envoltorio de celofán y se lo metió en la boca.

—Intento dejar de fumar —le explicó, volviendo a meterse el envoltorio en el bolsillo—. Es un infierno. Un completo infierno, te lo aseguro.

La verdad era que tenía muy mal aspecto. Cansado, ojeroso y estropeado, aparentaba los años que tenía, a diferencia de Ray. Ambos eran de la misma edad, pero esa mañana Luther parecía varios años más viejo. Siempre había sido el más serio de los dos, el poli que todo se lo tomaba a pecho, que quería enderezar todos los entuertos. Tal vez, finalmente había descubierto que no podía cambiar el mundo. La decepción había dejado huella en su rostro.

Ray se alejó mientras Grace contestaba a las preguntas de Luther, pero se quedó lo bastante cerca como para que ella sintiera que estaba allí, apoyándola. Qué estúpida idea. Grace llevaba años sin apoyarse en él, sin depender de él. Las lecciones no siempre eran fáciles de aprender y, a veces eran condenadamente duras, pero ella había aprendido a depender solo de sí misma.

—Dime qué aspecto tenía el hombre, el que conducía el coche —preguntó Luther, chupando su caramelo.

Grace podía hacerle una descripción más precisa del hombre que del coche.

Cuando se había dado la vuelta para rociarlo con el *spray*, había tenido tiempo de verlo claramente.

—Era un tipo alto, tal vez de metro ochenta o metro ochenta y cinco, con una cara como de Neandertal. Frente prominente y mandíbula cuadrada — Luther encontró aquello digno de anotación—. Parecía fuerte —añadió Grace—, como si trabajara al aire libre.

—¿Pelo? —preguntó Luther, alzando la vista del cuaderno.

—Llevaba una gorra de béisbol y, como no pude verlo bien, supongo que lo llevaba muy corto. Castaño —añadió—. No tan oscuro como el tuyo, ni tan claro como el de Ray.

Grace describió su ropa, su cara ancha, sus ojos pálidos. Esos ojos que recordaba tan bien, aunque no podía precisar si eran azules o verdes. Luther lo apuntó todo, pero Grace notó que estaba mortalmente aburrido.

Ella todavía se hallaba conmocionada por la impresión. El corazón le latía demasiado rápido, le sudaban las manos y tenía la boca seca. El recuerdo de lo que había visto había arraigado en su mente, demasiado vivido, demasiado real.

Los tres caminaron por la acera hasta el lugar donde Grace había rociado de *spray* y golpeado al asesino. Allí tampoco había signos de violencia. Ni rastro de sangre. Nada. Todo parecía normal, como si jamás hubiera pasado nada extraño en aquel lugar.

Luther cerró el cuaderno de nuevo y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Vestía de manera más formal que antaño, debido a su trabajo en homicidios, supuso Grace. Traje negro, camisa blanca, corbata negra. Tenía también el pelo más corto, peinado de forma convencional. Grace no recordaba que Luther fuera convencional.

Siempre había sido tan salvaje como Ray, solo que de forma distinta.

—Tal vez el hombre no estaba muerto —dijo él con fastidio y cierta condescendencia—. Quizá viste a dos tipos peleándose, te entró el pánico y pensaste...

—No —lo interrumpió Grace, molesta por tener que convencer a Luther de lo que había visto. Ella había oído el crujido, había visto desplomarse a la víctima como un muñeco de trapo—. Estaba muerto.

Luther gruñó, se dio la vuelta y echó a andar hacia la curva, donde estaban aparcados su coche y el de Ray; dos discretos coches grises aparcados uno junto al otro, vehículos que eran fáciles de olvidar, invisibles, anónimos.

Coches que pasaban desapercibidos en la calle. A ninguno de los dos le gustaba que su presencia se notara cuando estaban trabajando.

—No hay mucho por dónde empezar, pero echaré un vistazo a la lista de personas desaparecidas y veré qué pasa —dijo Luther despreocupadamente—.

¿Reconocerías a la víctima si vieras una foto?

—No lo sé —dijo ella con sinceridad—. Todo sucedió muy deprisa, y yo no estaba muy cerca. Tenía el pelo rizado y oscuro, eso es lo único que sé.

El detective de homicidios dejó escapar un largo y penoso suspiro de «¿por qué me molesto?»

¿Cómo podía convencerlo de lo que había visto? Grace intentó no dejarse vencer por la frustración. Luther sabría la verdad en cuanto apareciera el cuerpo.

Entonces la escucharía. Pero Grace hallaba cierto consuelo en el hecho de que Ray estuviera a su lado. Él la creía.

En el fondo, sabía que no debía encontrar consuelo en el hecho de que Ray estuviera con ella, reconfortándola y mostrándose fuerte y constante. Ya no estaban casados, y ella no necesitaba su apoyo como antaño. Ya no necesitaba el apoyo de nadie. Ray Madigan había dejado de formar parte de su vida.

Y, pese a todo, después de la impactante experiencia de esa mañana, Grace se sentía mucho mejor cuando lo miraba o pensaba en él. El mundo dejaba de girar y era casi como en los viejos tiempos, cuando Ray era parte de su mundo y ella no podía imaginar la vida sin él.

Luther meneó la cabeza y mordió el último pedazo de su caramelo duro con un ligero crujido.

—Bueno, ¿cómo te sientes de vuelta en Huntsville?

—Bien —dijo ella, atónita. Al detective no parecía preocuparlo el asesinato.

—¿Vas a quedarte esta vez? —preguntó al abrir la puerta de su coche.

Grace percibió cierta censura en su tono; una especie de indisimulada y abierta hostilidad. Naturalmente, Luther sentía rechazo hacia ella. Era amigo de Ray y había sido su compañero durante muchos años. Ray la había perdonado por marcharse, pero al parecer, Luther no.

—Algún tiempo, supongo —dijo ella, inquieta—. ¿Me llamarás cuando encontréis el cuerpo?

Luther le lanzó una breve y agria sonrisa al deslizarse en el asiento del conductor.

—Si hay algo, te llamaré.

¿«Si»?

A Grace se le encogió el corazón mientras miraba alejarse el coche de Luther.

—No me cree —dijo suavemente.

—Lo sé —respondió Ray. No parecía preocupado en absoluto.

Grace lo miró fijamente por primera vez esa mañana. Iba vestido en suaves y fríos tonos de azul, pero el sol de la mañana le daba un aire dorado y cálido. La luz brillaba ligeramente sobre su pelo castaño y ondulado y sobre su piel bronceada.

Tenía un aspecto despreocupado y fresco, excepto por la ligera tensión de sus manos y su cuello.

Ray parpadeó ligeramente para combatir la brillante luz del sol y las arrugas en torno a los ojos se hicieron más profundas. A Grace le dio un vuelco el corazón.

Todos sus esfuerzos, su férrea determinación de olvidarlo, no habían servido de nada. Habían sido una pérdida de tiempo. Porque en ese preciso momento comprendió, sobrecogida, que podía esconderse en el refugio de sus brazos y que él la protegería de todo y de todos. Sintió deseos de acercarse a él enseguida, de reposar la cara contra su pecho, respirar hondo y descansar... un rato. Pero lo que sentía por él era mucho más que un deseo de esconderse.

Ray la había tocado. Ella lo había tocado a él. Los antiguos deseos que creía enterrados hacía tiempo emergieron a la superficie para mortificarla. Ray parecía tan deliciosamente acogedor que sintió la tentación de caer en sus brazos otra vez y reposar en ellos. Pero no lo hizo, por supuesto. Desear a Ray contra su voluntad era una cosa. Volver con él para llenar el vacío de su vida sería, simplemente, buscarse problemas que no necesitaba.

Ray nunca revelaba nada con la expresión del rostro y, en aquel momento tampoco. No había emoción en su atractiva cara, ni fastidio, ni preocupación, ni afecto. Parecía frío y tranquilo, casi indiferente. Pero, pese a todo, Grace se alegraba de que estuviera a su lado. ¿Hacia dónde habría podido correr más que hacia Ray?

—Tú me crees, ¿verdad? —le preguntó cuando él se dirigió hacia la curva.

Antes de llegar al coche, Ray se dio la vuelta para mirarla.

—Claro que te creo —dijo aquellas palabras como si no creerla fuera impensable.

Ella asintió con la cabeza y se acercó a él. Ray abrió la puerta del lado del pasajero y Grace se sentó.

—Gracias —dijo, acomodándose en el asiento mientras él cerraba la puerta.

Debía aprender a dejar a un lado sus contradictorios sentimientos hacia Ray y a aceptar las presentes circunstancias. Él era un amigo, el mejor amigo que había tenido. Cualquiera otra cosa era imposible. Podía confiar su vida a Ray, pero no podía confiarle su corazón. Ya no.

Él cerró la puerta sin contestar y, durante un momento, Grace se quedó mirando el parque. Todavía era demasiado temprano para que las madres salieran con los niños, de modo que el lugar estaba casi desierto. Pero sintió un escalofrío, como si alguien la estuviera observando. Lo atribuyó a los nervios.

Ray puso en marcha el motor y se alejó del lugar.

Polis. Podía olerlos a un kilómetro de distancia, y esos dos que acompañaban a la mujer eran sin duda alguna policías.

De pie detrás del inmenso tronco de un árbol, observando alejarse al segundo coche gris, Freddie se pasó la mano por la mejilla en la que la mujer le había dado una patada. Para ser tan poca cosa, pegaba fuerte. Sorprendentemente fuerte.

Todavía le dolía la mandíbula, pero por fortuna no tenía nada roto.

Bajó las manos y se las metió con impaciencia en los bolsillos del abrigo, maldiciendo por lo bajo a la mujer. Lo había sorprendido con la guardia baja. Y no había jugado limpio. Si no hubiera estado en un lugar público, también se habría frotado sus partes.

Podría matarla simplemente por haberle hecho daño, pero nunca, jamás, mataba a nadie por un estallido de furia. Aquello eran negocios, y él era un profesional. Además, matar a la testigo en ese momento solo daría credibilidad a su historia. Y él no quería eso.

Además, no estaba particularmente preocupado. No había ninguna evidencia de que se hubiera cometido un crimen. El poli que había llegado solo, obviamente no la había creído. Freddie esbozó una sonrisa torcida. Tardarían semanas, si no meses, en encontrar el cuerpo que llevaba en el maletero del coche. Su muerte pasaría por un accidente, como le había pedido el cliente, y sería raro que alguien llegara a relacionar la absurda historia de aquella mujer con el trágico accidente que había segado la vida de uno de los

más respetados empresarios de Huntsville.

Se apartó del árbol y se encaminó hacia el coche aparcado, cojeando solo un poco en deferencia a su dolorida entrepierna. Solo para asegurarse, estrellaría el viejo Thunderbird berlina. Maldición, odiaba tener que hacerlo. Era un buen coche, le gustaba sentarse al volante y pisar el acelerador. Pero tan solo era un coche, pensó; podría reemplazarlo sin dificultad.

Esa misma tarde le pagarían la segunda mitad de su elevado salario. Debía salir de la ciudad inmediatamente, pero no le gustaba dejar cabos sueltos. Tal vez vigilara a la mujer durante algún tiempo. Solo para estar seguro.

Capítulo 3

A Ray no lo sorprendió que Luther irrumpiera sin previo aviso en su despacho.

Doris era por lo general implacable cuando se trataba de hacer esperar a clientes y visitantes y de proteger los dominios de Ray desde su puesto en el despacho exterior, como un perro guardián cariñoso pero potencialmente peligroso. Sin embargo, al irascible detective Luther Malone le tenía cierto temor, y lo dejaba moverse a su antojo por la oficina.

—¿Y...? —dijo Luther, sentándose en el borde de la desordenada mesa—. ¿Qué pasa con Grace?

—La llevé a casa para que se duchara y se cambiara de ropa, y luego la acerqué al trabajo —dijo Ray, cerrando el archivador que tenía delante—. Todavía estaba impresionada, pero pensé que estaría mejor trabajando que sentada en casa, dándole vueltas a lo que había pasado.

Luther alzó las cejas y clavó en Ray una mirada incrédula, al tiempo que buscaba en el bolsillo de la chaqueta un caramelo de menta.

—No te habrás tragado esa historia, ¿verdad?

Ray había comprendido desde el principio, al igual que Grace, que Luther no la creía. Habían trabajado juntos demasiado tiempo como para no ser capaces de entender las reacciones del otro en cualquier situación dada. Y Luther tampoco intentaba disimular.

—¿Y por qué iba a inventársela? —le preguntó Ray con calma.

—Esperaba que tú me lo dijeras.

Hasta hacía poco tiempo, habían mantenido el acuerdo tácito de no hablar sobre Grace. Era agua pasada. Pero, en ese momento, Ray vio algo más que escepticismo en los ojos de Luther: vio la curiosidad insuperable del detective. A Luther lo rondaban un montón de preguntas que nada tenían que ver con el asesinato.

Ray se recostó en la silla, dispuesto a no satisfacer su curiosidad.

—Te lo estoy diciendo. Estaba muy asustada cuando apareció en mi casa.

—¿De veras? —dijo Luther secamente—. Eso es otra cosa que me asombra.

Corrió directamente a tu apartamento, en vez de pararse en una de las muchas casas por las que tuvo que pasar para llegar hasta allí.

—Instinto —dijo Ray lentamente—. Estaba asustada y buscó una cara

conocida.

—Lleváis años divorciados —gruñó Luther—. ¿Por qué, de entre todo el mundo a quien podía recurrir, fue a buscarte a ti?

Ray puso una amplia sonrisa.

—Ya sabes que todas mis exmujeres me adoran y confían en mí para que cuide de ellas. Gracie no es diferente.

Luther le lanzó una mirada penetrante. Sabía muy bien que Grace sí era diferente.

—No hay cadáver —dijo el detective en voz baja—. Ni sangre, ni signos de lucha, ni un solo testigo que corrobore su historia, aunque supuestamente todo ocurrió a plena luz del día. Estoy buscando un coche negro y grande, y un tipo alto de pelo castaño con gorra de béisbol, abrigo y zapatos de suela gruesa, una especie de demonio de ojos claros. Azules o verdes, tú eliges.

—Y una cojera temporal —añadió Ray despreocupadamente.

Luther sacó otro caramelo del bolsillo de la chaqueta. De fresa, esa vez. En vez de metérselo en la boca, se puso a jugar con él haciéndolo rodar sobre su palma y entre los dedos.

—Es como buscar al hombre del saco. ¿Por qué nunca me tocan los casos fáciles, como el de Taggart? Un cuerpo, un arma del delito, sangre, huellas, pruebas suficientes para meter al tipo en la cárcel dos veces... Pero no, los casos fáciles siempre le caen al idiota de Daniels, y a mí me tocan los cuentos de hadas de mujeres histéricas.

Ray no quería admitir la posibilidad de que Grace pudiera estar mintiendo. No podía olvidar su expresión de vulnerabilidad cuando, mirándolo, le había preguntado: «Tú me crees, ¿verdad?»

—Puede que sucediera como ella dice, y puede que viera algo y lo haya exagerado —razonó—. Pero no creo que se lo haya inventado.

—¿Ah, no?

Ray sabía que Grace estaba aterrorizada cuando abrió la puerta de su apartamento y se derrumbó en sus brazos. Debía de estarlo si había olvidado la regla tácita de no tocarse.

—No —dijo finalmente.

Luther meneó la cabeza.

—Piénsalo bien. ¿Ha pasado últimamente algo que la haya puesto nerviosa?

¿Algo que haya podido sacarla de sus casillas?

—Comimos juntos ayer.

—Eso será —bromeó Luther.

La sonrisa de Ray se desvaneció.

—Le hablé de la oferta de trabajo en Mobile.

No le gustaba la insidiosa duda que empezaba a germinar en su cerebro.

Luther se puso en pie y abrió ambos brazos. La chaqueta del traje oscuro se alzó lo justo para revelar la cartuchera que llevaba al hombro y el revólver que había dentro de ella.

—Eso es. ¿No lo ves? Grace cree que, si te quedas aquí para protegerla de un asesino con abrigo marrón y un misterioso coche negro, te olvidarás de ese trabajo de infiltrado.

La teoría de Luther tenía sentido. A Ray podía no gustarle la idea, pero no debía desecharla automáticamente.

—Grace siempre ha odiado ese trabajo —añadió Luther sin necesidad—.

Aunque estéis divorciados, creo que haría cualquier cosa por impedir que volvieras a hacerlo.

Ray recordó su expresión del día anterior, cuando le había hablado de la oferta de empleo. Terror, rabia, repulsión. Grace ni siquiera había intentado disfrazar sus verdaderos sentimientos. ¿Era capaz de mentir para impedir que aceptara el trabajo?

¿Sabía que Ray no se marcharía de la ciudad si creía que ella estaba en peligro?

Claro que lo sabía. Le gustara o no, Grace lo conocía mejor que nadie.

—Bueno —dijo muy despacio, como si aquel nuevo dato no significara nada—.

Y si aparece un cuerpo con el cuello roto, o denuncian la desaparición de alguien que coincida con su vaga descripción de la víctima, entonces ¿qué?

—Entonces volveré a considerarlo —dijo Luther, dirigiéndose hacia la puerta—.

Francamente, no creo que vaya a pasar ninguna de las dos cosas. Creo que Grace se ha sacado un conejo del sombrero para asegurarse de que te quedarás en Huntsville todo el tiempo que a ella se le antoje.

—¿Y si no?—preguntó Ray.

—Si no, estaremos en un serio aprieto —admitió Luther, y luego cerró suavemente la puerta.

Los números de la pantalla del ordenador cuadraban perfectamente, como siempre. Tres meses antes, cuando Grace había aceptado el trabajo, todo

estaba hecho un lío. Pero por fin las cuentas empezaban a aclararse. Perderse en aquella rutinaria tarea casi le había hecho olvidar el horror de esa mañana.

Oyó un ligero ruido, un soplido y un suspiro tras de sí, y miró por encima del hombro. Ray estaba de pie en la puerta, apoyado contra la jamba, con una sonrisa en su atractiva cara y los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía que nada en el mundo lo preocupaba. Grace no se había alegrado tanto de ver a alguien en toda su vida.

No quería depender de Ray, necesitarlo como antaño, pero de nuevo su corazón había dado un pequeño brinco al verlo. ¿Por qué tenía Ray aquel efecto sobre ella? El corazón parecía derretírsele y sentía una oleada de tibieza y ternura en todo el cuerpo cuando lo veía. Jamás había olvidado completamente a Ray Madigan, por mucho que lo hubiera intentado. Y lo había intentado con todas sus fuerzas.

—Casi he acabado —dijo ella—. Entra y siéntate —señaló la única silla libre de la habitación, una silla más bien incómoda y dura, apoyada contra la pared.

Grace volvió a mirar la pantalla del ordenador, aunque ya había acabado aquella tarea en particular. La presencia de Ray la ponía nerviosa. Necesitaba un momento para recuperar su aplomo. Movié el ratón y pinchó otra vez el icono para salvar los cambios.

Ir a su casa esa mañana había sido un error, o eso se había dicho una y otra vez a lo largo del día. Pero el verdadero error había sido caer en sus brazos. Un error muy grande. Le gustaba demasiado estar allí, a pesar de que sabía que juntos no tenían ningún futuro. Ray nunca la perdonaría por haberlo abandonado, y ella no podía vivir sabiendo que el peligro lo esperaba siempre a la vuelta de la esquina. El peligro que él amaba más de lo que la amaba a ella.

Grace se giró en la silla para mirarlo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él.

Ella tuvo la impresión de que había algo nuevo, una especie de cautela en su voz y en sus ojos azules.

—Bien, supongo. ¿Luther ha encontrado algo?

Ray sacudió la cabeza.

—No.

Grace creía que el asesino no tenía forma de encontrarla, pero de todas formas estaba preocupada. ¿Y si, de alguna manera, se enteraba de dónde vivía? ¿Y si cuando volviera a su casa esa noche, estaba esperándola? Se

estremeció al recordar la facilidad con que le había roto el cuello a aquel hombre. Ya había escapado de él la primera vez, y no creía poder hacerlo una segunda.

—Estás preocupada, ¿no es cierto? —le preguntó Ray con suavidad. La miraba fijamente como si tratara de leerle el pensamiento.

—Sí —admitió ella.

Ray parecía a gusto en su incómoda silla y en aquel despacho abarrotado en el que nunca había estado antes. Pero, en realidad, él siempre parecía estar a sus anchas. Se adaptaba bien, estuviera donde estuviera.

—Grace —una voz la llamó desde el pasillo; unos segundos después, un hombre apareció en la puerta del despacho—, ¿has acabado...? —el doctor Dearborne se interrumpió bruscamente al ver a Ray. Incluso dio un paso atrás —.

¿Qué hace usted aquí? —dijo, con leve acento de repulsión, y palideció. Solo un poco.

—Hola, doctor —dijo Ray con una amplia sonrisa.

—¿Os conocéis? —preguntó Grace, algo confusa.

—Sí, nos hemos visto una vez —dijo Ray despreocupadamente.

Su encuentro probablemente habría tenido algo que ver con el desagradable episodio entre Trish y el dentista, concluyó Grace. Ray era muy anticuado en algunos aspectos, como el honor y la forma de tratar a una mujer. Y a veces iba demasiado lejos.

El doctor Dearborne posó sus ojos inquietos sobre ella.

—No importa, señorita Madigan. Lo que quería decirle puede esperar hasta mañana. O hasta el lunes —le dirigió una débil y triste sonrisa mientras salía del despacho—. Nada importante.

Grace no llevaba mucho tiempo trabajando para el doctor Dearborne, pero reconocía el miedo cuando lo veía. El pobre doctor estaba tan ansioso por salir de la habitación que se tropezó con su propio pie. Se recobró rápidamente y desapareció por el pasillo.

—¿Qué diablos le has hecho...? —empezó a decir ella.

Ray se levantó ágilmente de la silla.

—¿Qué te parece si te invito a cenar? —la interrumpió.

En fin, daba igual. Grace no quería oír la historia de cómo había defendido paladinamente a su segunda exmujer del hombre al que insistía en llamar doctor Matasanos.

Pero la invitación de Ray se parecía demasiado a una cita.

—No me apetece salir —dijo, recogiendo su bolso. Sin embargo, tampoco le apeteecía estar sola. Aún no—. Puedo hacerte la cena.

Él hizo una mueca, arrugó la nariz y entornó los ojos.

—¿Qué he hecho yo para merecer eso?

Ella sonrió y se levantó.

—Soy mejor cocinera que antes. Dame una oportunidad. Solo tenía diecinueve años cuando nos casamos. En esa época lo único que sabía hacer era abrir una lata de sopa.

Grace deseó no haber dicho aquello. De repente, recordó las veces que habían hecho el amor en la cocina. Sobre la mesa, contra la encimera, en el suelo. Ray volvía a casa y la encontraba atareada intentando pulir sus deplorables incursiones culinarias, y con una caricia y una palabra susurrada conseguía que a ella se le olvidara completamente la receta. ¿Cuántos guisos se le habían quemado? ¿Cuántos asados carbonizados habían tenido que tirar, entre risas, a la basura? No era de extrañar que solo hubiera aprendido a cocinar después de divorciarse.

Sintió que se ponía colorada. Una vez que los recuerdos se despertaban, era difícil acallarlos. Intentó mirar con perspectiva aquellos recuerdos. Sí, su relación sexual había sido fantástica. Pero ella había aprendido de la manera más dura que no podía construirse una relación duradera solo sobre el deseo. Al final, se necesitaba estabilidad y compromiso. Y Ray desconocía el significado de esas palabras.

—Y si era de las que ponían «añada agua», ya teníamos un problema —dijo él.

—¿Qué?

—La sopa —le aclaró Ray.

Si sabía lo que Grace estaba pensando, no dio muestras de ello. Pero Ray era un maestro ocultando sus sentimientos. No era de extrañar que trabajar de infiltrado le resultara tan fácil. Podía convertirse en quien quisiera. Solo revelaba lo que quería revelar.

—Filetes —dijo ella, dirigiéndose a la puerta con el bolso en la mano—.

Ensalada y patatas asadas. Pero tendremos que pasarnos por el supermercado — miró por encima del hombro y vio que Ray la seguía de cerca, pero no demasiado.

—De acuerdo —dijo él, abriéndole la puerta del coche.

Ray nunca había esperado encontrarse sentado en el sofá de la nueva casa

de Grace. Sí, se veían de vez en cuando, pero ella siempre se las arreglaba para mantener las distancias. Si lo había invitado a su casa, era porque estaba realmente asustada, o bien más desesperada de lo que él creía por impedir que se fuera a Mobile.

Mientras la miraba, atareada en la barra que separaba la larga y estrecha cocina del cuarto de estar, Ray se preguntó qué estaría dispuesta a hacer para retenerlo en la ciudad.

Pero no se hacía ilusiones. Grace lo había querido una vez y todavía se preocupaba por él; al menos, un poco. Se preocupaba por él lo bastante como para asustarse de vez en cuando, y confiaba en él lo suficiente como para buscarlo cuando tenía un problema. Entre ellos quedaba aún una llamita que a veces producía situaciones incómodas, como en su despacho poco antes.

Pero no le había importado lo bastante a Grace como para quedarse a su lado. A veces, Ray tenía que recordárselo.

De pronto, comprendió que era absurdo que Grace hubiera inventado la historia del asesinato para retenerlo en la ciudad. Ella no se había inventado nada. Él no le había importado lo bastante como para quedarse a su lado; tampoco le importaba lo bastante como para luchar por retenerlo.

Molesto consigo mismo por estudiar a Grace tan intensamente, volvió su atención hacia la habitación. La casa era antigua, pero había sido remodelada recientemente. En lugar de una pequeña salita y una cocina cerrada, había una habitación principal que consistía en una zona de estar con un sofá, sillas, televisión y un pequeño equipo estereofónico; una cocina abierta y una barra que la separaba del cuarto de estar; y un espacio más pequeño para una mesa de comedor redonda de madera de roble, con cuatro sillas. La decoración era sencilla y práctica.

Ray reconoció la personalidad de Grace en aquella habitación, en sus cómodos muebles de color caramelo y en los mullidos cojines desperdigados por el suelo; la reconoció en las frondosas plantas, en las cortinas de encaje y en las chucherías de la única estantería. Bolas de cristal de nieve. A Grace le encantaban. Ray reconoció un par de ellas que le había regalado hacía años. Una gran bola de cristal con unos caballitos de carrusel que le había regalado al cumplir veinte años; y una más pequeña, con un niño y un niña dándose un inocente beso, que le había comprado por su cuarto aniversario de boda.

Grace estaba troceando la lechuga para la ensalada, con los ojos clavados en el cuchillo y la tabla. Un mechón de pelo le caía sobre la mejilla, un mechón largo y oscuro, tan sedoso que Ray sintió ganas de tocarlo.

¿Qué haría Grace si se levantaba, tomaba su cara entre las manos y la besaba?

¿Y si la estrechaba contra su cuerpo y luego se apartaba, fingiendo que no la deseaba? Tenía la sensación de que antes de que acabara aquella crisis, tendría las respuestas a aquellas preguntas.

Cuando habían vuelto de su incursión en la tienda de ultramarinos, Grace había declarado que las patatas en el microondas «no sabían igual», de modo que comerían las auténticas patatas asadas en el horno. Los filetes se estaban marinando, en el patio esperaba encendido el grill, y el helado que Ray había elegido estaba metido en el congelador. Y si Grace cortaba un poco más las hortalizas, la ensalada se convertiría en papilla para niños.

—Gracie —dijo él suavemente—. Ven aquí y siéntate. Todavía puedo masticar la comida. No soy tan viejo, ¿sabes?

Grace se detuvo y miró las hortalizas que había sobre la tabla como si no se hubiese dado cuenta de lo que estaba haciendo. Con mucho cuidado, dejó a un lado el cuchillo.

—Supongo que todavía estoy un poco distraída por lo que ha pasado —dijo, secándose las manos con un paño.

Salió de la cocina y se dirigió a la silla que había junto al sofá. Ray no se hacía ilusiones; sabía que no se sentaría en el sofá, a su lado. Eso sería demasiado peligroso. ¿Pensaba Grace que no había notado su reacción cuando la había tocado, la forma en que sus ojos y sus labios se abrieron y su corazón se aceleró?

Pero, pese a todo, ella continuaba alzando una falsa barrera entre los dos. Ni siquiera se había molestado en quitarse la ropa del trabajo, como si creyera que el hecho de ponerse algo más cómodo hubiera podido inducirlo a error. Llevaba una falda lisa de color marrón que le llegaba a la altura de la rodilla, y una blusa marrón claro de corte muy formal, muy profesional. Al llegar a casa se había quitado la chaqueta a juego y la había colgado en el armario, pero todavía llevaba las medias y los zapatos bajos. Ni siquiera se había soltado el pelo. Un único mechón negro había escapaba, rebelde, de su severo peinado.

Grace, nerviosa, agarró el mando a distancia y encendió el televisor.

—Quizá digan algo del asesinato —dijo, dejando el mando sobre la mesa.

Estaban dando las noticias, y la cara del reportero de sucesos Sam Morgan llenaba la pantalla. La reacción instintiva de Ray fue agarrar el mando

y apagar el televisor.

—No dirán nada. Luther nos habría llamado si hubieran averiguado algo.

—Da igual —dijo ella, agarrando otra vez el mando y volviendo a encender el televisor—. Nunca se sabe.

Y, claro, si la televisión estaba puesta, Grace no tendría que hablar con él.

Podría mantener los ojos fijos en la pantalla y fingir que allí no ocurría nada. Después de apagar de nuevo la televisión, Ray dejó el mando a distancia en el sofá, junto a él.

—¿Quieres que hablemos sobre lo que ocurrió esta mañana? —le preguntó, consiguiendo que ella se azorara aún más.

Grace posó sus enormes y bellos ojos marrones sobre él. Tenía las rodillas muy juntas y la espalda tiesa; parecía que acababa de recibir una lección sobre cómo debía sentarse una señorita formal. Parecía una niña asustada.

—En realidad, no. Ya te lo he contado todo. Hablar de ello no va a hacer que me sienta mejor.

—¿Estás segura?

Grace miró ansiosamente el mando a distancia.

—Estoy segura —dijo con suavidad—. ¿Sabes?, creo que iré a mirar las patatas —dijo, poniéndose de pie de un salto.

Sin pensarlo, Ray la agarró de la muñeca y tiró suavemente de ella. Grace cayó hacia atrás y aterrizó con suavidad sobre su regazo. Pero no se quedó allí, sino que se deslizó a un lado para sentarse en el sofá, junto a Ray. Al apoyarse sobre el mando a distancia, el televisor volvió a encenderse.

Al menos, el reportero ya no estaba en imagen.

—Las patatas no estarán listas hasta dentro de media hora por lo menos, y lo sabes —dijo él, negándose a soltarle la muñeca aunque ella tironeaba suavemente.

—Pero tengo que... —empezó a decir Grace con voz débil.

—¿De qué tienes miedo?

Ray se inclinó hacia ella y la obligó a mirarlo a la cara. Ella no intentó levantarse, ni apartarse de él. Ray extendió una mano y le colocó el mechón de pelo detrás de la oreja. Al hacerlo, sus dedos rozaron ligeramente la cara y la oreja de Grace.

—No tengo miedo de nada —musitó ella, pero el miedo que había en sus ojos convenció a Ray de que mentía.

—¿Ni siquiera del hombre que te persiguió esta mañana?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿De él? Claro que tengo miedo de él. No soy tonta.

La falda se le había subido un poco al deslizarse del regazo de Ray, y cuando este miró hacia abajo, vislumbró su muslo suave y bien torneado. Puso la mano sobre él. Grace se estremeció.

Por mucho que lo intentara, Ray no podía olvidar lo que había habido entre ellos. En otra época, Grace se le entregaba en cuanto la tocaba. Reposaba la cabeza contra su pecho y Ray se olvidaba de todo. Cuando estaban juntos había energía, calor, luz. Como una tormenta primaveral, iluminaban el cielo y hacían retumbar el mundo.

Ray se inclinó sobre ella y la besó suave y tentativamente. Notó el temblor de sus labios, el suave suspiro de aceptación. Dejó que su boca descansara sobre la de ella, unidas ambas un momento. Dios, qué bien sabía. Cálida y suave, dulce, real y anhelante. Al besarla, Ray sintió algo parecido al alivio, como si hubiera tenido una espina clava en mitad de la espalda durante seis años y alguien finalmente se la hubiera sacado. Aquella inesperada liberación le dio miedo, pero no se apartó.

Sintiéndose audaz y temerario, movió sus labios sobre los de ella, siempre con suavidad. Grace, a su vez, respondió con un ligero movimiento. Una tierna caricia de su lengua, una profunda y turbadora reacción. Ray se puso tenso y se acaloró, como si un dardo de luz hubiera atravesado su cuerpo.

Subió lentamente la mano que tenía posada sobre la pierna de Grace, hasta que sus dedos rozaron la parte interna del muslo. La carne que acarició era suave y cálida, tentadora e irresistible. Aquel era territorio conocido, aunque hiciera seis años, seis largos años, que no tocaba a Grace de esa manera. Ella tembló, pero no se apartó.

Él no era tonto. Ya no quería a Grace. ¿Cómo iba a hacerlo? Ella lo había abandonado, le había hecho más daño del que nadie podría haberle hecho. Grace se había llevado consigo un mundo que él creía seguro y feliz, y lo había destruido. No, ya no la quería, pero la deseaba. Sí, la deseaba.

Y, por su reacción, parecía que ella también lo deseaba a él. Grace movió sus labios contra los de Ray e inhaló como si quisiera chuparle suavemente la vida, como si quisiera saborearlo del todo pero no se atreviera. Con suavidad, vacilando, casi con ingenuidad, rozaba sus labios contra los de Ray.

Este se inclinó sobre ella, presionando la espalda de Grace contra los cojines del sofá, y su beso se hizo más profundo. Al deslizar la lengua en la

boca de ella, Grace gimió y lo agarró de la cabeza, de la cara. Le tocó las mejillas y hundió los dedos en su pelo, respondiendo al beso un instante.

Y luego echó hacia atrás la cabeza, y apartó la boca.

—No puedo —murmuró. Las lágrimas que aún no había derramado hacían brillar sus ojos oscuros; el rubor de sus mejillas le daba el aspecto de una muchacha de diecinueve años.

—¿Por qué no?

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo irme a la cama contigo, Ray. No puedo.

—Yo no pensaba precisamente en la cama, cariño —dijo él con voz ronca.

Acercándose más a ella, le abrió ligeramente los muslos. Grace debía de sentir su erección presionando contra la parte interior de su muslo. Ray podría tomarla fácilmente, en aquel preciso instante. Lo necesitaba. Y ella también.

—Sabes lo que quiero decir.

Ah, Grace hablaba en serio.

—¿Qué te pasa? ¿Es que has vuelto a adoptar la norma de no hacer nada hasta la décima cita? —preguntó él despreocupadamente, como si le diera igual de qué forma lo hicieran, mientras acabaran lo que habían empezado. Como si no quisiera preguntarle, en ese instante en que ya no tenían escapatoria, por qué lo había abandonado.

Ray nunca había entendido la forma en que lo había dejado. Una maldita nota en el frigorífico, como si fuera la lista de la compra. Leche. Huevos. Adiós.

Pero nunca se lo preguntaría. La pregunta sonaría como una súplica, y no estaba dispuesto a rebajarse ante Grace. Ni entonces, ni nunca. La deseaba, pero no la necesitaba.

—¿No crees que esa regla es un poco excesiva a nuestra edad y en estos tiempos? —le preguntó con ligereza, apretándola contra su cuerpo.

Ray recordó lo que le había dicho la primera vez que había intentado hacerle el amor. Grace todavía era virgen, y le había explicado que no conocería lo bastante bien a un hombre como para hacer el amor con él hasta que no hubieran salido al menos diez veces. Ray no era un hombre paciente, y le había pedido que se casara con él esa misma noche, en su tercera cita. Ella dijo que sí y se casaron tres días después. Él estaba convencido de que lo que había entre ellos era real, profundo y duradero, y había creído que Grace siempre estaría a su lado. En aquellos tiempos era joven y estúpido.

—¿Y tendría que empezar otra vez desde el principio? —sonrió él, bromeando—. ¿No puedo por lo menos contar las veces que salimos juntos antes de casarnos? ¿Y todas nuestras comidas en Pop's?

—Hablo en serio —dijo ella, intentando apartarlo suavemente.

Pero él no estaba dispuesto a soltarla. Todavía no. La apretó contra su cuerpo hasta que pudo sentir su intenso calor y el latido de su corazón, el ligero temblor de sus piernas. Grace aún estaba dentro de él, como si manara bajo su piel cada vez que la abrazaba.

—Dime, Gracie, ¿cuándo fue la última vez que llegaste a la décima cita?

Ella frunció los labios, señal de que no pensaba responder. Él la cubrió con su cuerpo, moviéndose lentamente y besándole el cuello. Antes de dejarla ir, quería asegurarse de que lo deseara tanto como él a ella. La besó morosamente, saboreándola, sintiendo el latido de su corazón bajo sus labios y su boca antes de apartarse.

En cuanto la soltó, ella se levantó del sofá.

—Imagino —dijo, con cierta calma— que la regla de las diez citas es excesiva para ti —Grace procuraba ocultar su ansiedad, pero no pudo disfrazar el tenue temblor de su voz—. Supongo que te gustaría que las mujeres llamaran a tu puerta ya completamente desnudas y dispuestas.

—Y llevando comida —añadió él alegremente.

Ella se giró para mirarlo. Tenía la cara colorada, los labios húmedos y ligeramente hinchados. Y una incredulidad dolorosa brillaba en sus hermosos ojos.

¿Qué había esperado, que le cantara una canción romántica diciéndole que la deseaba más que a ninguna? Él no era así, no mentía ni hacía promesas que no podía cumplir.

—Preferiblemente, pizza —añadió—. Al fin y al cabo, puede tomarse caliente o fría.

Su sonrisa desapareció cuando Grace se alejó y volvió a la tarea de mutilar hortalizas. Maldición. Ojalá estuviera ya en Mobile. Nada bueno podía salir de todo aquello. Nada bueno.

Si Grace creía que no acabarían en la cama, estaba aún más loca que él.

Capítulo 4

Freddie odiaba correr y maldecía a aquella mujer por obligarlo a esa desagradable carrera matutina. Era temprano y hacía fresco, pero ya estaba empapado en sudor.

Mientras corría, miraba las calles laterales, los senderos del parque y a los demás corredores. Confiaba en que la mujer hiciera siempre el mismo recorrido.

Debía de vivir en el vecindario.

Él llevaba ahora el pelo rubio y mucho más corto, casi rapado. Se había puesto lentillas marrones, por si acaso se topaba de frente con ella. Sus pálidos ojos de color verdeazulado, los ojos que había heredado de su madre, siempre lo delataban. Eran demasiado distintivos. Ese era su peor defecto. Un toque de maquillaje aplicado con mano experta cubría la pequeña magulladura de su mandíbula, completando su transformación.

Ya no llevaba la ropa formal que le gustaba lucir, y su abrigo estaba bien guardado, por el momento. Para aquella parte del trabajo había preferido adoptar otro aspecto. Llevaba una camiseta con las mangas enrolladas para dejar al descubierto sus músculos y un tatuaje con la leyenda *Martha*. Llevaba también unas mallas cortas de ciclista, muy ceñidas y de color rojo brillante. Desde lejos parecía un *punky*. Desde más cerca, probablemente tenía el aspecto de un hombre de mediana edad que atravesaba alguna clase de crisis de madurez e intentaba parecer más joven de lo que era.

Para mantener el papel que había adoptado, y porque era bonita, Freddie le guiñó un ojo a una pelirroja que pasó a su lado, corriendo en dirección opuesta. Ella desvió la mirada y arrugó la nariz. Zorra. Freddie se dio la vuelta para mirar la oscilante cola de caballo de la mujer. Durante unos instantes corrió hacia atrás, con la vista clavada en su espalda.

Su irritación no duró mucho tiempo. Pronto volvió a darse la vuelta y retomó sus pensamientos. El día anterior, por la tarde, había recogido la segunda parte del pago por el trabajo, según lo previsto. El cadáver yacía al pie de un pequeño monte, en el límite sur de la ciudad. El coche de la víctima, el que conducía cuando Freddie lo había hecho parar, estaba oculto. Freddie lo había arrojado por un barranco junto a un tramo sinuoso y desierto de la carretera, de modo que parecería que la víctima había perdido el control y se había precipitado por el desnivel. El coche había rodado dando vueltas de

campana, estrepitosamente, sobre los espesos matorrales, y había aterrizado entre una densa formación de árboles. Si tardaban en encontrar el cuerpo, les sería imposible establecer si el conductor se había partido el cuello como consecuencia del trágico accidente.

Los polis nunca sospecharían nada, mientras no hicieran caso de aquella maldita mujer.

Un hombre en chándal pasó a su lado, sonrió y le dio cordialmente los buenos días. Freddie le devolvió la sonrisa y masculló un saludo. No había más corredores en la calle. Ninguna mujer de pelo oscuro.

Una vez las cosas se hubieran calmado un poco y los polis hubieran descartado la historia de la mujer como producto de su fantasía o de la histeria, la testigo tendría un trágico accidente. Solo por precaución.

Pero primero tenía que encontrarla.

Grace sintió una presencia a su espalda, se giró sobre la silla y vio a Ray apoyado en la puerta de su despacho, con una sonrisa en la cara que parecía decir «a mí no puedes engañarme».

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, procurando mantener la calma. Todavía tenía presente el desastre que había estado a punto de producirse la noche anterior en su sofá. Había estado muy cerca de ceder, de olvidar que ya no podía querer a Ray.

—Pensé en pasarme por aquí para ver qué tal estabas, y tal vez invitarte a comer.

—No tengo mucha hambre —dijo ella con voz débil.

La sonrisa de Ray desapareció.

—Vamos, Gracie. Tienes que comer.

La verdad era que se sentía más segura en la oficina. La noche anterior también se había sentido a salvo, mientras Ray dormía en el sofá y ella, escondida bajo las sábanas, recordaba sus besos. Tendida en la cama, había revivido el instante en que la boca de Ray había tocado finalmente la suya, y cuando había sentido el peso de su cuerpo, la calidez de sus brazos y sus manos.

Pero no tenía mucho sentido que la presencia de Ray la hiciera sentirse fuera de peligro. Un hombre dormido en otra habitación no era de gran ayuda, pero saber que estaba allí, a unos pocos pasos, la había reconfortado... y, al mismo tiempo, la había mantenido en vela.

—Yo te invito —dijo ella, recogiendo su bolso.

—¿Qué pasa? —preguntó él suavemente, tomándola del brazo al salir por la puerta—. ¿Tienes miedo de que empiece a contar?

—Ray...—ella se enfurruñó un poco.

—No importa —dijo él mientras recorrían el pasillo—. Olvídalo. Esto no es una cita, es cuestión de negocios.

—¿De negocios?

La sala de espera estaba más llena de lo normal. Había una madre con trillizos esperando a que el doctor Dearborne les hiciera la primera revisión a sus niños. Un equipo de la televisión local había acudido para cubrir la historia de interés humano.

Shea Sinclair era una de las pocas amigas que Grace había hecho desde su regreso a Huntsville. Era amiga de Nell Rose, y las tres habían salido un par de veces.

Una película, un sándwich y un daiquiri, un poco de conversación y luego a casa mucho antes de medianoche.

Grace se paró a saludarla.

—Parece que estás ocupada.

Shea, embutida en un traje azul brillante y perfectamente maquillada, le volvió la espalda a la madre de los trillizos, bizqueó y sacó la lengua.

—Sí —dijo suavemente—. Esto es un bombazo de noticia. Mi sueño hecho realidad.

—Por algo hay que empezar —dijo Grace con una amplia sonrisa.

Shea meneó la cabeza.

—Me han puesto a dar el tiempo del fin de semana, ¿te lo puedes creer? —añadió en voz más baja—. Yo no soy meteoróloga, no tengo experiencia y me ponen a leer sobre frentes y anticiclones como si entendiera una palabra de lo que digo.

—Lo siento —dijo Grace con simpatía. Se volvió hacia Ray, notó la expresión avinagrada de su cara y lo presentó de todos modos—. Shea, este es un amigo, Ray.

Ray, esta es Shea Sinclair —no dijo Ray Madigan porque no le apetecía responder a preguntas sobre el apellido que compartían. Y la curiosa de Shea sin duda las haría.

—Encantado de conocerte. Grace, tenemos que irnos —él la agarró del brazo y se dirigió hacia la puerta.

Una vez estuvieron fuera, Ray retomó la conversación como si no la hubieran interrumpido.

—Negocios, estrictamente. Podemos hablar del asesinato, si te sientes con fuerzas —Ray la condujo hacia su coche y le abrió la puerta del pasajero.

—¿Por qué has sido tan antipático con Shea? —preguntó ella mientras se sentaba.

Ray se inclinó hasta que su cara quedó muy cerca de la de ella.

—Odio a los periodistas —dijo muy despacio—. A todos ellos.

—Eso no es justo... —Ray cerró la puerta sin dejarle terminar su protesta.

Cuando se sentó tras el volante y salieron del aparcamiento, Grace se giró para observar su perfil. Aquel extraño acceso de antipatía parecía habersele pasado ya.

Parecía que nada en el mundo lo preocupaba.

—¿Has hablado con Luther? —le preguntó ella.

Ray le lanzó una rápida mirada y luego volvió los ojos hacia la carretera.

—Sí. Aún no han encontrado nada.

—¿Pero están investigando?

—¿Y por dónde quieres que empiecen? —contestó él.

Ella se recostó en el asiento y aceptó el hecho de que Luther no la creyera, que no tuviera suficientes indicios para emprender una investigación.

—Podría contárselo a Shea para que lo sacara en las noticias. Si se hace público, la policía tendrá que hacer algo.

—No.

—¿Por qué no? ¿Solo porque tú odias a los periodistas? ¿Y cuándo has desarrollado esa aversión?

—Si el hombre al que viste está todavía en Huntsville —la interrumpió Ray—, ¿por qué facilitarle tu nombre y dejarle que te vea otra vez?

Grace se encogió un poco en el asiento.

—No lo había pensado.

—No te preocupes —dijo Ray, suavizando la voz—. El cadáver aparecerá, o alguien buscará a un desaparecido que coincida con tu descripción de la víctima, y entonces Luther tendrá algo por dónde empezar.

—Bueno, y si no hay nada nuevo, ¿de qué negocio se supone que vamos a hablar en la comida?

Ray giró para meterse en un aparcamiento, estacionó el coche y detuvo el motor. Grace miró por el parabrisas y vio que estaban en el Hamburger Shack, llamado familiarmente «el Shack» por quienes se atrevían con sus gigantescas hamburguesas y sus grasientas patatas. El edificio no había

cambiado, salvo quizá porque con los años había perdido color. Antaño la fachada había sido pintada de amarillo y la puerta de un rojo brillante. En un viejo patio de ladrillo había unas cuantas mesas de madera, dispuestas al azar.

—La comida primero, los negocios después —dijo Ray, saliendo y rodeando el coche para abrir la puerta de Grace—. Elige una mesa mientras yo voy a pedir —ella hizo amago de abrir el bolso, pero él la detuvo—. No quiero tu dinero, ¿de acuerdo?

—parecía enfadado, como si estuviera a punto de perder los nervios. Y Ray nunca perdía los nervios.

—De acuerdo.

Grace se sentó en una mesa al sol, de espaldas al aparcamiento y frente a la puerta por la que Ray había entrado. Había otras dos mesas ocupadas, pero estaban en la parte opuesta del patio. Allí estarían relativamente solos. Aunque no sabía si era buena idea.

¿Cuántas veces habrían comido Ray y ella en el Shack? Demasiadas para contarlas. Grace se preguntó si él la habría llevado allí a propósito para recordarle los buenos tiempos, o si tal vez solo le apetecía una buena hamburguesa. Con Ray, nunca se sabía.

Se quitó la chaqueta de color cereza y la dejó en el banco, junto a ella. Después, se enrolló las mangas de la camisa blanca. El día era caluroso. Además, si la chaqueta estaba en el banco, Ray tendría que sentarse al otro lado de la mesa, no a su lado, como solía hacer. Después de lo que había pasado la noche anterior, debía tener cuidado. Mucho, mucho cuidado.

Alzó la cabeza hacia el sol, procurando relajarse. Hacía un hermoso día, a pesar de lo que había ocurrido. ¿Cómo sabía Ray que una sencilla comida al sol la haría sentirse mejor? Libre, ligera y sin miedo.

Él no tardó mucho en volver con la comida. Apareció por la puerta roja con una bandeja cargada con dos platos, dos vasos y dos cucuruchos de papel.

—Espero que no me haya fallado la memoria —dijo, dejando la bandeja sobre la mesa—. No muy hecha y sin cebolla, patatas fritas muy crujientes y batido de fresa.

Grace miró el plato que puso ante ella.

—No me acordaba de que las hamburguesas eran tan grandes. Y aquí hay suficientes patatas para alimentar a una familia. Yo no puedo con todo esto.

Ray miró la chaqueta que había junto a ella y, sin hacer ningún comentario, se sentó al otro lado de la mesa.

—Seguro que sí —dijo.

Grace hizo lo que pudo, pero no hubo manera de que se lo comiera todo. ¡Ya no comía como a los diecinueve años! Pero Ray, sí. No dejó ni una miga.

Cuando Grace apartó su plato medio lleno, Ray alzó una ceja y sonrió.

—Es patético —bromeó—. Recuerdo una época en que no dejabas ni una migaja de las hamburguesas de Arthur. Se va a sentir ofendido cuando vea esto.

—¿Arthur todavía sigue aquí?

El dueño del Shack ya era mayor la primera vez que fueron allí, doce años atrás.

—Algunas cosas nunca cambian —dijo él en voz baja, y Grace recordó la noche anterior. ¿Intentaba él recordárselo?

—¿Podemos hablar del asesinato? —le preguntó ella para cambiar de tema.

Prefería revivir aquella terrible mañana a quedarse allí sentada, pensando en su persistente y problemática atracción por su exmarido.

Ray dejó de sonreír, apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia ella.

—Gracie, ¿estás completamente segura de que lo que viste fue un asesinato?

¡No, él no...!

—No —exclamó ella—. Me lo inventé para divertirme —hizo amago de levantarse, pero Ray la sujetó por la muñeca.

—Siéntate.

Obedeció.

—Olvídalo —dijo lentamente, desasiéndose—. Si no me crees...

—No es que no te crea —dijo Ray con suavidad—. Pero tenemos que considerar la posibilidad de que lo que vieras fuera... digamos... menos fatal de lo que crees.

Tal vez fue solo una pelea que se les escapó de las manos, pero en la que nadie resultó muerto. O puede que el tipo al que viste saltar o caer del coche estuviera herido, pero no muerto.

—¿Y el hombre que me persiguió?

—Tal vez quería explicarte lo que había ocurrido, para que no te asustaras.

—No parecía querer explicarme nada, Ray —dijo Grace—. Parecía... parecía...

Querer matarla. Eso era.

—Lo sé.

Había sido una idiota al pensar que él la creería.

—¿Quieres dejar de hablarme como si fuera una niña? —lo miró a los ojos—. Yo sé muy bien lo que vi.

Ray se echó hacia atrás y se relajó.

—De acuerdo. Solo quería asegurarme de que no tenías dudas.

—No tengo ninguna —dijo ella secamente.

Ray miró un momento hacia el aparcamiento y soltó un leve gruñido.

Grace miró por encima del hombro y vio a un hombre de mediana edad con un traje arrugado que se dirigía hacia ellos desde el aparcamiento, con los ojos clavados en Ray. La insignia y la pistola que llevaba en el cinto lo identificaban como policía.

—Madigan —dijo el hombre al acercarse a la mesa—, ¿cómo te va?

Aunque Ray intentó componer una sonrisa, Grace comprendió que aquel policía en particular no le gustaba mucho.

—Me va bien. ¿Qué te ha hecho salir de la oficina, Daniels?

—Las hamburguesas de Arthur, ¿qué si no? —respondió Daniels con una sonrisa. Sus ojos se posaron en Grace y la contemplaron de arriba abajo, con expresión calculadora. Su sonrisa cambió, volviéndose en cierta forma rapaz. Ella esperó ver un grosero guiño en cualquier momento—. ¿Es esta la señorita que supuestamente vio ayer un asesinato?

A Grace no le gustó la forma en que insertó la palabra «supuestamente» en la frase, ni le gustó la forma en que la observaba.

—No es una señorita, Daniels —dijo Ray, sin sonreír—. Es mi mujer, Grace Madigan.

—Exmujer —dijo ella automáticamente.

—Ex —dijo Daniels con una sonrisa más amplia—. Sí, eso me dijo Luther.

Señorita Madigan —dijo, concentrando toda su atención en Grace—, si necesita ayuda, cualquier cosa, llámeme —sacó del bolsillo una tarjeta y la dejó en la mesa frente a ella. Luego, por fin, le guiñó el ojo.

—Gracias —dijo Grace, mirando la tarjeta sin tocarla—. Tengo toda la ayuda que necesito por el momento, pero si la situación cambia, lo llamaré.

Él volvió a hacerle un guiño antes de decirle adiós a Ray y encaminarse hacia la puerta roja.

—Qué tipejo —dijo Ray, agarrando la tarjeta y poniéndola en la hamburguesa sin terminar de Grace.

—Un tipejo de homicidios, supongo, si trabaja con Luther —dijo Grace.

No hizo intento de recuperar la tarjeta de entre las sobras de su comida.

—Sí.

Grace apoyó los codos en la mesa y se inclinó ligeramente hacia él.

—Pensaba que a Ray Madigan le gustaban todos los policías.

—Daniels es un vago —dijo él en voz baja—. Y un estúpido.

—¿Y cómo llegó a homicidios?

Él clavó sus ojos en los de ella, con dureza. No parecía gustarle aquella conversación.

—Daniels no siempre fue vago y estúpido. Pero algo lo hizo cambiar.

Nadie sabía mejor que Grace con qué diligencia se tomaba Ray su carrera de guardián de la ley. No era solo su trabajo, era su vocación. Le encantaba ser policía.

La profesión había definido su personalidad, había gobernado su vida.

—¿Por qué lo dejaste? —murmuró ella.

Él se levantó sin responder.

—Vámonos. Si llegas tarde al trabajo, el doctor Matasanos me echará la culpa a mí.

Grace lo siguió hasta el coche en silencio, pero más intrigada que nunca.

Ray había prometido recoger a Grace a las cinco y media y llevarla a casa, pues era evidente que todavía le daba miedo estar sola. Se preguntaba cuántas noches tendría que dormir en su sofá antes de terminar en la cama. Estaba más seguro que nunca de que eso era lo que acabaría ocurriendo.

Grace lo había pillado completamente desprevenido al preguntarle por qué había dejado su trabajo. Nunca se lo había preguntado durante sus comidas amistosas, probablemente porque era una pregunta demasiado personal para los límites que se había trazado.

Pero la noche anterior esos límites habían cambiado.

Ray se detuvo junto a la curva y observó el parque. Era primera hora de la tarde y todo parecía en orden. La hierba estaba verde y el estanque completamente en calma, salvo por el movimiento de tres patos que nadaban al sol. Las madres empujaban los carritos de sus bebés o jugaban con sus hijos; hombres vestidos de traje y mujeres con ropa primaveral se sentaban en los bancos sombreados por los cornejos, soñando despiertos, leyendo o merendando el contenido de bolsas de papel. Las mujeres alzaban sus rostros al sol y unos cuantos corredores desafiaban el calor de la tarde. Era una estampa tranquila.

Decepcionantemente tranquila. Justo allí, Grace había visto cómo se cometía un asesinato.

Y luego, el asesino la había perseguido. Esa era la parte de la historia que más difícil le resultaba de explicar. Grace Madigan no era una mujer proclive al pánico.

No se asustaba fácilmente y nunca exageraba. Si decía que un hombre la había perseguido y que ella había tenido que defenderse para escapar, era verdad.

¿Pero dónde estaba la víctima? Había pasado más de un día. El cuerpo podía estar escondido en un sótano o enterrado en un jardín, o en el fondo del río Tennessee. Podía estar en cualquier parte.

Ray olvidó el asesinato y las preguntas sin respuesta y contempló a la gente del parque. Si su matrimonio con Grace hubiera funcionado, ella habría podido ser una de aquellas mujeres que jugaban con sus niños al sol. Casi podía verlo: Grace con el pelo recogido en una coleta, con unos vaqueros y una camiseta en lugar de un traje formal; Grace riendo y cantando con su hijo, sin ninguna preocupación en el mundo.

Pero esa imagen ideal solo estaba en su cabeza, naturalmente. Todavía soñaba con ella en las noches realmente malas.

Cada vez que pensaba en lo que podía haber ocurrido, se recordaba que Grace lo había abandonado, que había sido ella quien había decidido ponerle fin a su matrimonio. Se lo recordó en ese momento, mientras se alejaba del parque.

Doris lo estaba esperando con unos cuantos mensajes en la mano cuando entró en la oficina. Ray se aseguró, de que la sonrisa de su cara no dejaba traslucir nada.

Absolutamente nada.

—¿Me has echado de menos? —preguntó, haciéndole un guiño a su secretaria.

Esta se levantó y agarró su bolso.

—No —dijo ella dulcemente—. Ni siquiera un poco.

—Podrías mentir, aunque solo fuera por amabilidad —Ray agarró los mensajes y les echó un vistazo rápido. Doris abrió la puerta—. Tú tienes hijos, ¿verdad? —le preguntó despreocupadamente, mirando los mensajes que tenía en la mano.

Doris se detuvo en la puerta y miró a Ray con aire suspicaz.

—Tres hijos y una hija.

—¿Nietos?

—Dos. Ambos varones.

—Supongo que son los de las fotos que tienes encima de la mesa.

Desconfiada, ella entornó los ojos.

—Pues claro... —de repente, su expresión cambió y sus ojos se achicaron aún más—. ¿A qué vienen todas estas preguntas? ¿No estarás pensando en volver a casarte, verdad? ¿Y en tener hijos? El cielo no lo permita —se acercó a él con paso firme y los labios fruncidos—. Ray Madigan, cualquier hombre que se haya divorciado tres veces debería pensárselo mucho antes de intentarlo de nuevo. Tienes tus buenas cualidades, lo admito, pero el matrimonio no es para ti —asintió con la cabeza para reforzar su afirmación.

Él le lanzó una sonrisa deslumbrante.

—¿Quién ha dicho que vaya a casarme? Solo te he hecho unas cuantas preguntas amistosas sobre tu familia. Quería mostrar un poco de interés por mi mejor empleada...

—Tú única empleada —puntualizó Doris.

—Y tú vas y me echas un rapapolvo —Ray volvió a mirar los mensajes —.

¿Turner ha llamado tres veces?

—El pobre hombre se reúne mañana con su abogado y quiere saber si has averiguado algo.

Ray había averiguado mucho más de lo que el pobre señor Turner querría saber.

—Lo llamaré.

Por si sus desastrosas bodas no habían sido lección suficiente, su nueva profesión le proporcionaba un asiento en primera fila para contemplar la peor cara de la institución matrimonial. Todos los días descubría nuevas razones para evitar la trampa de la felicidad conyugal. Asistía a adulterios, traiciones, engaños y venenosas artimañas que nunca dejaban de asombrarlo. Sus divorcios habían sido sumamente agradables comparados con los que había tenido que ver.

Pero si el matrimonio funcionaba... Ah, entonces no había nada igual. Lástima que no durara. Al menos, en su caso.

—No me gusta tu expresión —dijo Doris, en tono de reproche—. ¿Seguro que no estás pensando en casarte con la futura cuarta exseñora Madigan? —insistió—.

Huntsville ya tiene suficientes ejemplares de esa especie.

—Claro que no. ¿Tengo aspecto de haber perdido el juicio?

Doris suspiró y se dio la vuelta.

—Pues sí, un poco.

Capítulo 5

Grace no sabía si lamentaba haber insistido a Ray en que la acompañara a casa para asegurarse de que no había nadie dentro, esperándola agazapado.

Se quitó los zapatos y se soltó el pelo en cuanto la puerta se cerró tras ellos.

Quitarse la chaqueta era un auténtico placer.

Una vez inspeccionada la casa, Ray echó un vistazo a la nevera, buscando algo de comer. Ya parecía sentirse en su casa. Y, a pesar de su determinación, Grace empezaba a sentirse a gusto con él otra vez. Buscar su ayuda, depender de él, había sido una mala idea. ¿Pero cómo evitarlo? Cuando escuchaba a su corazón, este siempre la llevaba hasta Ray, le gustara o no.

—Yo no voy a comer nada esta noche —dijo ella, dirigiéndose por el pasillo hacia su dormitorio. Ropa vieja de estar en casa, tal vez unos pantalones cortos y una camiseta, y después, una vieja película en televisión. Eso era lo que necesitaba para calmar los nervios—. No puedo, después de lo que he comido a mediodía.

—Pero si ni siquiera te lo acabaste —gritó Ray, cerrando el frigorífico—. Y en la nevera solo tienes leche desnatada y yogurt.

Grace lo oyó a través de la puerta cerrada de su habitación, mientras se quitaba la ropa de trabajo y buscaba en la cómoda algo que ponerse. Sacó unos pantalones cortos de color verde oscuro y una camiseta a juego, pero, después de mirarse al espejo, se puso encima una amplia camisa blanca. Cuanta más ropa llevara mientras Ray estuviera cerca, mejor.

Observando su imagen en el espejo, se cepilló el pelo y se lo recogió en una coleta alta y prieta. Mientras se peinaba se sermoneaba a sí misma en silencio.

Tal vez su corazón la llevara siempre hacia Ray, pero su cerebro se resistía a enamorarse de él otra vez. Ray era adicto al peligro, y no le importaba nadie, ni siquiera él mismo. Vivía para el momento, nunca pensaba en el mañana y jamás se preguntaba cómo se sentían quienes lo querían. Era un hombre temerario, egoísta e irritante.

Entonces, ¿por qué a veces estaba segura de que su cerebro perdería aquella batalla?

Al abrir la puerta, lo vio de pie en el pasillo, apoyado despreocupadamente contra la pared, justo enfrente de su dormitorio. Alto e

impresionante como siempre, tentadoramente atractivo, al verlo allí de pie le dio un vuelco el corazón. Ray la miró fijamente y luego cruzó la puerta y se acercó a la cama pulcramente hecha y cubierta con almohadones azules y blancos. Cuando volvió a mirarla, sonreía. Ella sintió un escalofrío.

—Has tardado mucho —dijo él.

—Lo siento —Grace esbozó una tenue sonrisa que enseguida se desvaneció—.

A veces me lleva algún tiempo desconectar después del trabajo.

—Pues tienes muy buen aspecto —Ray la miró de arriba abajo.

—Bueno... —dijo ella alegremente, ignorando el modo en que la miraba—, ¿qué quieres cenar?

El la miró a los ojos.

—Creo que podríamos encargarnos una pizza —dijo, muy despacio.

Grace estaba segura de lo que había visto en el parque, pero también sabía que Ray era un peligro mucho más inmediato que el hombre del abrigo. Con miradas turbadoras como aquella, amenazaba con volver del revés su ordenada existencia.

Grace había trabajado muy duro para conseguir lo que tenía y no estaba dispuesta a permitir que eso ocurriera.

—No hace falta que te quedes —dijo con calma, pasando junto a Ray e intentando mantener la serenidad—. Hoy no tengo miedo.

Ray la agarró del brazo, tiró de ella y la estrechó con fuerza contra su pecho, de modo que Grace tuvo que echar hacia atrás la cabeza para verle la cara. Él ya no sonreía. Ya no bromeaba.

—Siempre huyes de mí —musitó Ray amargamente—. ¿Por qué, Gracie?

—No iba a huir...

—No empeores las cosas mintiendo —él mantuvo un tono de voz bajo y suave, pero un destello brillaba en sus ojos azules, normalmente plácidos.

Ella separó los labios para decir «no miento», pero Ray la besó, obligándola a abrir la boca, saboreándola con la lengua. Con una mano le sujetó con fuerza la parte de atrás de la cabeza mientras la besaba con tanta ansia que la dejó sin aliento. Grace sintió que le fallaban las rodillas, que el corazón se le subía a la garganta y, antes de que pudiera entender lo que ocurría, se encontró besándolo frenéticamente.

Le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas para acercar más su boca a la de él. Ray tenía un sabor intoxicante, irresistible. Grace no podía negar que hacía que su corazón latiera más fuerte y que su cuerpo temblara. Su

boca era cálida e insistente, dulce y tierna, y ella no se cansaba de sentirla, por mucho que lo intentara.

Llevaban separados seis años, pero en ese momento parecía no haber pasado el tiempo.

Grace recordaba demasiado bien el olor y el sabor de Ray, la forma en que sus cuerpos se amoldaban el uno al otro, el modo en que él la abrazaba al besarla, igual que la abrazaba en ese instante, con fuerza, ternura y urgencia.

Grace sintió el palpito de su corazón en todo el cuerpo, el tibio e insistente latido de sus venas, el deseo ciego que llevaba demasiado tiempo negando. Ray le tocó un pecho y sus pezones se pusieron duros de ansiedad. Sin poder contenerse, Grace dejó escapar un gemido.

Ray la abrazó más fuerte y ella sintió el temblor profundo que sacudía su cuerpo. Él presionó la rodilla contra sus muslos y Grace abrió instintivamente las piernas.

Cuando Ray la hizo girar y la empujó ligeramente hacia el dormitorio, ella pensó fugazmente en protestar, pero no lo hizo. No dijo ni una palabra hasta que tocó el colchón con la parte de atrás de las piernas y estuvo a punto de caer sobre la cama.

—Ray —susurró. La razón emergía lentamente a través de la nebulosa de deseo que había oscurecido su mente—. No podemos hacer esto.

Él sonrió y le dio un rápido beso.

—Claro que podemos. Echamos a perder muchas cosas, Gracie, pero no esto.

Siempre nos lo pasábamos muy bien en el catre —Ray le echó hacia atrás la camisa, le sacó una manga y luego la otra y la prenda cayó al suelo.

«¿En el catre?» Grace sintió una punzada de decepción. Allí estaba, temblando y temiendo volver a enamorarse de Ray, y él sonreía como siempre y se burlaba de todo lo que había habido entre ellos.

—Las cosas han cambiado —dijo débilmente—. No creo que podamos...

Él se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó un preservativo envuelto.

—Estoy preparado, Gracie.

Demasiado preparado para su gusto. ¿Lo tenía todo planeado?

—Pues yo no estoy preparada para volver a tener una relación contigo. Y tampoco voy a meterme en la cama contigo —añadió hoscamente, sin darle la oportunidad de decir que ya no tenían una relación ni nunca la tendrían—. No estamos casados. Y yo ya... —se detuvo antes de decir «ya no te

quiero», pero sin duda Ray comprendió lo que estaba pensando.

Sin embargo, él no pareció inmutarse. Le pasó una mano por el muslo, la empujó ligeramente hacia atrás de modo que estuvo a punto de hacerla caer sobre la cama, y le acarició un pezón mientras susurraba junto a su boca: —No hace falta que estemos casados. Solo hace falta que estemos cachondos.

La nebulosa se aclaró considerablemente. Grace puso una mano contra el pecho de Ray.

—Un revolcón no es una relación, Gracie, solo es sexo. Pura y simple diversión —para probar su punto de vista, Ray le pellizcó el pezón y le lamó fugazmente el cuello. Luego le soltó la coleta y enterró los dedos en sus mechones sueltos—. No tiene que haber nada más. No compliques las cosas pensando demasiado.

Ella finalmente cayó sobre la cama, dando un bote. Ray apoyó la rodilla sobre el colchón y la empujó hacia atrás, acariciándole la mejilla con ternura, pasión y deseo.

De repente, pareció como si la rodeara por completo, prometiéndole todo lo que ambos deseaban. Ray parecía desear que estuvieran juntos tanto como ella.

El cuerpo de Grace decía «sí», estremeciéndose insistentemente. Él la hizo tumbarse. Ella abrió los muslos y Ray se los separó un poco más con la rodilla.

El corazón de Grace decía «sí». Necesitaba a Ray, lo deseaba, soñaba con él.

Cuando estaba sola y en apuros era a él a quien acudía. Sin preguntas, sin reservas.

¿Había dejado de amarlo alguna vez?

—No —musitó, escuchando a su cerebro y olvidándose del resto—. Yo no hago el amor solo por diversión.

El retrocedió y alzó ligeramente las cejas.

—¿Ah, no? Querida, no sabes lo que te pierdes —se le ensombrecieron los ojos y un músculo tembló en su mandíbula finamente dibujada—. ¿Y qué has hecho en los últimos seis años? —murmuró él, intentando sin éxito parecer indiferente. Había demasiada intensidad en su mirada, demasiada tensión en su cuerpo—. ¿Enamorarte y desenamorarte según tu libido? ¿O solo te gusta provocar a los hombres hasta que pierdan la cabeza y luego rechazarlos? —apretó la mandíbula y achicó los ojos—. ¿Es así como te diviertes ahora, Gracie?

Ella le dio un empujón y Ray se apartó obedientemente. La dejó en la cama y le volvió la espalda. De pronto, Grace sintió frío. Estaba sola, aunque Ray no se hubiera marchado todavía. ¡Cielos, tenía tantas ganas de pedirle que volviera!

—Será mejor que te vayas —murmuró.

—Creo que tienes razón —dijo él hoscamente mientras salía de la habitación sin mirar atrás—. Echa bien el cerrojo cuando me vaya.

Ella se quedó tumbada en la cama, temblando, aturdida, y cerró los ojos al oír el portazo. Las preguntas de Ray resonaban en su cabeza. ¿Cómo iba a decirle que no había habido ningún otro hombre en su cama en los últimos seis años, que cada vez que empezaba a acercarse a un hombre, encontraba una razón para rechazarlo?

Se incorporó de un saltó al oír que la puerta volvía abrirse.

—¡He dicho que echas el cerrojo! —gritó Ray, y luego la puerta se cerró de nuevo.

Solo había una mujer en el mundo que tuviera el poder de volverlo completamente loco. Debía huir de Grace como de la peste, no llamar a su puerta las ocho de la mañana.

—Vamos, Gracie —gritó, llamando al timbre otra vez—. Abre la maldita puerta.

Oyó el cerrojo, la cadena y después la llave. La puerta se abrió lentamente.

Grace apareció con el pelo revuelto, ojos de sueño y la ropa arrugada. La misma ropa con que la había dejado el día anterior.

—¿Te he despertado? —preguntó él, sonriendo.

—Sí —farfulló ella, con la voz todavía ronca por el sueño—. Ray, ¿qué haces aquí tan temprano?

—A esta hora sueles salir a correr, ¿no? Como ayer no fuiste pensé que...

—Hoy es sábado —dijo ella, mirándolo con ojos acusadores.

—Ah, sí.

Ella retrocedió para dejarlo entrar. Sobre el sofá había una manta y una almohada en la que todavía se veía la impronta de una cabeza. Ray se preguntó si habría dormido toda la noche en el sofá, incapaz de acostarse en la cama en la que habían estado a punto de hacer el amor.

Si así era, se alegraba. Él apenas había dormido tres horas.

Había hecho buen uso de su tiempo después de dejar a Grace la tarde

anterior.

Se había comprado un par de zapatillas deportivas y, en cuanto había llegado a casa, había empezado a hacer llamadas. Durante sus muchos años como policía había hecho numerosos amigos. Alan Chambers, un agente del FBI al que había conocido en una investigación conjunta, iba a revisar las listas de personas desaparecidas de todo el sudeste, y no solo de Huntsville, como había prometido hacer Luther.

Chambers había tomado nota de la vaga descripción del asesino y le había dicho que vería qué podía hacer.

De una forma u otra tenía que aclarar aquel asunto. Debía asegurarse de que el asesino era arrestado para que Grace estuviera a salvo. Estar a su lado y fingir que no le importaba lo estaba matando.

Grace se fue a la cocina, apartándose el pelo de la cara, bostezando y estirándose. Dios, le encantaba cómo se movía. El mundo estaba lleno de mujeres, guapas y feas, brillantes y mediocres, pero ninguna de ellas se movía como Grace.

—Café —murmuró ella, buscando la lata en un armario, como sin duda hacía cada mañana. Cuando el café empezó a gotear en la cafetera de cristal, se dio la vuelta y se apoyó contra la encimera—. Estaba pensando en comprarme una cinta mecánica para correr.

La sonrisa de Ray desapareció.

—¿Vas a permitir que ese tipo te asuste hasta el punto de esconderte? ¿Qué vas hacer, convertirte en una ermitaña?

—No —dijo ella, mirando sus pies descalzos—. Bueno, tal vez sí. Solo durante algún tiempo.

Diablos, ¿cómo era posible que Luther pensara que se lo había inventado todo?

—No —dijo él. Grace alzó la vista para mirarlo—. No puedes esconderte, Gracie.

—No me escondo. Solo intento ser precavida. Nada más.

Él levantó un pie para enseñarle sus zapatillas nuevas.

—¿Quieres decir que me he comprado esto para nada? El tipo de la tienda de deportes me dijo que eran las mejores, que hasta podría correr si me las ponía.

Ella sonrió.

—No vas precisamente vestido para correr.

Ray llevaba unos vaqueros, una camiseta y una amplia camisa vaquera

que le servía para ocultar la pistola.

—Tendrá que servir —dijo él suavemente.

Tomaron café y tostadas. Ray se sentó en el sofá y Grace se enroscó en su sillón preferido. El sofá todavía estaba caliente y Ray pudo... Cerró los ojos un instante...

Pudo sentir el olor del jabón, el champú y la piel de Grace. Se preguntó si se habría pasado la noche dando vueltas, igual que él.

Ella no parecía tener prisa. Incluso se sirvió una segunda taza de café. Pero al final se excusó y desapareció por el pasillo. Ray estuvo tentado de seguirla al dormitorio, pero se quedó sentado en el sofá.

Al cabo de unos minutos, Grace apareció de nuevo, vestida con unos pantalones cortos blancos y una amplia camiseta gris, el pelo recogido en una cola de caballo y unos calcetines blancos que contrastaban con sus piernas morenas. Diablos, tenía unas piernas fantásticas.

Ray se levantó.

—Ten paciencia conmigo —dijo—. Nunca he hecho *jogging* antes —ella pasó a su lado y abrió la puerta—. Creo que podría decirse que soy virgen —dijo suavemente. Ella no se volvió—. No me hagas daño —añadió mientras Grace empezaba a hacer estiramientos en el porche—. Soy frágil.

Grace clavó la mirada en él, estirándose hacia un lado.

—Si no calientas un poco, te harás daño tú solo.

Él hizo unos cuantos estiramientos, imitándola y mirando cómo se tensaban sus músculos.

Sí, el mundo estaba lleno de mujeres. ¿Por qué tenía que desear tanto a aquella en particular? Tal vez porque la había tenido y la había perdido. Porque tenía unas piernas fantásticas. Porque todavía recordaba los momentos que habían pasado juntos. ¿Habían sido realmente tan buenos como él los recordaba, o la memoria lo engañaba?

Ella se dobló, con las piernas abiertas, y puso las palmas de las manos contra el suelo.

No, la memoria no lo engañaba.

Grace echó a correr y él la siguió a corta distancia. Ray mantenía los ojos fijos en su esbelta espalda, su bonito trasero, sus fantásticas piernas, la curva de su cuello y la forma en que se balanceaba su coleta. Y trataba de convencerse de que Grace no era más que eso. Un cuerpo espléndido. Pero su mente le susurraba otra cosa.

Cada vez que pensaba en confesárselo todo, en decirle lo que sentía, en

preguntarle sin rodeos por qué había huido seis años atrás, recordaba la forma en que lo había abandonado. La forma en que huía cuando las cosas no salían como ella quería.

Grace lo había deseado la noche anterior. Ray había sentido su ardor en cada uno de sus movimientos, en sus ojos y en sus labios. Tarde o temprano acabarían en la cama, y sería él quien pusiera las condiciones. Nada de falsas promesas, ni de palabras bonitas. Solo sexo.

Grace miró por encima de su hombro y le sonrió, y algo se contrajo en el pecho de Ray. Solo sexo.

Teniendo a Ray tras ella, Grace no tenía miedo de estar en la calle. Él tenía razón. No podía permitir que lo que había visto alterara su vida. El asesino probablemente habría abandonado la ciudad. Seguramente ya estaría en México o en Canadá. A ella le daba igual dónde estuviera, mientras no fuera allí.

Ray alardeaba de desdeñar cualquier ejercicio físico, pero sin duda hacía algo para mantenerse en forma. No se quedó atrás, ni le pidió que bajara el ritmo o se detuvieran. Mantuvo una carrera regular justo detrás de ella.

Grace no hizo su ruta habitual a través del parque, sino que torció por una calle adyacente y corrió a la sombra de viejos robles. Desde allí podía ver el parque, los árboles florecidos y la extensión de hierba, pero no la esquina donde había tenido lugar el asesinato. No quería volver a ver ese lugar.

Había algunos otros corredores esa mañana. Dos mujeres corrían despacio, hablando y riendo. Un hombre mayor paseaba a sus dos perritos negros. Un tipo musculoso con el pelo rubio, muy corto, corría delante de ellos. Llevaba mallas de ciclista, demasiado ceñidas, y una camisa con las mangas enrolladas. Exhibiéndose para las señoras, sin duda.

Por ningún lado se veía al hombre del abrigo.

Aunque le costó un poco, Grace por fin se relajó, disfrutó de la carrera y procuró olvidar que Ray corría tras ella. Pero no podía olvidarlo y, para ser sincera, tampoco quería. Aún no.

Dieron la vuelta a la manzana y regresaron hacia su casa. Mientras se acercaban a la entrada, Ray aceleró un poco para ponerse a su lado.

—¿Ya está? —preguntó, con una nota de desdén—. Pero si ni siquiera estoy sudando.

Ella siguió corriendo y lo miró de reojo.

—Sí, claro que estás sudando.

Él sonrió. Grace reprimió el deseo de devolverle la sonrisa. Tenía la inquietante sensación de que Ray estaba a punto de sugerirle que se ducharan juntos. Y también de que, si se lo pedía en ese preciso momento y con las palabras adecuadas, a ella le parecería una buena idea.

Pero de repente él dejó de prestarle atención. Miró de frente y su sonrisa desapareció.

—Ese es el coche de Luther.

Ambos aceleraron. Encontraron a Luther cuando este ya regresaba a su coche.

—¿Dónde demonios estabais? —exclamó el policía—. Estaba a punto de llamar a alguien para que echara la puerta abajo. Los dos coches en la puerta y nadie contestaba —achicó los ojos y los observó a ambos, primero a Grace y luego a Ray—.

¿Habéis estado corriendo?

—Sí —dijo Ray con impaciencia—. ¿Qué pasa?

Luther respiró hondo y miró a Grace directamente a los ojos. Había habido un tiempo en que ella podía leer en su expresión como leía en la de Ray. Pero ya no.

—Tenemos un cadáver.

Capítulo 6

Luther caminaba de un lado a otro, sin dejar de mirar a Grace, mientras esta ponía las tazas de café sobre la mesa. Luego miró a Ray con ojos en cierta forma acusadores.

—Su nombre era Carter Lanford. Cuarenta y dos años, casado, sin hijos. Dueño de una empresa local de *software*. En los últimos siete años había hecho mucho dinero, aunque, en realidad, siempre había sido rico por su familia. Colaboraba con las instituciones de caridad del ayuntamiento y había donado dinero y ordenadores a varios colegios. Al parecer, era un tipo estupendo —dijo Luther con una mueca escéptica—. A primera hora de esta mañana su coche fue encontrado al pie del monte Justin. Lanford estaba en el asiento del conductor. Lleva muerto varios días.

—¿Tenía el cuello roto? —preguntó Ray secamente.

Luther asintió.

—Pudo rompérselo en el accidente. Tardaré unos días en tener el informe de la autopsia, pero...

—No se rompió el cuello en el accidente —dijo Grace tranquilamente. Luther no le hizo caso.

—Unos chicos que buscaban puntas de flecha encontraron el coche. Estaba oculto entre unos árboles y no podía verse desde la carretera. Si esos chicos no lo hubieran encontrado, no habría aparecido hasta el invierno.

—Lo cual habría hecho muy difícil determinar la causa de la muerte, imagino —dijo Ray.

Se preguntaba si Luther se sentía culpable por haber dudado de Grace. El detective no parecía sentirse particularmente incómodo, pero a medida que se había hecho mayor se había convertido en un maestro ocultando sus sentimientos. Como todos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Grace, llevándoles el café.

—Me gustaría que echaras un vistazo a algunas fotografías de la víctima, solo para asegurarnos de que es el que viste.

Grace asintió y giró la cabeza para que no notaran la repugnancia que le producía pensar en ver aquellas fotografías.

—Después, me gustaría que le hicieras una descripción del asesino a un dibujante.

—Supongo que todo eso habrá que hacerlo en la oficina —dijo ella,

bebiendo un sorbo de café.

—Si no te importa —dijo Luther.

Ella se excusó para darse una ducha rápida y Ray se volvió inmediatamente hacia Luther.

—Le debes una disculpa.

—No le debo nada.

—No la creíste.

—Bueno, ahora estoy aquí.

Luther se acabó rápidamente el café y dejó la taza vacía sobre la encimera de la cocina.

—¿Quién lo hizo? —le preguntó Ray.

Luther se encogió de hombros y sacó un caramelo del bolsillo de su chaqueta azul marino.

—No lo sé. La esposa no pareció muy afectada cuando fui a darle la noticia antes de pasarme por aquí. Es posible que esté implicada.

—¿Por qué no denunció su desaparición?

—Dice que su marido tenía que marcharse de la ciudad el jueves a primera hora. Un viaje de negocios a Washington. Tuvieron una discusión antes de que él se marchara, así que pensó que no la llamaba porque estaba enfadado —Luther se encogió de hombros—. Suena a excusa fácil, pero por ahora no puedo probar que esté mintiendo.

Luther caminaba por la habitación, observándolo todo y agitando las bolas de cristal de Grace. Ah, el viejo Luther estaba inquieto. No admitiría que le debía a Grace una disculpa, pero se sentía culpable. Aunque solo fuera un poco.

—La mujer no lo mató personalmente, claro —dijo Luther, agarrando una bola de cristal y girándola suavemente—, pero el que se encargó del trabajo sucio podría ser su amiguito, un pariente o un cómplice.

A Ray se le encogió el corazón.

—Grace podría estar en peligro.

Luther no parecía preocupado.

—Todavía no sabemos si Lanford es el hombre al que Grace vio morir. Lo único que sabemos por ahora es que está muerto.

—Con el cuello roto —añadió Ray.

Luther se encogió de hombros.

—Supongamos que Lanford es el muerto. Es posible que la esposa no esté implicada. Aún no he investigado a Lanford, ¿quién sabe qué trapos

sucios saldrán a la luz? El asesino podría estar ya a miles de kilómetros de distancia.

—Tal vez —murmuró Ray.

Grace entró en el cuarto de estar. El pelo le caía, húmedo, sobre los hombros.

Llevaba unos pantalones chinos y una camisa blanca. Se había puesto un poco de maquillaje, una pincelada de carmín suave y un toque de rímel. Parecía un poco nerviosa y asustada.

—Vamos a acabar con esto cuanto antes.

Freddie los observó alejarse. Iban los tres en dos coches.

Si miraban atrás, lo verían apoyado en el árbol, agachado para atarse un zapato.

No le prestarían atención, como no se la habían prestado esa misma mañana, cuando se había encontrado a la mujer y a su acompañante mientras corrían.

Pero no miraron atrás. Maldición, parecían preocupados y tenían prisa. Y ese policía, el que había salido a correr con ella, había escoltado a la mujer al coche.

Habían encontrado el cuerpo, o alguien había denunciado la desaparición de Lanford.

Aquello suponía una complicación, pero no insuperable. Todos los que habían amenazado con testificar contra él en el pasado habían muerto repentinamente y en extrañas circunstancias. Y esa mujer no sería una excepción.

Anotó mentalmente la dirección hasta la que los había seguido, observó la puerta y el emplazamiento de las ventanas. Mientras se alejaba de la casa corriendo, empezó a hacer planes. Un accidente sería lo mejor. Causaría menos revuelo y llamaría menos la atención. Y si eso no funcionaba, quemaría su casa hasta los cimientos o le metería una bala en la sien. A él le daba lo mismo una cosa que otra.

Tenía tiempo. Mucho, mucho tiempo.

Una rubia atractiva pasó corriendo a su lado, en dirección opuesta. Él sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

Freddie dio media vuelta y se colocó al lado de la rubia. Era alta y llevaba el pelo demasiado corto para el gusto de Freddie, pero aquel peinado casi masculino le daba un aire clásico.

—Hola.

—Hola —dijo la mujer.

—Hace buen día para correr.

Ella asintió y sonrió de nuevo con una de esas misteriosas sonrisas femeninas que lo volvían loco. Alguien de aspecto tan formal seguramente tendría marido o amante. O quizás ambas cosas. Era demasiado bonita para estar sola. Pero tenía que arriesgarse.

—¿Quién es Martha? —le preguntó ella con una sonrisa, señalando con la cabeza el tatuaje.

—Una antigua novia —contestó él, maldiciéndose por su estupidez juvenil.

Cualquier día haría que le quitaran el maldito tatuaje—. Hace mucho tiempo que desapareció de escena.

—Ah —murmuró la rubia.

—Soy nuevo en la ciudad —dijo Freddie, sin molestarse en perder el tiempo en galanterías—. Me llamo Jimmy.

Ella lo miró fijamente, deteniéndose en sus brazos musculosos. Al parecer, le gustó lo que vio.

—Yo soy Gillian.

—Bonito nombre —él sonrió otra vez, y ella se puso colorada—. No conozco a mucha gente en Huntsville y me preguntaba... ¿Qué haces esta noche, Gillian?

Grace no protestó cuando Ray insistió en entrar con ella. Mientras echaba los tres cerrojos, él se apresuró a inspeccionar la casa.

Al ver las fotografías del muerto, todo se había hecho más real. Y describirle al dibujante los detalles de la cara del asesino le había hecho revivir recuerdos demasiado vividos de aquella aciaga mañana.

Tenía ganas de hacer las maletas, cargar el coche y volver a Chattanooga.

Regresar a Huntsville había sido una mala idea. Era evidente que no había conseguido olvidar a Ray, como creía. Y luego, el asesinato. Sí, regresar había sido una mala idea.

—Bien —dijo Ray con calma, saliendo del pasillo—. ¿Me mudo yo aquí o te vienes tú a mi casa?

—¿Qué?

—Solo hasta que identifiquemos al asesino. No debes estar sola mientras no sepamos qué tenemos entre manos.

—¿Tenemos? —dijo ella, sin responder a la pregunta—. Tú ya no eres policía y, dado que hay una investigación abierta, debes mantenerte al margen. ¿Me equivoco?

—No —dijo él con cierto tono sarcástico—. Por supuesto, voy a quedarme de brazos cruzados, esperando.

—Tú no puedes hacer nada.

Él alzó las cejas, desafiándola en silencio.

—¿Puedo usar el teléfono?

Grace agarró el teléfono inalámbrico que estaba colgado en la pared de la cocina y se lo tendió. Ray marcó de memoria un número de larga distancia.

—Chambers —dijo, volviéndole la espalda a Grace—. Ya sé que no has tenido tiempo de averiguar nada todavía, pero tengo nuevos datos. Hemos encontrado a la víctima. Carter Lanford, un ricachón de la ciudad con montones de dinero y una viuda poco desconsolada —hubo una pausa; Ray dio unos pasos por la habitación—.

Ya sé que la descripción que te di del sospechoso es muy esquemática, pero para afinarla un poco... —se dio la vuelta y miró a Grace directamente a los ojos—.

Buscamos a un matón que seguramente haya hecho algún trabajo en el sur con anterioridad. Todavía es muy pronto para decirlo, pero esto me huele a trabajo profesional.

Ray contestó a unas cuantas preguntas, le dio a su interlocutor el número de Grace por si no lo encontraba en casa o en la oficina, y el número de su busca por si no lo localizaba en ninguna parte. Acabó la conversación con la promesa de volver a llamarlo el lunes.

—Intentas asustarme —dijo Grace suavemente cuando Ray colgó.

—No, solo trato de no ocultarte nada.

—¿Qué te hace pensar que el asesino es un profesional?

—Primero, el hecho de que Lanford tenía mucho dinero. Cuando hay dinero por medio, cualquier cosa es posible. Su mujer no parece lamentar que haya dejado este mundo, pero sabemos que no lo mató con sus propias manos. Tiene sentido considerar la posibilidad de que contratara a un asesino a sueldo. Y la escena del crimen estaba absolutamente limpia. El asesino no dejó ni un solo indicio tras él.

—Exceptuándome a mí —dijo Grace suavemente. Ray asintió.

A Grace le temblaban las rodillas cuando pensaba que se había enfrentado a un asesino profesional y había escapado.

—Puedo irme de la ciudad —dijo—. Quizá debería quedarme algún tiempo en casa de unos amigos, en Chattanooga.

Ray dejó de pasear por la habitación y la miró.

—¿Y dejar tu fantástico trabajo con el doctor Matasanos?

—Las cosas no están saliendo como había planeado —admitió—. Además, no es justo que dejes en suspenso tu trabajo, toda tu vida, solo para protegerme. No eres mi guardaespaldas.

—Pero me siento responsable —Ray recorrió los escasos pasos que los separaban y le puso las manos en la cara, forzándola a mirarlo a los ojos.

Sus manos eran grandes, cálidas y reconfortantes. Grace luchó contra la tentación de apoyarse en ellas, de inclinar la cabeza, besarle las palmas y suplicarle que no se fuera.

—Tú viniste a mí —dijo él suavemente—. Cuando estabas asustada, cuando no sabías adonde ir, viniste a mí. ¿Crees que ahora voy a darte la espalda y fingir que nada ha cambiado?

—Nada ha cambiado —dijo ella con voz débil, intentando con todas sus fuerzas creer lo que decía.

—Gracie Madigan —musitó él, acercando su boca a la de ella—. Todo ha cambiado y lo sabes muy bien.

Ray le dio un beso largo y profundo, dulce y suave. Pero no la presionó, no la condujo hacia el dormitorio ni dejó que sus manos vagaran sobre aquel cuerpo que conocía tan bien. Solo la besó muy despacio, acariciándole los labios. Y Grace se hundió en aquel beso.

—Bien —dijo él cuando por fin se separó—. ¿Tu casa o la mía?

Con los pies sobre la mesa del saloncito de Grace y el ordenador portátil sobre los muslos, Ray comenzó su propia investigación. Un delgado cable corría desde el teléfono de la cocina al ordenador. Ray buscaba información sobre Carter Lanford en Internet.

Se había llevado unas cuantas cosas de su casa, incluyendo el compacto de Lyle Lovett que sonaba en el equipo estéreo de Grace. Ella se había metido en su habitación una hora antes, justo después de las diez, y sin duda estaría durmiendo como un bebé.

Ray tenía la mente puesta solo a medias en su tarea. Recabar información era una parte tediosa pero necesaria de cualquier investigación. Por algún sitio había que empezar. ¿Quién, además de la rica viuda, podía querer ver muerto a Carter Lanford?

El nombre no le resultaba enteramente desconocido. La empresa de Lanford, radicada en Huntsville, había crecido rápidamente y lo había convertido en un hombre muy rico a una edad relativamente temprana. Lanford formaba parte de la junta directiva del Hospital Infantil de la Caridad, empleaba a más de trescientas personas en la zona de Huntsville y jugaba al fútbol en una liga para mayores de cuarenta años. Ray encontró varios artículos atrasados sobre Lanford, así como un reportaje que había aparecido el año anterior en una revista financiera de tirada nacional.

No parecía haber muchas razones para su asesinato. El dinero. El amor; y el odio, los celos y las desilusiones que acompañaban a este.

Lanford tenía mucho dinero. Un hombre de su edad y posición habría sin duda tenido sus escauceos con el amor y el odio, y con todo lo que acompañaba a esas emociones. ¿Habría una amante por algún lado? ¿Un marido celoso? ¿Un rival en los negocios colocado en una situación límite?

Ray maldijo por lo bajo. Lanford tenía un buen gabinete de relaciones públicas, eso había que reconocerlo. Sus esqueletos, si los tenía, estaban bien guardados en el armario, esperando a ser descubiertos.

—Lyle Lovett.

Ray se giró y vio a Grace entrar en la habitación. Cubierta con un albornoz que caía hasta el suelo, parecía más menuda de lo habitual. Vulnerable. Asustada.

—«Quiero a todo el mundo».

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Lo sé.

—Así se llama el disco —le aclaró él—. «Quiero a todo el mundo».

—No lo recuerdo —dijo ella, acercándose para mirar la pantalla del ordenador por encima de su hombro.

—No lo tenía cuando nos casamos. Me lo compré después de que me dejaras.

—Ah —dijo ella, con voz débil.

Ray apagó el ordenador y lo cerró. Después lo tiró sin ceremonias sobre el cojín que había a su lado. De todas formas, no estaba llegando a ninguna parte.

—Si la música te molesta...

—No —lo interrumpió ella—. No podía dormir —se sentó en un mullido sillón a la derecha de Ray y encogió las piernas—. Estoy nerviosa y cada ruido que oigo, cada coche que pasa por la calle, me sobresalta —le sonrió

con una sonrisa triste y desvaída, y Ray comprendió al instante lo que debía hacer.

Quería a Grace en la cama. No podía dejar de pensar en ella. Grace se le había metido en la cabeza y se había quedado allí, manteniéndolo despierto por las noches, mortificándolo durante el día cuando se suponía que debía estar pensando en mil cosas distintas. La necesitaba bajo él, necesitaba que lo rodeara con sus piernas mientras se hundía dentro de ella. Solo así conseguiría sacársela de la cabeza.

Pero, por mucho que intentara convencerse de ello, sabía que lo que quería de Grace era mucho más que su cuerpo. Quería que las cosas volvieran a ser como antaño, y eso no ocurriría. Nunca más. Ya lo había abandonado una vez. Si volvía con ella, lo abandonaría de nuevo tarde o temprano. Y casi no había sobrevivido la primera vez.

Además, Grace tenía razón. No podían sencillamente hacer el amor y nada más.

Las emociones que fluían entre ellos, aunque no las reconocieran, eran intensas y complicadas. Y él no quería complicarse la vida, ni por ella, ni por nadie.

Pero Grace era su debilidad. Ray no era lo bastante fuerte como para mantener las distancias. No si ella lo miraba de aquella forma, no si respondía a sus besos cuando él perdía el control y se acercaba a ella. Grace debía mantener alzado el muro que los separaba, debía resistirse con uñas y dientes. Debía comprender que no tenían futuro juntos, que lo de ellos dos era un imposible. Y Ray sabía cómo asegurarse de que lo comprendiera.

—Voy a aceptar el trabajo en Mobile —dijo.

Grace abrió mucho los ojos, pero no dijo nada.

Él prosiguió, sabiendo que era necesario.

—Mañana llamaré a Stan y se lo diré, pero también le diré que no estaré disponible hasta que todo esto se solucione.

A ella le temblaron un poco los labios. Su mirada se hizo suave y vulnerable.

Diablos, se suponía que no debía mostrarse herida, como si su marcha fuera una traición, como si Ray le debiera algo.

—No te quedes por mí —murmuró Grace. En sus ojos brillaban las lágrimas—.

Yo puedo... puedo...

—¿Qué? —la interrumpió él—. ¿Esconderte? ¿Huir? ¿Contratar a un

guardaespaldas?

Ella se encogió de hombros.

—Las tres cosas, tal vez.

—No —insistió él—. Voy a quedarme, Grace, y no quiero que oír nada más.

Vamos a atrapar a ese tipo. Hasta entonces, te vigilaré como un halcón. Antes de que todo esto acabe, estarás tan harta de mí que probablemente te ofrecerás a pagarme el billete de autobús a Mobile —Ray intentó sonreír, pero no pudo.

—¿Y si nunca averiguamos quién es? —le preguntó ella—. ¿Y si nunca lo encuentras?

Ray vio el miedo en su rostro, el miedo a que la pesadilla no acabara nunca, a que el asesino estuviera siempre acechando, esperando su oportunidad. Se preguntó qué la asustaba más, si no que no capturaran al asesino o vivir indefinidamente en aquel doloroso limbo, atrapada entre el pasado y el futuro que no tendría.

—Lo atraparemos.

—Y luego tú te irás a Mobile. A trabajar en narcóticos.

—Sí.

—¿Y si Stan no puede esperar?

Saber que no podía tener a Grace, por mucho que la deseara, le amargó la noche de repente. En ese preciso momento, solo deseaba que ella volviera a la cama para no tener que verla. Para no tener que mirarla a los ojos y fingir que había olvidado y perdonado la forma en que lo había abandonado.

—Esperará —dijo, y volvió a abrir el ordenador portátil.

Capítulo 7

Grace se pasó casi toda la noche dando vueltas. Se había metido en la cama desanimada y exhausta, pero durante lo que le pareció un tiempo interminable su mente se negó a detenerse. Cuando finalmente se quedó dormida, volvió a tener una pesadilla de la que creía haberse librado. En su sueño, Ray moría y ella no podía hacer nada para salvarlo.

Se despertó cansada y aturdida, pero no pudo dormirse de nuevo. Ray iba a volver a trabajar de infiltrado. Probablemente ya estaría de camino a Mobile si no hubiera sido por el asesinato que ella había presenciado y por el hecho de que había ido a pedirle ayuda.

Era demasiado temprano para levantarse un domingo, pero salió de la cama, se puso un chándal y se peinó con los dedos. Una taza de café la haría sentirse mejor.

Tal vez.

Ray estaba tumbado en el sofá. Su cuerpo era demasiado largo para aquel lecho improvisado.

Tenía un brazo sobre los ojos para protegerse de la luz de la mañana que se filtraba por las cortinas del cuarto de estar. Aún dormía.

Grace se puso a hacer el café. Mientras la cafetera se calentaba, salió fuera a recoger el periódico, volvió a entrar rápidamente y cerró la puerta con llave. Ray abrió los ojos.

—Maldita sea, no salgas sola —farfulló, todavía más dormido que despierto.

—Bromeas, ¿no?

—No —Ray cerró los ojos otra vez—. Nunca bromeo contigo, Gracie.

Si Grace todavía tenía dudas respecto a la posibilidad de volver a enamorarse de Ray, la decisión de este de marcharse a Mobile las había despejado todas.

La segunda vez que le habían disparado, Ray estaba trabajando de infiltrado.

Luther había llamado a la puerta de Grace en mitad de la noche y ella había comprendido, antes de que le dijera una palabra, que Ray estaba herido. Igual que la primera vez, se había imaginado lo peor mientras Luther la conducía al hospital.

Igual que la primera vez, había encontrado a Ray vendado y adormilado

por los sedantes, pero con el mismo ánimo de siempre. Sonriendo. Riendo. La había agarrado de la mano y le había dicho que todo saldría bien. Y ella se había derrumbado en el borde de la cama y había llorado.

Ray le contó que alguien lo había delatado y que toda la operación se había ido al traste. Tenía una bala en la pierna, pero había tenido mucha suerte, considerando las circunstancias.

Considerando las circunstancias.

Una parte de Grace había muerto aquella noche. El miedo le había robado en parte su juventud, sus esperanzas, su inocencia. Y nunca había logrado que Ray lo entendiera.

Grace desdobló el periódico y vio en primera plana una fotografía de la víctima.

Carter Lanford estaba muy distinto en aquella fotografía de estudio: enérgico, tranquilo y guapo, de una forma refinada. Grace dio la vuelta al diario para echar un vistazo a la última página y se encontró contemplando una cara familiar.

—Ray —dijo en voz baja, y luego más fuerte, cuando él no respondió—: ¡Ray!

Él abrió un ojo, se dio la vuelta y se pasó los dedos por el pelo con aire soñoliento. Todo el mundo tenía mala cara al levantarse, menos él. Ray estaba un poco desastrado y, sin embargo atractivo. Turbadamente guapo y engañosamente inocente. Alto y fuerte, sólido y corpulento. Por alguna razón, el pelo revuelto y el apunte de barba le sentaban bien.

—¿Tienes idea de a qué hora me dormí anoche? Bueno, esta mañana, en realidad —gruñó.

—La conozco —ella sujetó el periódico, agarrándolo con las dos manos y acercándose para que pudiera ver la parte inferior de la página—. La viuda. Íbamos al mismo gimnasio.

—¿La conoces? —Ray se despejó inmediatamente.

—No mucho, pero nos saludábamos, sí.

En realidad, le disgustaba poner una cara familiar a la no muy afectada viuda de Lanford. Le parecía nauseabundo. Louise Lanford, decía el periódico. Grace no recordaba haber intercambiado con ella nada más personal que sus nombres de pila cuando habían coincidido de vez en cuando en el gimnasio. Louise era unos años mayor que ella, pero no muchos. Treinta y pico, imaginaba.

—Qué coincidencia.

Grace se encogió de hombros.

—Huntsville no es tan grande. Veo a la misma gente todos los días, en el mercado, en el gimnasio, en la calle, en la oficina. ¿Te extraña que la conozca?

—En realidad, no. ¿Cómo es?

Grace le tendió el periódico y se dejó caer en su sillón, pensativa.

—Me pareció muy fría. Una de esas magnolias de acero de las que se oye hablar. Una auténtica dama, en apariencia, pero fría como el hielo.

—Interesante. ¿Crees que es lo bastante dura como para cometer un asesinato?

—No lo sé. Tal vez —Grace intentó recordar las palabras que habían intercambiado, la actitud de la mujer y sus expresiones faciales—. Es muy arrogante.

Tiene una sonrisa falsa y una mirada calculadora. Digamos que no me gustaría cruzarme en su camino.

Ray ya no parecía dormido. Grace había conseguido captar toda su atención.

—¿Alguna vez te habló de su matrimonio?

Grace negó con la cabeza.

—No. Nunca hablábamos de nada personal.

Ray echó un vistazo al artículo y luego levantó la cabeza y la miró.

—Espera un momento. ¿En el gimnasio, dices? ¿Corres cuatro o cinco días a la semana y también vas al gimnasio?

—Sí —dijo ella, alzando la barbilla un poco e intentando no parecer a la defensiva.

—¿Por qué?

«Por hacer algo».

—¿Y qué más da eso ahora? Me gusta hacer ejercicio. Me hace sentir bien.

Grace esperó algún comentario jocoso sobre mejores métodos de hacer ejercicio y sentirse bien, pero Ray se abstuvo de hacerlo. Ni siquiera sonrió.

—Estás chiflada —murmuró, volviendo su atención hacia el periódico.

El paseo en coche el domingo por la tarde resultaba muy agradable con Grace a su lado. El sol brillaba con fuerza.

Grace se había dado una larga ducha de la que había emergido con el pelo suelto y un toque de maquillaje. Llevaba unos pantalones anchos de color azul marino y un jersey azul pálido, ligero y un tanto amplio. Solo cuando se

movía de cierta manera e inadvertidamente, su esbelta figura se revelaba un instante.

—Podría haberme quedado en casa —era la primera vez que decía aquello.

—Se sentirá más inclinada a hablar delante de una mujer —dijo él, sin atreverse a decirle a Grace que no quería dejarla sola en casa—. Ya sabes, hazte la buena, dale un abrazo y escúchala desahogarse.

—Eso es muy cruel —lo amonestó ella.

—Bienvenida a mi mundo —murmuró él.

Ray se había pasado la mañana al teléfono, hablando con gente que conocía a Lanford. Luther se pondría furioso cuando se enterara, pero saberlo no había hecho dudar a Ray más que el tiempo justo de marcar los siete números de un teléfono.

Tenía que averiguar quién había matado a Carter Lanford, meterlo entre rejas y largarse a Mobile.

Carter Lanford era, al menos en apariencia, un hombre decente. No solo pertenecía a la junta directiva del Hospital Infantil de la Caridad, sino que había fundado dicha institución junto con un amigo suyo que era médico. Era generoso con el dinero y financiaba diversas fundaciones y escuelas de beneficencia. Si se contemplaba al hombre público, solo se veía lo que Lanford quería que se viera.

Había que hablar con la gente que lo conocía para descubrir sus trapos sucios.

Según todos los indicios, no era precisamente caritativo en el trabajo. El tipo era un auténtico tiburón. Y ese no era un buen sistema para hacer amigos. Era un sistema magnífico para crearse enemigos.

Heather Farmer, la secretaria de Lanford, había sido la última persona con la que Ray había hablado esa mañana. No había sacado mucho en claro de la conversación, pero le había dado la impresión de que podía obtener algo más de ella.

Heather estaba tan aturdida que apenas había abierto la boca. Cuando Ray le había sugerido un encuentro, ella había aceptado rápidamente. Cualquier cosa por encontrar al hombre que había matado a su jefe, había dicho.

La secretaria parecía más afectada por el asesinato que la viuda. ¿Significaría eso algo?

—Tendrás que dejarme que te invite a comer —dijo Grace, mirando por

la ventanilla—. Para celebrarlo.

—¿Para celebrar qué? —preguntó él, con los ojos fijos en la carretera.

Ella giró la cabeza para mirarlo y sonrió.

—Tu cumpleaños. No me digas que has olvidado tu propio cumpleaños.

—No. Pero esperaba que los demás sí.

—Treinta y cuatro no son tantos —bromeó ella—. Todavía no necesitas andador, ni peluquín.

—¿Lo ves? —dijo él, quitando una mano del volante y agitando un dedo en señal de censura—. Por eso no quería que te acordaras.

Ella no le hizo caso.

—Iba a comprarte uno de esas gorras que se ponen los viejos cuando conducen, pero no he tenido tiempo de pasarme por la tienda. Te la compraré esta semana.

Prometido.

—Muy graciosa —murmuró él.

—De color marrón, creo —se mofó Grace.

—No tienes piedad.

—¿O la preferirías de un bonito amarillo limón? Ya sabes, para que te vean a kilómetros de distancia.

—No me obligues a parar el coche —le advirtió él.

Un embarazoso silencio llenó el aire donde unos segundos antes había habido alegría y despreocupación.

En años anteriores, Grace se había burlado de él más de una vez, hasta el punto que Ray había amenazado con parar el coche. Y un par de veces lo había hecho, aparcando en una carretera comarcal o en un parque tranquilo. Y las cosas se habían puesto... calientes. Sin embargo, eso había ocurrido hacía mucho tiempo. Y no volvería a suceder.

Por suerte, Ray vio el desvío delante de ellos. Unos instantes después, bajaban por una tranquila calle residencial, mirando los números en los buzones.

—Tiene bastante dinero, para ser secretaria —dijo Grace, observando las altas casas de ladrillo que flanqueaban la calle sinuosa—. Has dicho que era soltera, ¿no?

—Sí.

Ray aparcó en una entrada para coches en forma de glorieta, frente a una de las casas más bonitas de la ostentosa calle. Ladrillo amarillo, enormes puertas dobles, jardín de diseño. Heather Farmer tenía veintisiete años, había

ido a la universidad pero no había terminado la carrera, y llevaba tres años trabajando para Lanford, que era un empresario precavido: no pagaba más de la cuenta a sus empleados.

—Guau —dijo Grace al salir del coche—. Debería haberme hecho secretaria.

Heather contestó en cuanto llamaron al timbre, como si hubiera estado observándolos. Tenía el pelo castaño y corto, y una cara muy bella. Iba vestida para, pasar una tranquila tarde de domingo en casa, con pantalones de franela de cuadros y una blusa de algodón amarillo pálido. Tenía los ojos verdes hinchados y enrojecidos por el llanto. Al menos, alguien había llorado al pobre Lanford.

—Señorita Farmer, soy Ray Madigan. Hemos hablado por teléfono —la mujer miró a Grace—. Esta es mi mujer, Grace.

—Exmujer —lo corrigió ella en voz baja.

—Dijo usted que era detective —dijo la joven con desconfianza—. Los policías no suelen llevar a sus mujeres cuando están de servicio. ¿Quién es usted?

—Exmujer —murmuró Grace otra vez.

Ray no le prestó atención y sacó del bolsillo su identificación.

—Soy detective privado —le tendió la identificación y Heather la observó cuidadosamente.

—No sé si debería hablar con usted...

No debía, y Ray lo sabía. A Luther no le haría ninguna gracia.

—¿La policía no ha hablado todavía con usted?

Ella negó con la cabeza.

Luther probablemente se presentaría a primera hora de la mañana.

—Lo harán —dijo Ray—. Yo solo trato de reunir información sobre el asesinato.

Si averiguo algo de importancia, se lo comunicaré inmediatamente a la policía.

Estaba claro que Heather necesitaba hablar. Quería desahogarse, lamentarse y llorar. Tal vez estuviera cansada de llorar sola.

—Bueno, supongo que no pasará nada si hablo con ustedes —dijo, retrocediendo y abriéndoles del todo la puerta.

El interior de la casa era tan elegante como el exterior. Los muebles eran sencillos y caros, clásicos y refinados. La señorita Farmer había usado pródigamente el blanco en la decoración, combinándolo con pálidos tonos

pastel y piezas de artesanía en pan de oro. Junto a la entrada principal había dos óleos y una escultura de alabastro.

—¿El señor Lanford y usted estaban muy unidos? —preguntó Ray mientras Heather los conducía al cuarto de estar, decorado en blanco y crema.

Ella asintió con la cabeza y sollozó, dejándose caer en un mullido sillón mientras les indicaba el sofá.

—Yo sé quién lo ha matado —dijo—. Ha sido esa bruja de su mujer.

Grace se sentó en el sofá y Ray junto a ella. Bueno, a la señorita Farmer no le gustaba perder el tiempo, eso estaba claro.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Ray.

Ella posó sus grandes ojos lacrimosos sobre él.

—Sencillamente, lo sé —murmuró—. En mi fuero interno, sé que fue ella quien lo mató.

—En caso de que tuviera usted razón, sabemos que no lo hizo sola —dijo Ray—. El señor Lanford fue visto con un hombre en el momento de su muerte.

Ray no quería señalar a Grace como testigo. Cuanta menos gente lo supiera, mejor.

—Si no lo hizo ella misma, pagó a alguien para que lo hiciera —Heather sollozó y se pasó un pañuelo de papel por los ojos llorosos—. ¿Les ha dicho que Carter quería el divorcio? —dijo, con mirada repentinamente dura—. ¿Y que lleva años engañándolo? Fue ella, aunque pidiera ayuda. Díganselo a la policía.

Mirando a la apenada secretaria, Ray sospechó que la señora Lanford no había sido la única en incumplir sus votos matrimoniales.

—Me aseguraré de que lo sepan.

—Carter le había pedido el divorcio, pero ella ponía dificultades. No quería dejarlo libre —Heather se secó furiosamente una lágrima que rodaba por su mejilla—. No lo amaba, pero no quería renunciar a su dinero.

—No como usted —dijo Grace suavemente.

Heather clavó los ojos en ella, y su expresión se suavizó de repente.

—Yo amaba a Carter, y él a mí. Íbamos a casarnos tan pronto se librara de su mujer. De esa horrible arpía —dijo venenosamente—, odiosa y vengativa. Ella no quería que Carter fuera feliz.

—Debe de ser muy triste para usted —Grace se inclinó hacia Heather. Su gesto pareció íntimo y reconfortante.

Diablos, aquello se le daba bien. Se mostraba compasiva, digna de confianza y amable de una forma muy convincente. Si alguna vez decidía dejar

al doctor Matasanos, Ray le daría trabajo enseguida.

Pero él se iba a Mobile, recordó con una súbita punzada de disgusto.

Asintió, intentando concentrarse en el asunto que los ocupaba.

—Ha dicho que la señora Lanford lo engañaba. ¿Sabe con quién? ¿Algún nombre?

—Claro que sí —dijo Heather con fiereza—. Había dos, un amante nuevo y un ligue antiguo al que seguía viendo de tarde en tarde. Y puedo hacer mucho más que darles sus nombres. Los dos estarán en el baile benéfico del viernes. Puedo indicarles quiénes son. Presentárselos. Espero que averigüen cuál de ellos está implicado en el asesinato de Carter, y que un tribunal los mande a Louise y a él a la silla eléctrica por lo que han hecho.

Grace preguntó con voz suave y tranquila: —¿Cómo sabe todo eso?

Heather sollozó otra vez.

—Carter me lo contó. Él lo sabía todo desde hacía mucho tiempo. Y a ella no le importaba —se puso una mano sobre la cara, como si quisiera impedir que las lágrimas siguieran cayendo—. ¿Qué voy a hacer ahora?

Ray sintió verdadera lástima por ella. Parecía perdida, confusa y desesperada.

Quizá realmente hubiera amado al pobre Lanford.

Heather tragó saliva y resopló. Parecía al borde de la histeria.

—Tendré que vender la casa. Tendré que buscarme otro trabajo. Carter me dijo que iba a liquidar la hipoteca dentro de unos meses y que luego no tendría que preocuparme por nada, pero todavía no lo había hecho. Y yo no puedo pagar sola esta casa.

¿Estaba desesperada por perder la casa o a Lanford? Resultaba difícil de decir.

Heather reunió fuerzas, espantó el pánico y alzó la barbilla con aire desafiante.

—Quiero ayudarlos, si puedo. Les conseguiré dos entradas para el baile del viernes. Louise estará allí, y también sus amantes. Ben McCann es su nuevo amor, y Elliott Reed el antiguo enamorado que sigue cortejándola. ¿Necesitan apuntarlo?

Ray meneó la cabeza. No, no necesitaba apuntar aquellos nombres. Ben McCann había sido la mano derecha de Carter Lanford, y Elliott Reed era el ayudante del fiscal del distrito.

Hicieron en silencio el viaje de regreso a casa de Grace.

¿Cómo podía Ray dedicarse a aquello? Hurgar en la vida privada de los demás, diseccionar sus vidas hasta que los huesos descarnados quedaban expuestos a la vista. Eso era lo que hacía, ya se tratara de un caso de asesinato, de un divorcio o de un fraude de seguros. Desnudar a la gente hasta que encontraba la verdad.

Grace todavía no sabía cuál era la verdad, quién había podido matar a Carter Lanford. Pero no había sido Heather Farmer, de eso estaba segura. Grace la había compadecido un rato, hasta que se había dado cuenta de que la joven no lloraba por el hombre al que quería, sino por las comodidades a las que iba a tener que renunciar.

Pensar en el asesinato y en las personas involucradas en él era más fácil que entregarse a sus inoportunos pensamientos sobre Ray, pero una y otra vez su mente giraba en aquella dirección.

Cuando Ray había amenazado con detener el coche, casi se le había parado el corazón. Y, por la forma en que la conversación había cesado de repente, Grace había comprendido que la situación había sido igualmente embarazosa para él. Cerró los ojos y se recordó todas las razones por las que lo suyo no funcionaría. La decisión de Ray de volver a trabajar de infiltrado figuraba en el primer lugar de la lista. Pero por mucho empeño que pusiera en decirse que aquello nunca funcionaría, solo veía a Ray inclinándose sobre ella, acariciándola, prometiéndole darle todo. Todo, menos amor.

Abrió los ojos e intentó endurecer el corazón. Tal vez debiera huir otra vez.

Hacer la maleta mientras Ray estuviera durmiendo y marcharse sin más. Siempre habría trabajos que podría hacer, nuevos lugares que descubrir. Siempre habría un lugar donde esconderse.

¿No era eso lo que había hecho al dejar a Ray? Esconderse. Enterrar la cabeza en la arena y fingir, durante seis largos años, que lo que sentía, deseaba y añoraba no tenía importancia. Que querer a Ray era menos importante que llevar una existencia tranquila. Que si deseaba con la suficiente fuerza dejar de quererlo, lo conseguiría.

Y allí estaba, de nuevo en el punto de partida.

—Ray, no conozco ese coche —dijo cuando entraron en su calle y vio un Mustang rojo aparcado a la entrada de su casa.

Él masculló una maldición.

—¿Y si seguimos paseando un rato? Aún no me has invitado a comer. Hay un pequeño restaurante italiano muy bueno en Nashville...

—Ray —lo interrumpió ella. Era evidente que él había reconocido el coche—.

¿Quién es?

¿Un policía? ¿Alguien que sabía lo que estaban haciendo y había ido a advertirles que lo dejaran?

Él clavó los ojos en ella.

—Es el coche de Trish.

Fantástico.

—Me encantaría conocerla —dijo Grace. Sandy y Nell Rose le habían contado todo los detalles pertinentes sobre la segunda y tercera señoras de Ray Madigan, pero Grace nunca las había visto cara a cara.

Ray detuvo el coche junto a la acera y le lanzó una mirada de disculpa. Antes de que tuviera tiempo de decir nada, una rubia llamó a la ventanilla de Grace.

Trish tenía una amplia sonrisa. Llevaba el pelo cardado, pero no en exceso; la cara maquillada, aunque no demasiado, y un traje rosa muy femenino sin resultar excesivo. Pero Grace deseaba odiarla con todo su corazón.

Trish retrocedió cuando ella abrió la puerta, y lanzó una enorme sonrisa a Ray cuando este se bajó del coche.

—Me preguntaba cuándo ibais a volver.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Ray con una sonrisa un tanto forzada.

—Fuimos a tu casa pero no estabas, así que hice unas cuantas llamadas. Doris estuvo a punto de morderme y me recomendó que te buscara con un megáfono, pero Luther me dijo dónde estabas —miró a Grace con curiosidad, pero sin malicia—. Así que tú eres Grace. Siempre he querido conocerte.

—Has dicho «fuimos» —dijo Ray con fastidio.

Justo en ese momento, Grace vio a una mujer de pelo negro sentada en la mecedora del porche. Estupendo. ¿Las dos a la vez?

—¿Por qué no me buscaste con el megáfono, como te sugirió Doris?

Patty se levantó cuando se acercaron al porche.

—¿Y qué clase de sorpresa hubiera sido esa? —preguntó. Su voz era más grave que la de Grace.

—Odio las sorpresas —farfulló Ray.

—¡Qué va! —exclamó Trish, agarrándolo alegremente del brazo—. Las sorpresas te encantan.

—No —insistió él—. Nunca conseguí convencerte de ello. Odio las sorpresas.

Hacen que me salgan canas.

—Tú no tienes ni una cana.

—Porque todo el mundo, menos vosotras, sabe que odio las sorpresas.

Grace abrió la puerta.

—Entrad —dijo con cierta dificultad—. Haré café.

—Sacaré la tarta del coche —dijo Trish.

—¿La tarta? —preguntó Ray.

—Sí. ¡Feliz cumpleaños! —exclamó Patty, inclinándose para besarle en la mejilla.

Grace se puso a hacer el café, deseando haber dicho que sí cuando Ray le habían sugerido ir a comer a Nashville.

Una esbelta rubia sacó una gran tarta del Mustang rojo y otra persona, no la testigo ni el hombre con el que la había visto el día anterior, le abrió la puerta.

Freddie sacudió la cabeza. ¿Es que nunca iba a quedarse sola?

—¿Debo ponerme celosa? —le preguntó Gillian, que corría a su lado.

Él la miró y sonrió.

—Perdona. Es que me encantan los Mustang.

—Ah, estabas mirando el coche.

—¿Qué, si no?

Había pasado la noche con Gillian y volvería a dormir con ella otra vez esa noche, aunque la propia Gillian todavía no lo sabía. De alguna manera la convencería. No sería difícil.

Se había mostrado sorprendentemente bien dispuesta cuando la había llevado a casa después de una cena romántica. Lo había invitado a pasar, le había ofrecido una copa y, quince minutos después, habían acabado tumbados en el sofá. Al cabo de media hora, se habían ido a la cama. Freddie no había vuelto a pensar en la testigo hasta por la mañana.

Gillian vivía en la calle siguiente a la de la mujer. Acababa de salir de una relación larga. Necesitaba sentirse atractiva y deseada, y estaba cansada de estar sola.

Freddie no podía haberlo planeado mejor. Además, Gillian le proporcionaba algo que hacer mientras esperaba que las cosas se calmaran. Lo mantendría ocupado durante algún tiempo, unos cuantos días, una semana

como mucho. Pero al final tendría que dejarla y marcharse a otro sitio. Si la oportunidad no se presentaba pronto, tendría que hacer algo.

Solo para asegurarse, repitió mentalmente el número de matrícula del Mustang y guardó la información en su cerebro para no olvidarla.

—Jimmy —dijo Gillian con voz seductora.

Él ya se había acostumbrado a su nombre ficticio. Solía adaptarse fácilmente a una nueva identidad. En aquel negocio, era necesario.

—Puedes pasar la noche conmigo otra vez, si quieres —dijo ella—. Los moteles no son muy cómodos. Puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que quieras.

Él sonrió.

—Eso sería fantástico.

Ah, ella tenía ya ese brillo en los ojos, esa mirada frenética, sensiblera e insistente que tenían algunas mujeres cuando se enamoraban.

—Mañana llamaré al trabajo y diré que estoy enferma. Así podremos pasar todo el día juntos, si tú estás libre —añadió ella.

Freddie le había dicho que solo estaría en la ciudad un par de semanas, visitando clientes y haciendo ventas. Y que, tal vez, si todo le iba bien, se instalaría en la zona. Cuando ella le había preguntado qué vendía, le había dicho que componentes de ordenador. *Hardware*. Lanford se dedicaba a ese negocio, y era lo primero que había acudido a su cabeza. Por suerte, Gillian no sabía nada de ordenadores, así que no habían entrado en detalles.

—Estoy libre —dijo él con una sonrisa.

Capítulo 8

Aquello era la peor pesadilla de un hombre: sus tres exmujeres sentadas alrededor de una mesa, comiendo tarta, bebiendo café y hablando. De él.

Trish era la más habladora, pero Patty también ponía su granito de arena en la conversación. Grace no decía casi nada, pero escuchaba atentamente.

Ray estaba de pie, detrás de ellas, y las observaba, apoyado en la barra que separaba la cocina del cuarto de estar, con una taza de café en las manos.

—Eh, que estoy en la habitación —dijo—. Habláis de mí como si no estuviera aquí.

—Bueno, afróntalo, Ray —dijo Patty con una sonrisa—. Eres un tema interesante, y nosotras tenemos unas cuantas cosas en común. En primer lugar, todas te aguantamos durante algún tiempo.

Trish comentó que roncaba cuando estaba muy cansado y Patty se apresuró a hacer una imitación que les hizo reír a todos. ¿Qué había hecho él para merecer aquello?

Patty tenía razón en una cosa. Las tres tenían muchas cosas en común. Pero entre ellas había una diferencia esencial que solo él conocía. Trish y Patty le gustaban, pero nunca las había amado. Por eso le resultaba tan fácil seguir siendo amigo de ellas: porque, en realidad, nunca habían sido más que amigos. Con Grace era más difícil, porque a veces la miraba y deseaba zarandearla y preguntarle por qué lo había echado todo a perder.

Estar casado con Grace había sido maravilloso. La vida con ella era emocionante, alegre y deliciosa. Después de que lo dejara, después de que casi se volviera loco preguntándose qué había hecho mal, había decidido que podía ser feliz sin ella. Si el matrimonio le había salido bien con Grace, podía salirle bien con otra mujer. Con cualquier mujer. Y había averiguado de la peor manera posible que aquello no era tan fácil.

Deseaba poder ser amigo de Grace. Solo su amigo. Poder reírse con ella de sus novios y asistir a su boda sabiendo que no le haría daño verla casada con otro.

Después de que Grace lo dejara, se había asegurado de mantener sus relaciones con las mujeres en un nivel superficial. Incluso cuando había vuelto a casarse. Sexo.

Unas cuantas risas. Tal vez un par de intereses compartidos. Nada más. Lo que tenía que hacer, lo que debía hacer, era mantener su relación con Grace

a ese mismo nivel.

—Y canta muy bien —dijo Grace con una amplia sonrisa, interviniendo por fin en aquel festival de escarnio dirigido contra Ray.

Él se quedó paralizado.

Patty y Trish miraron a Grace como si hubiera perdido el juicio. La sonrisa de la número uno se desvaneció.

—En la ducha —aclaró Grace—. Siempre canta canciones de Lyle Lovett, Y

desafina un poco.

—Ray —dijo Patty en tono de reproche—, ¿tú cantas?

Ray compuso con esfuerzo una sonrisa despreocupada.

—Antes solía cantar en la ducha, a veces. Era una manía de juventud que me quitó hace mucho tiempo.

Trish asintió.

—Yo nunca lo he oído cantar, pero desde luego le gusta Lyle Lovett, ¿verdad?

Patty asintió.

—Sí. A mí nunca me ha gustado, la verdad.

Trish arrugó la nariz.

—A mí tampoco.

Grace clavó los ojos en él, preguntándose si tal vez... veía demasiado.

Ray se pasó una mano por la cabeza.

—No puedo creer que digáis eso. Mi próxima mujer —añadió con una sonrisa forzada— tendrá que aprobar un cuestionario sobre Lyle Lovett y cantar una canción suya de cabo a rabo para convertirse en la señora Madigan.

Trish añadió rápidamente:

—Pensaba que habías dicho que nunca volverías a casarte.

—Y no pienso hacerlo, pero por si cambio de opinión en un momento de debilidad...

Grace había dejado de mirarlo. Estaba observando lo que quedaba de su café como si algo fascinante flotara allí. Como si quisiera saltar dentro y esconderse en la taza mientras Trish y Patty seguían charlando. Demonios, a él también le hubiera gustado tirarse de cabeza y esconderse con ella.

Por fin, su segunda y su tercera mujer se levantaron. Ray volvió a decirle a Trish que asistiría a su boda, pero que no la acompañaría al altar. Ella protestó, pero él no cambió de opinión.

Patty dijo que tenía que volver a casa porque había quedado temprano

para cenar con su novio, el médico.

Ray nunca se había alegrado tanto de verlas marchar.

En la puerta, Trish le deseó de nuevo feliz cumpleaños y lo besó fugazmente en los labios. Patty hizo lo mismo, besándolo distraídamente. Ambos besos fueron cariñosos y amables, pero ejecutados casi como una obligación.

Ray cerró la puerta, respiró hondo y se volvió para mirar a Grace. Esta estaba de pie delante del sofá, con los ojos muy abiertos y las mejillas sonrojadas.

Para sobrevivir a aquella situación, Ray tenía que mantener su relación con Grace en el mismo plano amistoso y superficial que reservaba para sus otras dos exmujeres. Debía ser capaz de besarla y no sentir nada, de preocuparse por ella sin recordar que una vez la había querido. De disfrutar de su compañía, y nada más.

—¿Y tú? —dijo, acortando despreocupadamente la distancia entre los dos—.

¿No vas a desearme feliz cumpleaños?

—Ya lo he hecho —dijo ella con voz débil.

Él alzó las cejas y le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

—No como es debido.

Antes de que Grace pudiera protestar, Ray se inclinó y le dio un rápido beso, nada más que un leve roce de sus labios con los de ella.

Enseguida comprendió que había sido un error. Esa rápida caricia no le bastó, de modo que la besó otra vez. Rápidamente, suavemente, su boca apenas tocando la de ella. Grace contuvo el aliento y cerró los ojos. Él la besó de nuevo, con un beso más profundo esa vez, con un ansia que no pudo contener.

La rodeó posesivamente con los brazos y ella se apoyó suavemente contra él; cálida, y suave, y tentadora. Nadie lo hacía sentir como Grace, nadie olía como ella, ni sabía como ella. Un solo beso y se le metía en la sangre, volviéndolo loco.

Ella le rodó la cintura y lo abrazó fuerte, como si fuera a caerse al suelo si no lo hacía. Sus labios se abrieron cuando Ray acarició con la punta de la lengua su labio inferior. Cuando deslizó la lengua dentro de su boca, ella dejó escapar un gemido.

Ray la deseaba más que nada en el mundo. Allí, en ese preciso momento, furiosamente. Necesitaba estar dentro de ella. Deseaba, más que nada, verla

sucumbir bajo él. Grace era suya de un modo tan primario que no podía explicarlo.

Su cuerpo estaba hecho para ella, a pesar del tiempo que había pasado, como si no hubiera otra mujer en el planeta que pudiera satisfacerlo. Después de hacer el amor, ¿se derrumbaría y le preguntaría por fin por qué lo había dejado realmente? Aquella pregunta lo torturaba. Pero, si se la hacía, ella sabría que todavía le importaba.

Ray deslizó una mano bajo el jersey de Grace y pasó la palma sobre su piel cálida y desnuda. Ella gimió, pero no se retiró. Le desabrochó el sujetador y apartó la prenda para tocar sus pechos desnudos. Firmes, suaves y tibios, llenaron su mano. Le acarició un pezón duro con la punta de los dedos mientras seguía besándola, tocándola, cada vez más cerca de perder completamente el control.

La agarró de las nalgas y la apretó contra él para que pudiera sentir su erección.

Grace era su única debilidad. Si él no podía refrenarse, tendría que hacerlo ella. Y

sabía cómo forzarla a hacerlo.

—¿Qué tal, nena? —musitó roncamente contra su boca—. ¿Qué tal un pequeño regalo de cumpleaños?

Ella se puso rígida, dejó caer los brazos e intentó apartarse. Él la apretó fuerte durante un instante, y luego la soltó de manera que Grace cayó sobre el sofá.

Por muy fuerte que fuera la tentación, Ray no caería en ella.

*

¡Un pequeño regalo de cumpleaños! Grace, acalorada, escondía la cara tras el periódico del domingo mientras Ray miraba la televisión sin decir nada. Era un auténtica idiota. La había besado y a ella habían empezado a ocurrírsele las ideas más absurdas. Había recordado con excesiva claridad el pasado. La vida que había soñado para ambos. Había recordado cómo era amar a Ray.

Y él, el gran maestro de la poesía, le había dicho sin ningún empacho que lo único que quería era un revolcón para festejar su cumpleaños.

Grace dobló el periódico sobre su regazo.

—¿Sabes?, creo que deberías irte.

—No —dijo él sin dejar de mirar las noticias. Shea estaba dando el parte meteorológico y anunciaba un lunes soleado.

—No es una buena idea...

Él volvió la cabeza y clavó en Grace sus intensos ojos azules.

—Es por lo del sexo, ¿verdad? —dijo sin emoción—. De acuerdo, me olvidaré de ello.

«Lo del sexo». Ella sacudió la cabeza.

—A veces pienso que no te conozco en absoluto.

—Puede que sea cierto —dijo él tranquilamente, como si le diera igual. Pero la miró con dureza, sin sonreír—. Seis años es mucho tiempo.

—Sí, es verdad.

—Y no hay nada malo en el sexo por el sexo. La gente lo hace todo el tiempo.

—Yo no —dijo ella rápidamente.

Él frunció el ceño. Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró fijamente. Grace sintió que la traspasaba hasta los huesos. Conocía esa mirada tenaz y decidida. Ray podía ser muy obstinado cuando le convenía, y en ese momento parecía convenirle, pues la estudiaba con ojos calculadores. Había dado con algo, había visto algo que hacía que le temblara un músculo en la mandíbula. Todo su cuerpo parecía haberse puesto en tensión.

—Gracie, cariño, ¿cuándo fue la última vez que tuviste una décima cita? —su voz sonó falsamente tranquila.

Ella alzó el periódico para no verle la cara y para que Ray no viera que se había puesto colorada. No le gustaba hablar con nadie de aquel tema, y mucho menos con Ray. Su vida sexual, o la ausencia de esta, solo era asunto suyo.

No oyó que Ray se levantaba del sofá. Sin previo aviso, un dedo apareció en el borde superior de la hoja y bajó lentamente el periódico. Estaba justo delante de ella, mirándola sin sonreír, con los ojos brillantes y un principio de barba que le daba un aspecto rudo y desabrido.

—Gracie...

—No es asunto tuyo —dijo ella, crispada.

—Todo lo que tenga que ver contigo es asunto mío —dijo él en voz baja —.

Todo. No podemos fingir que no es así. Podemos negarlo en voz alta cuando las cosas se complican, pero ambos sabemos que es verdad.

Ella lo miró y comprendió que tenía razón. Ray aún formaba parte de

ella, y esa era la razón de que no hubiera sido capaz de rehacer su vida. La razón de que no hubiera habido otros hombres en su cama. Necesitaba extirpar a Ray de su alma, exorcizar su recuerdo de una vez por todas. De alguna forma tenía que sustituir el mito por la verdad; tenía que reemplazar los recuerdos, que sin duda veía a través de un cristal de color de rosa, por los hechos fríos y desnudos.

—Seis años —musitó.

Él alzó ligeramente las cejas, y Grace vio la sorpresa en sus ojos.

—¿Por qué? Tú nunca fuiste tímida respecto al sexo, más bien parecía gustarte mucho. ¿Por qué no has vuelto a hacerlo?

En boca de Ray, parecía como si hubiera sido fácil rehacer su vida, sustituirlo por otro sin más. Por supuesto, para él había sido fácil. Ray se las había arreglado muy bien para sustituirla.

Era probable que, si hacía el amor con él, todo resultara torpe y desmañado. Se revolcarían como dos extraños, todo acabaría en un abrir y cerrar de ojos, y ella se preguntaría por qué le había dado tanta importancia. Vería a Ray como lo que era: tan solo un hombre. Y después podría pasar página, una vez que él se hubiera mudado a Mobile.

—No pretendía dejar de hacerlo. Sencillamente, ocurrió así.

—¿No lo echas de menos? —murmuró él.

—A veces —admitió ella.

Ray no retrocedió, no le hizo más preguntas personales. Se quedó mirándola, observándola como si nunca antes hubiera visto su cara.

Si hacía algún comentario grosero, Grace podría rechazarlo, como había estado haciendo desde que habían vuelto a verse. Y no lo hizo. En lugar de eso, le tocó la mejilla, pasando suavemente el pulgar por su boca.

A Grace le dio un vuelco el corazón. Una caricia de Ray en la mejilla bastaba para que se acalorara. Su pulgar en la boca despertaba en ella el recuerdo de sus besos. Solo tenía que mirar aquellos ojos azules y todas sus reservas se desvanecían.

Con un ligero movimiento de la mano, Ray soltó la horquilla que le sujetaba el pelo.

—¿Por qué insistes en recogerte el pelo? —preguntó—. Tienes una melena preciosa.

Dejando a un lado el periódico, se arrodilló ante ella, le abrió un poco las piernas para colocarse entre sus rodillas, y se inclinó para besarla.

—Ray —murmuró Grace, separándose, y vio en la mirada de él, en la

forma en que su rostro se endurecía, que esperaba que lo rechazara otra vez. Y debía hacerlo.

Lo que Ray buscaba tenía mucho menos valor que lo que habían compartido en otra época. Pero, en lugar de rechazarlo, Grace le acarició la mandíbula y se inclinó para volver a besarlo.

Aquel beso fue suave y prometedor, algo más tentativo que el anterior.

Significaba un gran paso, un paso enorme, y ambos lo sabían.

Todavía besándola, Ray se levantó lentamente e hizo que ella también se levantara. Sus bocas se separaron solo un instante y volvieron a unirse enseguida.

—Dejemos una cosa clara —murmuró él, entrecerrando los ojos—. No, mejor dicho, dejemos un par de cosas claras.

Ella sonrió.

—¿Un par de cosas?

—¿No cambiarás de idea otra vez y me dejarás a medias?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

—Y si esperas algo rápido sobre el sofá, un «aquí te pillo y aquí te mato», te equivocas —la besó de nuevo en la boca, apenas acariciándola con sus labios—.

Después de seis años, mereces una cosa bien hecha.

Grace se estremeció. Sexo solo por diversión, había dicho él. Nada de embellecer lo que estaba a punto de ocurrir con fantasías amorosas. Nada de falsas promesas que se romperían al llegar la mañana.

—No tendrás queja de mí —Ray le acarició el pelo y posó la mano sobre su nuca. La miró directamente a los ojos, serio, apasionado y aparentemente tan aturdido como ella—. Y, Gracie, no le des a esto mucha importancia.

—De acuerdo —murmuró ella.

Ray le sacó el jersey por la cabeza con sumo cuidado, como si temiera que fuera a romperse. Y la miró, miró su mano mientras le acariciaba el hombro y el costado.

No había nada de apresurado en su caricia. Cuando volvió a besarla, lo hizo con suavidad, pero con urgencia. Y ella se abandonó.

Ray le desabrochó el sujetador, le deslizó los tirantes por los hombros y arrojó la prenda al suelo. Mientras continuaba besándola, le acariciaba los pechos suavemente.

Solo placer físico, pensó ella. Aquel encuentro no tenía nada que ver con

el corazón, se recordó. Era puro sexo.

Grace le sacó la camiseta del pantalón y deslizó las manos bajo la tela para tocarle la piel. Aquello era tan delicioso, tan arrollado... Procuró no pensar que entre ellos podía haber algo más que el puro placer físico.

Ray se quitó la camisa desabotonada que llevaba sobre la camiseta y la tiró al suelo. Ambos empezaron a caminar, todavía besándose y tocándose, hacia el pasillo.

Ella se quitó los zapatos y Ray sacó la pistola de la funda que llevaba colgada a la espalda y la dejó en una mesa que había junto a la entrada del pasillo. Se desabrochó el pantalón, se lo bajó hasta los tobillos, y ella lo apartó con el pie.

Hasta ese momento, nada en su encuentro había sido torpe. Se movían lentamente, con sumo cuidado, con suave y espontánea intimidad. Todavía se sentían a gusto juntos.

Cuando alcanzaron la habitación, ambos estaban ya desnudos. Se tumbaron en la cama uno junto al otro, besándose, complaciéndose en la excitación de sus cuerpos ansiosos. Grace pasó una pierna por encima de la de Ray, buscando instintivamente acercarse a él. La erección de Ray tocó su muslo y se apretó contra él.

—No tan deprisa —musitó Ray, haciéndola rodar sobre la espalda y colocándose sobre ella.

La luz del pasillo iluminaba suavemente la habitación, de modo que Grace veía con claridad la cara y el cuerpo de Ray. No prestó atención a las cicatrices de su pecho y se concentró en su rostro. Al menos, no tenía dudas de que Ray la deseaba.

Veía la pasión en sus ojos, la sentía en el latido de su corazón.

Él la besó, tierna y profundamente, y ella, estremeciéndose, abrió los muslos.

Ray la besaba en el cuello mientras, con las manos, exploraba su cuerpo como si fuera el de una desconocida. Como si no lo conociera centímetro a centímetro. No, pensó ella confusamente: como si estuviera aprendiendo otra vez a conocerlo. Lentamente, con dedos amorosos. Grace cerró los ojos y saboreó el placer de sus caricias.

Ray volvió a besarla en la boca. La besó suavemente mientras apretaba con ternura sus pechos. No había urgencia en su beso, ni en sus delicadas caricias.

Cuando se metió un pezón en la boca, Grace estuvo a punto de gritar de

placer.

Cerró los dedos sobre el pelo de Ray mientras este lamía su carne sensitiva.

Él deslizó lentamente la mano por la parte interior del muslo de Grace para tocarla íntimamente, para acariciarla al tiempo que seguía lamiéndole los pezones.

Ella se estremeció profundamente, cerró los ojos y recibió una oleada de puro placer que atravesó su cuerpo.

Lentamente, Ray comenzó a besarle el vientre. Luego deslizó las manos bajo sus nalgas para subirle las piernas y besarla allí donde palpitaba de deseo. Probó la carne sensitiva de sus corvas, pasó los dedos por sus piernas, y luego, muy despacio, le hizo el amor con la boca, con lenta y tortuosa habilidad, hasta que Grace se estremeció por entero.

Grace tenía que aferrarse a algo para permanecer con los pies en la tierra, a cualquier cosa, de modo que estiró hacia atrás un brazo y se agarró con fuerza al cabecero de la cama, mientras Ray endurecía su suave asalto. Grace cerró los ojos y alzó las caderas. Y él deslizó un dedo en su interior, arrastrándola a un clímax que la hizo convulsionarse y gritar.

Todavía débil, Grace no se movió cuando Ray volvió a besarla en la cara interna de los muslos, en la tripa y luego, de nuevo, en los pechos. Cerró los ojos y se apretó contra él, sabiendo que había cometido un terrible error. ¿Torpe? ¿Peor de lo que recordaba? ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

Ambos se amoldaban perfectamente, se movían en sincronía, como siempre habían hecho.

Esperaba que Ray la penetrara enseguida, pero no lo hizo. Muy suavemente, él la hizo ponerse boca abajo y comenzó a besarle la espalda. Sus manos agarraban con suavidad sus nalgas y recorrían sus muslos.

—Tienes una espalda preciosa —dijo. Ella sonrió—. Y también tienes una delantera preciosa —añadió él.

Ray le abrió los muslos y la tocó íntimamente. Grace se restregó ligeramente contra su mano. Deseaba, necesitaba a Ray dentro de ella. Estaba incompleta sin él. Él la besó en el cuello y en la espalda, al tiempo que la acariciaba con ternura. Mecida por el reflujo de su primer clímax, Grace apenas sintió el creciente empuje del siguiente.

Vio que Ray estiraba un brazo hacia la mesilla de noche, abría el cajón de arriba y sacaba un condón. Con la cara todavía en la almohada, oyó que rasgaba el envoltorio.

—¿Cómo ha llegado eso a mi cajón? —le preguntó.

—Lo puse yo —murmuró él, lamiéndole el cuello.

—¿Cuándo?

—Ayer —contestó tranquilamente—. No irás a regañarme...

—No.

La hizo tumbarse de espaldas y le abrió los muslos con la rodilla.

—Hay una docena de condones en el cajón.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y alzó las caderas para estrecharlo más fuerte.

—Qué bien —musitó.

Se acopló sobre ella y empujó para llenar su cuerpo anhelante. Grace se estiró y se abrió para recibirlo, cerrando los ojos de puro gozo, maravillada por el inesperado placer que la atravesaba.

Él golpeó y ella se alzó para recibir sus embestidas. Ray la rodeaba, estaba dentro de ella, sobre ella y bajo ella. La llenaba, la colmaba. Le hacía el amor. Le había dicho que no hiciera un mundo de aquello, que solo era un revolcón en el heno, pero allí había amor. Grace podía sentirlo.

En ese instante, no había en el mundo más que el balanceo de sus cuerpos y el latido acompasado de sus corazones. Grace rodeó a Ray con las piernas, él empujó cada vez más fuerte, y el gozo volvió a arrastrarla otra vez. Y gritó: el nombre de Ray, un grito inarticulado, un gemido.

Mientras todavía temblaba, él halló su propia liberación. Después, se tumbó lentamente sobre ella y descansó la cabeza sobre su cuello. Grace hundió los dedos en su pelo y lo abrazó.

Su encuentro no había sido torpe. Todo había sido perfecto. Mientras Ray la amaba, Grace se había olvidado de todas sus dudas y miedos. Se había entregado en total abandono, al igual que él. En un sentido físico, estaban hechos el uno para el otro.

—Había olvidado cómo es —musitó ella, deteniéndose antes de decir demasiado. No debía haber confesiones ni súplicas en la oscuridad.

—Es como montar en bici —dijo Ray sin aliento.

—Sí —murmuró Grace, acariciándole la cabeza. Quería abrazarlo mientras todavía pudiera. Para él, aquello era solo sexo sin ataduras. Pero para ella, no. No podía olvidar a Ray. No podía confesarle ese terrible secreto, ni en ese momento, ni nunca. Pero aceptaría ávidamente lo que él estuviera dispuesto a ofrecerle.

Capítulo 9

La luz de la mañana despertó lentamente a Ray con una extraña sensación de alegría. Dormía boca abajo, con la cara enterrada en la almohada y las piernas abiertas, ocupando casi toda la cama. Las sábanas estaban revueltas, el brazo que descansaba sobre su espalda era cálido y familiar.

Grace.

Volvió la cabeza despacio para verla dormir. La cara de ella estaba a pocos centímetros de su hombro. Con los ojos cerrados, un mechón de pelo sobre la mejilla y el rostro medio oculto en la almohada, Grace estaba muy guapa.

Y todavía estaba desnuda.

Ray la tocó y ella suspiró y se acercó un poco más a él. La noche anterior había sido increíble, mejor de lo que recordaba, mejor de lo que imaginaba que podía ser.

No había habido preguntas sobre el pasado, ni segundas intenciones, ni embarazosos momentos de incertidumbre, ni por su parte, ni por la de Grace.

Saber que ella no había estado con nadie desde que se habían separado había derrumbado sus últimas defensas, tan laboriosamente levantadas. En ese momento, se había dado cuenta de que Grace todavía era suya, al menos en aquel sentido elemental. No se había atrevido a sonreír para no molestarla, ni había podido fingir que no la deseaba.

Así que se había dejado llevar, al igual que ella, y mientras recorrían el largo pasillo hacia el dormitorio, había pensado que aquello no sería más que un encuentro sin importancia. Grace era una mujer; él, un hombre. No había nada sospechoso o significativo en aquella ecuación sexual. Una noche, se había dicho, no cambiaría nada.

Puso una mano sobre la cadera de Grace y la dejó allí. ¿Por qué había pensado que acostarse con ella pondría fin a las fantasías y espantaría sus demonios? La imagen de Grace todavía lo atormentaba, y probablemente lo obsesionaría más que nunca ahora que el recuerdo de aquel amor se había extendido por su memoria y el olor de aquella carne por su piel.

Ella abrió los ojos lentamente y lo miró. Sonrió, soñolienta, y Ray le devolvió la sonrisa. Llevaba seis años intentando olvidarla, intentando reemplazarla. En vano.

Deseaba, más que nada en el mundo, creer que Grace había vuelto para

quedarse, que cuando había regresado a Huntsville había regresado también a su lado.

Pero sus esperanzas murieron enseguida. En un instante, el aparente placer de Grace se esfumó. Su sonrisa se desvaneció. Abrió mucho los ojos y se apartó de él, cubriéndose con la sábana.

—No puedo creerme que lo hayamos hecho.

—Créetelo, Gracie —dijo Ray mientras ella dejaba la cama, llevándose la sábana consigo y envolviéndose en ella.

Un hombre tímido tal vez hubiera recogido la colcha del suelo y también se habría cubierto, sobre todo porque, al tocarla, había vuelto a excitarse, y estaba preparado para un nuevo asalto. Pero Ray nunca había sido tímido y no se movió.

Grace le dio la espalda y miró el reloj.

—Llego tarde al trabajo —dijo, nerviosa—. ¿No ha sonado el despertador?

Siempre lo pongo a las seis.

—Lo apagaste a las cuatro —dijo él—. Después de la última vez que...

—Ya lo sé —lo interrumpió ella, tensa—. No hace falta que me lo recuerdes.

—Bueno, pero pensaste que no estarías en condiciones de ir a trabajar esta mañana.

Ella se ciñó más la sábana alrededor del cuerpo.

—No sé en qué estaba pensando.

—Probablemente en que eran las cuatro de la mañana y los dos estábamos exhaustos, y después de una noche como esta...

Ella se dio media vuelta, todavía aferrándose a la sábana que cubría su hermoso cuerpo, abrió el cajón donde guardaba la ropa interior y sacó unos pantalones de chándal y una camiseta.

Mientras la miraba, la sonrisa de Ray se esfumó. Por supuesto, ella se arrepentía de lo ocurrido. ¿No lo hacía siempre? Quizá fuera el momento adecuado para preguntarle por qué lo había abandonado. Se había prometido que no lo haría, pero al verla así se preguntaba más que nunca en qué se había equivocado.

—Gracie...

El teléfono sonó, y Grace dio un respingo.

—Seguramente será de la oficina —dijo, acercándose para descolgar el aparato que había junto a la cama, sin mirar a Ray. Justo cuando descolgó el

receptor, sonó el timbre de la puerta—. Ponte algo de ropa y abre la puerta — añadió al ver que él no saltaba inmediatamente de la cama, y agregó con un susurro muy suave—: Por favor.

Ray salió de la cama mientras ella contestaba al teléfono y el timbre sonaba otra vez. Sonrió al dejar la habitación. Grace estaba intentando explicar por qué no había llegado aún a la oficina.

Ray agarró sus vaqueros del suelo del pasillo y se los puso rápidamente.

Después tomó la pistola de la mesa que había a la entrada del pasillo. El timbre volvió a sonar, esa vez de un modo largo y sostenido que retumbó a través de la casa.

—¡Voy! —gritó Ray, y el sonido paró de repente. Ray miró por la mirilla y suspiró al ver quién era.

—Tienes un problema —dijo Luther antes de que acabara de abrir la puerta del todo.

—¿Qué pasa?

Ray retrocedió y el detective entró en la casa.

—No tenías derecho a meter las narices en esto, Ray.

—Solo porque tú seas más lento haciendo tu trabajo... —empezó a decir Ray.

Luther observó la habitación con los ojos entrecerrados, reparando en la ropa y los zapatos diseminados por el suelo.

—Por el amor de Dios, Ray —murmuró.

—No te entrometas —dijo Ray, con un tono de advertencia no disimulado—. Si quieres hablar del caso, soy todo tuyo. Todo lo demás queda prohibido.

—¿Por qué será que tu vida privada siempre me resulta más interesante que un asesinato común y corriente? —refunfuñó Luther.

—Tal vez porque tú no tienes vida privada —dijo Ray con una tensa sonrisa.

Grace, vestida con el chándal y con el pelo lacio y suelto sobre los hombros, entró en la cocina y, sin intentar recoger las pruebas de las actividades de la noche anterior, se dirigió directamente a la cafetera.

—Hola, Luther —dijo tranquilamente.

—Hola —respondió él, con cierto tono de resentimiento.

—Detective Malone, ¿va usted armado? —le preguntó Grace mientras preparaba el café.

—Sí.

—¿Podría pegarme un tiro, por favor?

Luther vaciló y luego masculló lentamente, dándole la espalda a Grace para que no pudiera oírlo:

—Sería un placer.

Ray recogió rápidamente la ropa tirada por el suelo y encima de los muebles y ofreció asiento a Luther. El detective se sentó, sacudiendo la cabeza sin disimular su descontento.

Amy, la recepcionista del doctor Dearborne, puso una amplia sonrisa cuando Grace apareció varias horas después. Era casi la hora de comer. Grace no sabía qué le daba más vergüenza, si llegar tarde o que Amy la hubiera oído por el teléfono decirle a Ray que se vistiera y abriera la puerta. Después de aquello, dar cualquier excusa habría sido una pérdida de tiempo.

Y, para rematarlo, era Luther quien había llamado a la puerta. El incrédulo, sagaz y agrio detective Malone, que a algunas mujeres les resultaba irresistible, últimamente la sacaba de quicio.

¿Por qué le importaba lo que pensara de ella aquel amargado? Porque había sido su amigo, hacía mucho tiempo. Porque había estado con ella en los buenos tiempos, y también en los malos.

—Me quedaré hasta más tarde —le dijo Grace a Amy, dirigiéndose a su despacho.

Una vez estuvo en él, cerró la puerta, algo que raramente hacía, se quitó la chaqueta azul marino y se derrumbó en la silla.

Ray la había llevado en coche hasta allí y se había quedado mirándola hasta que había entrado en el edificio. Había prometido ir a recogerla a las cinco y media.

Llegaría antes, como siempre, y ella probablemente tendría que hacer horas extra para compensar su tardanza. Ray no la dejaría sola después de que el resto del personal se hubiera ido a casa.

Lo que había pasado esa noche había sido un error. Cuando se había dejado llevar, Grace se había dicho que un revolcón con Ray por los viejos tiempos resultaría torpe, zafio y lo bastante mediocre como para convencerla de que no lo necesitaba en su vida y de que sus dulces recuerdos eran falsos. No había esperado perderse en el placer físico hasta el punto de olvidarse de todo lo demás. No había esperado despertar, ver la cara de Ray y comprender con certeza, durante un instante, que todavía se querían.

Pero él nunca la había querido realmente, pensó, furiosa, mientras abría los archivos del ordenador e intentaba concentrarse en el trabajo. Si la hubiera

querido, no la habría hecho sufrir, no habría elegido una carrera que ponía en peligro su vida a diario. Y la habría escuchado cuando ella había intentado explicarle cómo se sentía.

¿Por qué había dejado Ray su trabajo? La pregunta la obsesionaba desde que se había enterado de la noticia. ¿Por qué? Ray amaba su trabajo hasta el punto de negarse a dejarlo para salvar su matrimonio. ¿Qué había ocurrido, pues? Grace se olvidó de las cuentas, abrió la conexión a Internet y se embarcó en su propia investigación.

Luther le había advertido con escasa convicción que dejara de interferir en la investigación. De modo que Ray no tuvo reparos en aparcar frente a Lanford Systems.

¿Por qué al detective de homicidios lo preocupaba tanto con quién durmiese su excompañero? Luther estaba molesto porque Ray había hablado con Heather Farmer, pero se había puesto furioso al encontrarlo en la cama con Grace.

Como si Ray no pudiera controlar su vida privada. Ya no era un niño, y no iba a permitir que una mujer, ni siquiera Grace, lo hiciera caer en picado otra vez.

Ray alejó sus pensamientos sobre su primera exmujer y miró el edificio de ladrillo rojo que tenía enfrente. El lugar apestaba a dinero y poder y tenía cierto aire exclusivo. Sin duda, no podría entrar allí con sus vaqueros, su camiseta y su camisa desabrochada y suelta. Ray se apartó del coche con una sonrisa. Tantearía un poco, nada más. Vería qué se respiraba en el ambiente.

Ben McCann era el primero en su lista de posibles sospechosos. La muerte de Carter Lanford no solo le había dejado el campo libre en lo que concernía a Louise Lanford, sino que también había mejorado su posición en la empresa de la noche a la mañana. McCann había asumido el mando y ocupado el sillón de Lanford. Se trataba de una medida temporal para mantener el negocio en marcha, pero, con el apoyo de Louise Lanford, McCann sin duda sería el candidato mejor colocado para hacerse cargo de la exitosa compañía.

El sillón de Lanford y su cama. Eso constituía, ciertamente, un móvil.

Lanford Systems funcionaba como una máquina bien engrasada, por dentro y por fuera. Ray se acercó al mostrador de recepción. La recepcionista lo miró con desconfianza, pero, tras hablar con Heather por teléfono, su expresión y su actitud cambiaron. Con una sonrisa, lo invitó a subir

inmediatamente.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron suavemente en el cuarto piso, donde se encontraban las oficinas de dirección, Heather lo estaba esperando.

—Ha venido justo a tiempo —dijo en voz baja—. Ben tiene una reunión muy importante dentro de quince minutos.

—La vida sigue, por lo que veo —dijo él mientras la joven lo conducía hacia una oficina situada en un rincón.

Ella suspiró con cansancio, quizá dándole la razón. Quizá no.

—Así que, ¿ahora trabaja para McCann?

—Yo soy la única que sabe cómo trabajaba Carter —dijo Heather suavemente—.

Me encargaba de sus archivos, de su agenda, de todo eso. Así que, sí, ahora trabajo para McCann. Si se queda en ese puesto definitivamente, supongo que me echará a la calle —miró por encima de su hombro e hizo una mueca—. Sé demasiado. Podría resultarle problemática.

Ben McCann era alto y corpulento; llevaba un traje caro de color azul marino y una corbata burdeos. Era la viva imagen del atareado hombre de negocios.

—Señor McCann —dijo Ray con una sonrisa—, me gustaría hacerle unas cuantas preguntas sobre Carter Lanford.

McCann se quedó atónito al ver su despacho invadido por un don Nadie.

—No tengo tiempo...

—Tiene cinco minutos —puntualizó Heather secamente.

—Dos —gruñó McCann. Clavó sus ojos oscuros y desconfiados en Ray.

—Tengo entendido que colaboraba muy estrechamente con el señor Lanford —dijo Ray en tono sosegado.

—Sí, desde hacía varios años —respondió McCann con arrogancia.

—¿Pasaban mucho tiempo juntos fuera del trabajo? ¿Jugaban al golf, salían a comer, se tomaban una copa de vez en cuando...?

—No —dijo McCann, cortante.

Aquel hombre no iba a decirle nada. Parecía duro como una roca.

—¿Quién querría matar a un tipo tan estupendo? —preguntó Ray con cara de ingenuo.

McCann alzó las cejas.

—Usted no es policía.

—Soy detective privado.

—Entonces no tengo por qué hablar con usted —McCann recogió una carpeta de su escritorio, se acercó a la puerta y dijo de pasada—: Señorita Farmer, muéstrele la salida a este caballero.

Heather y Ray vieron a McCann entrar en el ascensor. Ella suspiró.

—En fin, vaya pérdida de tiempo —murmuró—. Lo lamento.

Ray no estaba tan seguro. Para él era necesario mantener una cara a cara con los actores del drama. ¿Era McCann capaz de matar? Parecía probable.

—¿Va todo bien, Heather? —un hombre joven con gafas de montura de metal y traje gris salió de un despacho. Era delgado, pálido, y tenía el pelo rubio y meticulosamente cortado. Un mequetrefe.

—Sí, Hatch, todo va bien —dijo ella con un retintín que dejaba claro que nada iba bien—. Señor Madigan, este es Christopher Hatcher. Era la mano derecha de Carter en lo referente a asuntos técnicos. Si quiere saber algo del negocio, hable con él —sonrió tristemente—. Él es quien hace que esto siga funcionando.

Hatch se sonrojó y dirigió una tímida sonrisa a Heather.

—Me encantaría serle de utilidad, si puedo.

—Pueden hablar mientras le traigo las entradas para el viernes por la noche —dijo Heather, dando media vuelta y dirigiéndose a su despacho.

—¿Va a ir al baile benéfico? —preguntó Hatch. Sus ojos siguieron a Heather y su sonrisa se desvaneció—. ¿Con Heather? —su mirada se enturbió un instante.

—Sí y no —dijo Ray despreocupadamente. No había necesidad de dar más información. Quería que todo el mundo estuviera a sus anchas el viernes por la noche. Heather podía guardar un secreto, pero no estaba seguro respecto a Hatcher—. Voy a ir, pero no con Heather. Mi parienta no deja de pedirme que la saque a algún sitio bonito. Y Heather sugirió amablemente el baile benéfico.

Hatch cambió de expresión.

—El baile siempre es todo un acontecimiento. Estoy seguro de que a su... parienta le encantará.

Ray señaló con la cabeza hacia el despacho del joven.

—Eso espero —dijo—. Heather ha dicho que debía hablar con usted si quería saber cómo funciona este sitio. ¿Tiene unos minutos?

*

Grace esperó tranquilamente a que Ray estuviera dentro y a que todo el mundo hubiera salido. Les había asegurado al doctor Dearborne y a Amy que no se quedaría hasta muy tarde, y que Ray estaría con ella. Ellos no sabían que había sido testigo de un asesinato. Ray le había advertido que solo debía contárselo a quienes tuvieran que saberlo. Pero, aun así, los preocupaba que se quedara de noche sola en la oficina.

Sin embargo, no era probable que adelantara mucho trabajo, pensó mientras Ray la seguía a su despacho. Tenía la mente demasiado dispersa para concentrarse en el trabajo. Además, Ray tenía algo serio que contarle.

—¿Qué tal te ha ido el día, pequeña salvaje? —preguntó él suavemente, con voz seductora.

Lo miró por encima del hombro al entrar en el despacho. Ray estaba justo detrás de ella, sonriendo. Grace se sonrojó.

—Bien, gracias —dijo casi remilgadamente.

Él observó el despacho: el escritorio, las sillas y el suelo enmoquetado de azul.

—Parece que tenemos toda la oficina para nosotros solos, Gracie. En realidad no tienes nada que hacer, ¿verdad? —se acercó a ella y la rodeó con los brazos, se inclinó y la besó suavemente en el cuello—. Me has traído aquí para que nos lo montemos en el sillón del dentista, ¿no?

Grace sabía que bromeaba, pero al mismo tiempo su abrazo parecía ir en serio.

Ella lo apartó con calma.

—Dejaste la policía por culpa de una fulana —murmuró.

Él se puso rígido y retrocedió, soltándola. Grace sintió un escalofrío. La cara de Ray ya no parecía relajada y sonriente. No había humor en sus ojos.

—No dejé la policía por una fulana —dijo, crispado—. ¿Qué has hecho, Gracie?

¿Has llamado a tu amiguita la chica del tiempo y le has pedido que husmeara por ahí, a ver qué clase de porquerías encontraba sobre mí?

Grace sacudió la cabeza.

—No. Encontré más de lo que buscaba en Internet, en viejos artículos de periódicos locales. El resto me lo he imaginado yo sola —alzó la cabeza y lo miró fijamente, intentando interpretar la pétrea expresión de su cara—. ¿Creías que no lo averiguaría?

Ray no cambió de expresión.

—No pensaba que te interesara lo bastante como para tomarte tantas

molestias —dijo fríamente.

Grace procuró mantenerse tan calmada y distante como Ray. Pero le resultó difícil porque, en realidad, deseaba gritarle.

—¿Era tu amiguita, esa tal Emily Buck?

Aquella mujer debía de haberle importado mucho para que hubiera llegado tan lejos y perdido el control completamente. Eso no era propio de él. Ray Madigan, que nunca se preocupaba lo bastante por nadie como para perder el control, había mandado al traste su carrera.

—¿Qué significaba para ti, Ray?

Él tenía la cara rígida y sus ojos parecían esquirlas de hielo.

—Emily Buck era una desgraciada muchacha de diecinueve años —dijo con dureza—. ¿Quieres saber lo que significaba para mí? Te lo contaré todo. La arresté dos veces, y las dos veces hice cuanto pude para sacarla de las drogas, que habían arruinado completamente su vida.

Grace miró al suelo y cerró los ojos. Debería haberlo sabido.

Ray se acercó a ella, le puso una mano en la mejilla y la obligó a mirarlo.

—No —dijo lentamente, con un tono implacable que ella no acostumbrada a oír en su voz—. Deja ya de esconderte. Basta ya de volver la cabeza y cerrar los ojos cuando no te gusta lo que ves. Has estado hurgando en mi vida y quieres saber lo que ocurrió; pues ahora vas a mirarme a los ojos y a escuchar lo que tengo que decir —clavó la mirada en ella—. Emily Buck era adicta al crack y se prostituía para conseguir dinero con que pagarse el hábito. No era mala persona —musitó—. Su familia la quería, se preocupaba por ella y trataba de ayudarla. Eran buena gente, pero nunca comprendieron qué le había ocurrido a su única hija. Una noche su novio, su chulo, la mató. Unos vecinos encontraron su cuerpo junto a la puerta de su apartamento —respiró hondo, pero no soltó a Grace—. Llamaron a la policía, pero antes telefonearon a ese sagaz reportero, Sam Morgan, para conseguir los cincuenta pavos que pagaba por información jugosa y de primera mano.

Ray se acercó un poco más a ella. Por primera vez desde que lo conocía, Grace tuvo miedo de él. Su boca cruel parecía no haber sonreído nunca.

—La madre de Emily se enteró de la muerte de su hija por las noticias de las diez. «La prostituta Emily Buck», la llamó Morgan, mostrando un plano de mal gusto. Lo que la madre de Emily vio fue el pie descalzo, ensangrentado, de su hija.

Grace tragó saliva.

—Por eso tú...

—Por eso le rompí la nariz a Morgan. Se merecía eso y mucho más.

—Lo lamento —musitó ella.

—Sí. Todo el mundo lo lamenta. El chulo de Emily lamentó haber dejado sus huellas en el cuchillo. Los vecinos lamentaron no haber llamado primero a la policía, una vez que el dinero de Morgan se les acabó —Grace nunca había visto a Ray tan tenso. Los músculos de su cara y su cuello estaban rígidos y sus ojos brillaban con dureza—. Luther lamentó no haber llegado a tiempo de detener a Morgan antes de que fuera demasiado tarde. El capitán lamentó decirme que debía presentar mi dimisión o sería despedido porque la cadena de televisión demandaría al municipio si yo continuaba en mi puesto. Morgan todavía lamenta que su cara no sea tan bonita como antes —Ray la apretó un poco más fuerte y la miró a los ojos—. ¿Y tú qué lamentas, Gracie? —a ella se le encogió el corazón y no fue capaz de responder—.

¿Lamentas haberte marchado de Huntsville? ¿Lamentas haber vuelto? —prosiguió él, escupiendo las palabras. Se inclinó hacia delante y la besó, pero no había pasión en su beso. Ni amor—. ¿Lamentas lo que pasó anoche? —siseó.

Grace deseaba decir que sí. Sí a las tres cosas. Pero en lugar de hacerlo, apoyó la cabeza en la mano de Ray y lo besó. Con un beso tierno y sincero. Para decirle que lo lamentaba sin palabras, sin torpes explicaciones.

Ray se relajó, apoyó su frente en la de ella y cerró los ojos.

—Yo no lamento lo que hice. Solo lamento no haber salvado a Emily. Era una niña, Gracie, solo una niña.

Ella enterró los dedos en su pelo.

—Sé que lo intentaste. No es culpa tuya, Ray. No puedes salvar a todo el mundo.

¿No era eso lo que intentaba hacer? ¿La razón de que siempre fuera el primero en ponerse en la línea de fuego, la razón de que asumiera riesgos que ponían en peligro su vida? Riesgos que él podía soportar y ella no.

—Yo no trataba de salvar a todo el mundo —murmuró él—. Solo a esa pobre chica.

—Ha habido otras, ¿verdad? Otras como ella.

—Sí.

—Y a algunas pudiste ayudarlas, lo sé.

—Quizás...

—Nada de quizás, Ray.

Él la miró y Grace vio en sus ojos el dolor, un dolor que nunca antes

había visto.

Entre ellos se había derrumbado una barrera y ambos habían quedado desnudos.

Expuestos.

—Intentaste ayudarla, hiciste todo lo que pudiste, lo único que podías hacer — dubitativamente, preguntándose si él la rechazaría, Grace le puso la mano en la mejilla y lo acarició antes de bajar la mano para dejarla descansar sobre el pecho de Ray.

Él no la rechazó.

—Nunca te he dicho que tuve una hermana.

—¿Una hermana?

—Sí —dijo él, en un susurro—. Crystal murió de sobredosis a los dieciséis años, cuando yo tenía doce. Estaba en una fiesta y cometió un... un error. Estaba experimentando, pasándoselo bien con su pandilla, divirtiéndose. Por la tarde me estaba regañando por haber dejado mis cosas en el suelo del cuarto de baño, como hacen las hermanas mayores, y por la noche estaba muerta.

Grace apoyó la cabeza en el hombro de Ray y cerró los ojos. No sabía qué decir.

Él se puso rígido, cerró los puños y respiró hondo. Cuando al fin habló, su voz era baja y trémula.

—Miraba a Emily y veía a Crystal, y cuando Emily murió, comprendí por qué siempre había intentado que las cosas cambiaran, que aquello acabara. Esa noche comprendí que había perdido el tiempo. Había desperdiciado media vida para nada.

—Para nada, no —dijo ella.

—Para nada —musitó él.

Grace puso la mano en su costado, buscando el contacto, intentando reconfortarlo. Ray la había reconfortado más veces de las que podía contar. Pero, hasta ese momento, él nunca parecía haber necesitado consuelo.

—¿Por qué nunca me hablaste de Crystal?

Ray le acarició el pelo y la abrazó fuerte. Se quedaron así, abrazados, como si temieran separarse para siempre.

—Por costumbre, supongo —respondió Ray finalmente—. Fue tan doloroso que, tras su muerte, nunca volvimos a hablar de ella. Nunca mencionábamos su nombre ni hablábamos de lo que había ocurrido. Seis meses después de su muerte, mi madre se fue de casa. Hizo las maletas, dijo

que no podía soportarlo más, y se marchó. No he vuelto a verla desde entonces. Mi padre y yo fingíamos que todo iba bien, que todo era estupendo. Ocultamos la angustia y el dolor y continuamos como si nada hubiera sucedido.

Grace se apoyó en su pecho. Quería disolverse y que se la tragara la tierra. Ray sentía una necesidad demasiado profunda de combatir en su propia guerra, una necesidad contra la que ella no podía luchar. Estaba claro, Ray se iría a Mobile cuando todo aquello acabara. Y continuaría arriesgando su vida en su batalla personal. Grace no podría hacer nada por impedirlo.

—Hay otra cosa —añadió él en voz tan baja que Grace apenas lo oyó—. Nunca te hablé de Crystal porque tú eras mi refugio. No quería llevar a nuestro hogar las desgracias de mi vida. A tu lado, solo quería olvidar.

Grace siempre se había sentido culpable por haber abandonado a Ray como lo había hecho, por huir sin decirle cara a cara por qué necesitaba marcharse. Al enterarse de la muerte de su hermana y del abandono de su madre, se sintió mucho peor. Ray no merecía ser abandonado otra vez, no merecía que la gente que lo quería huyera de su lado.

Deseó abrazarlo toda la noche. No podía hacer nada por cambiar el pasado, por compensar lo que había hecho, y no se hacía ilusiones respecto a que pudiera haber algo duradero entre ellos.

Pero aun así deseaba abrazarlo, retenerlo tanto tiempo como le fuera posible.

Cuando Ray se marchara, todo habría acabado. Pero hasta que llegara ese momento...

—Ray —musitó—, llévame a casa.

Capítulo 10

No debería habérselo contado a Grace, y no lo habría hecho si ella no lo hubiera sorprendido con la guardia baja, preguntándole a bocajarro sobre la muerte de Emily Buck y lo que vino después.

Lamentaba sobre todo haberle contado la razón por la que nunca le había hablado de Crystal. Su lugar secreto, su refugio, su santuario... Qué bazofia sentimental.

Miraba al techo y oía la respiración pesada y regular de Grace. Llevaba dormida largo rato, pero él... diablos, parecía que nunca volvería a dormir bien.

Intentaba concentrarse en el caso, en el escurridizo Ben McCann, en la alegre viuda y en la amante desconsolada. Había demasiadas posibilidades que considerar, demasiada gente que podía haber deseado la muerte de Lanford.

Pero, sin quererlo, su mente regresaba a Grace. Hasta que todo aquello hubiera pasado, hasta que ella estuviera a salvo y él se marchara a Mobile, tendrían que estar juntos. Ambos lo sabían. No habían hablado del nuevo cariz de la situación.

Simplemente, era así.

Y cuando todo acabara, se mudaría a Mobile y sonreiría al decirle adiós a Grace, por mucho que le doliera.

Tampoco habían hablado de la inevitable separación.

Ray se recordó que, aunque a veces se pusiera sentimental con Grace, tenía que mantener su relación en un plano superficial. Sexo. Risas. No más confesiones sinceras a corazón abierto.

—¿Todavía estás despierto? —preguntó ella, medio dormida.

—Sí.

Todas las luces de la casa estaban apagadas y las cortinas, corridas, impedían la entrada de la luz de la luna y del resplandor de las farolas de la calle. Grace era una sombra, una forma cálida e indistinta a su lado. Se acercó a él, le pasó un brazo por la cintura y suspiró. Ray sintió su suspiro y el latido de su corazón. Esperó a que ella le preguntara qué lo mantenía despierto e intentó pensar en una excusa inocente que no revelara demasiado.

Pero ella no se lo preguntó. Se acurrucó contra él y se quedó allí, en silencio.

Pero no quieta. Sus dedos le acariciaban un costado. Con un pie le rozaba suavemente la pierna, arriba y abajo. Cuando alzó la cabeza y sus labios rozaron ligeramente el pecho de Ray, este le puso las manos sobre el pelo y la hizo subir un poco, hasta que sus bocas quedaron unidas. Ella le acarició lentamente el costado y el vientre hasta tocar el sexo, y sus dedos se cerraron sobre el miembro excitado y empezaron a acariciarlo con suavidad. Con demasiada suavidad.

Ray agarró sus pechos y le acarició un pezón. Grace se estremeció de la cabeza a los pies.

No había estado con otro hombre desde que había dejado a Ray. Su exmarido era el único hombre que la había tocado así, que había dormido con ella, le había susurrado en la oscuridad y le había hecho el amor hasta el amanecer. Grace era suya, solo suya, pensó Ray. ¿Por qué tenía que recordarlo en ese momento? ¿Por qué no podía sencillamente disfrutar del sexo y olvidarse del resto?

—¿Me has echado de menos, Gracie? —preguntó, haciéndola rodar sobre la espalda y abriéndole los muslos con la rodilla.

—Sabes que sí —musitó ella.

Él la besó en el cuello, le lamió ligeramente bajo la oreja. Ella suspiró y giró la cabeza para dejarle acceso a su esbelta garganta, y arqueó la espalda ligeramente de modo que sus pechos presionaran contra el de él. Ray le lamió el cuello mientras ella le acariciaba la espalda, explorándolo, tocándolo, amándolo.

En la penumbra, Ray apenas podía verla. Pero conocía su rostro. Lo conocía demasiado bien. Podía cerrar los ojos y verla tendida a su lado, podía ver sus labios entreabiertos, el brillo de sus dulces ojos oscuros. Podía ver sus manos buscándolo, su cuerpo pálido pegado al de él. Podía ver la forma esbelta y redondeada, suave y fuerte de su cuerpo. El cuerpo que se le ofrecía como se ofrecía una mujer a un hombre. Abierta y desnuda. Entregada y exigente.

Ah, era demasiado débil con Grace. Se había advertido a sí mismo que no debía darle importancia a aquella relación pasajera y, sin embargo allí estaba, fantaseando mientras la tocaba en la oscuridad.

—¿Qué quieres, Gracie? —susurró, acariciando lentamente su muslo.

—Ya sabes lo que quiero.

—Dímelo —Ray la besó apasionadamente, antes de que ella pudiera decir nada.

Hundió la lengua en su boca y la devoró mientras sus manos vagaban sobre su cuerpo, acariciando lo que recordaba su memoria. Lo que veía su imaginación—.

¿Qué quieres? —le preguntó de nuevo, abriéndole las piernas con la mano. Sus dedos casi la tocaban íntimamente.

Ella le agarró el cuello y lo abrazó fuerte, temblando suavemente.

—Quiero que me hagas el amor.

Ah, aquella petición había sido formulada de forma excesivamente delicada, excesivamente romántica.

—Dímelo claramente, Gracie —insistió él mientras la tocaba, abriéndole las piernas y acariciándola allí donde lo esperaba, húmeda.

Ella se restregó suavemente contra él, suspirando, temblorosa.

—Te quiero dentro de mí —musitó en voz tan baja que Ray apenas oyó sus palabras.

Él estiró un brazo, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un condón.

Aunque sentía la tentación de darle a Grace inmediatamente lo que quería, lo que ambos querían, no podía olvidar cómo y por qué estaban allí. Aquello era temporal.

Solo una diversión pasajera. No podían cometer errores y pasar nueve meses lamentándose.

—A este paso, pronto voy a tener que pasarme por la farmacia otra vez —dijo él, poniéndose el condón.

—Sí —susurró ella, con un gemido de excitación.

Ray le hizo el amor lentamente, cerniéndose sobre ella, deseando que hubiera más luz para verle la cara. Con imaginarla ya no le bastaba.

La oscuridad los envolvía. Ray la penetró suavemente, de manera incompleta, para alargar el encuentro. Grace se frotó contra él, rodeándolo con las piernas a la altura de la cadera, urgiéndolo a completar su unión. Al mismo tiempo le acariciaba el pelo y la espalda. Sus jadeos le acariciaban el oído.

Ray no atesoraba muchos momentos perfectos. Pero la mayoría, tal vez todos, incluían a Grace. Ella siempre estaba presente en sus mejores recuerdos. Moriría feliz recordando su cara con los ojos cerrados.

Intentó memorizarla en aquel preciso momento, bajo él, moviéndose contra su cuerpo. Deseándolo.

Empujando más fuerte, se sumergió profundamente dentro de ella. Enseguida, Grace empezó a palpar, a temblar en sus brazos, y luego Ray no supo nada más. No más recuerdos, ni pensamientos. Solo la sensación de tener

a Grace temblando en sus brazos. Empujó más fuerte, una y otra vez, y ella se movió con él y dejó escapar un suave grito.

Ray alcanzó la liberación en el reflujo de la de Grace, mientras los músculos interiores de esta se cerraban en torno a su sexo y ella temblaba y susurraba suaves palabras que él apenas entendía.

¿A quién quería engañar? Nunca podría tener una relación banal con Grace.

Juntos tenían demasiada historia, y él la había querido demasiado. Y ella le había hecho demasiado daño.

Grace siguió abrazándolo posesivamente, pero su cuerpo se relajó, exangüe.

Respiraba con dificultad y parecía no desear que sus cuerpos se separaran aún.

Ray se había jurado no hacer preguntas. Sabía que era una mala idea. Pero, aun así, alzó la cabeza y la miró. Estaba cansado de mirar una sombra, de modo que estiró el brazo y encendió la lámpara que había junto a la cama.

Grace parpadeó contra la impúdica luz, pero le sonrió. Él no le devolvió la sonrisa.

—¿Por qué me dejaste?

La sonrisa de Grace se desvaneció.

—Te lo dije hace años.

—No —dijo Ray—. No me lo dijiste —colocado sobre ella, la mantuvo clavada a la cama. No tenía escapatoria—. Me pediste que dejara mi trabajo —susurró—. Yo te dije que no, y menos de una semana después te marchaste. Fuiste muy amable al quedarte hasta que pude ponerme en pie. Nunca tuve la oportunidad de agradecértelo.

—Ray, te dije mil veces...

—No me dijiste nada —Ray la miró y esperó, y ella no supo qué decir—. No importa —dijo, apartándose y saliendo de la cama para dirigirse al cuarto de baño—.

No sé por qué te lo he preguntado.

Grace se incorporó y recogió la bata que había dejado en el suelo, al pie de la cama, unas horas antes. La seda rosa era frívola, femenina y provocativa. Se la había comprado impulsivamente tres años antes, pero no se la había puesto hasta esa noche. No cubría mucho, pero si iba a confesarse ante Ray como él se había confesado ante ella... Bueno, no podía hacerlo desnuda. Se

preguntó si tendría tiempo de vestirse completamente antes de que él volviera del cuarto de baño.

Deseaba poder leer en su mente, poder mirarlo a la cara y saber lo que estaba pensando. Ray era muy hábil escondiendo sus pensamientos bajo la máscara despreocupada que utilizaba para ocultarse de los demás. A veces, la confundía incluso a ella.

Sin decir una palabra, Ray volvió a meterse en la cama, se tapó con la sábana hasta la cintura, apoyó la espalda en el cabecero y clavó los ojos en Grace, que se sentó a su lado, sin tocarlo.

—La tercera vez que te hirieron —dijo ella sin preámbulos—, yo estaba sentada en casa, viendo una estúpida teleserie, cuando llamaron al timbre.

Ray no dijo nada, solo la miró y esperó. Ella apartó la cara y se quedó con la mirada perdida.

—Cuando vi a Luther, comprendí enseguida lo que había pasado. Comprendí que habías vuelto a exponerte y que te habían disparado otra vez. Pero fui más lista que las otras dos veces, o eso pensé. Esa vez, no iba a dejarme llevar por el pánico.

Iba a comportarme con calma, con madurez. Razonablemente —respiró hondo—. Me vestí despacio y me cepillé el pelo, aunque Luther me gritaba que me diera prisa. Al fin y al cabo, las primeras dos veces había actuado como una tonta, presentándome en el hospital con el camisón y un abrigo, y con las zapatillas sin atar. Medio muerta de preocupación mientras tú estabas allí sentado, riéndote con tus compañeros y flirteando con las enfermeras —se le encogió el corazón. No quería recordar—. De camino al hospital, Luther me aseguró, como siempre hacía, que te pondrías bien. Lo dijo una y otra vez, y yo no noté que hubiera nada diferente en su voz. No lo noté hasta después, cuando pensé en ello mientras estaba sentada en la sala de espera, aguardando a que te sacaran del quirófano.

—No hace falta que hablemos de ello —dijo Ray suavemente, arrepintiéndose de su impulsiva pregunta.

—Tú me lo has preguntado —dijo Grace con dureza, aunque no se atrevía a mirarlo directamente a los ojos—. Ahora vas a escucharme.

—Sí, señora.

Ella miró hacia el frente, sin querer ver los ojos acusadores de Ray.

—Estabas inconsciente, así que supongo que no recordarás casi nada, si es que recuerdas algo de esos cinco primeros días. El médico apenas te daba esperanzas de vida. Le parecía un milagro que no hubieras llegado muerto al

hospital —le tembló la voz un poco. Deseó estirar la mano y posarla sobre la pierna de Ray, cubierta con la sábana, para buscar apoyo y consuelo. Pero no lo hizo—. Las primeras dos veces lo pasé muy mal. Sentí como si alguien me hubiera arrancado una parte del alma que nunca recuperaría. Cuando todo pasaba, me sentía... más vacía, menos segura — finalmente giró la cabeza para mirar a Ray, y posó los ojos en la cicatriz de su pecho.

Estiró una mano y la dejó deliberadamente sobre el vestigio de la devastadora herida—. Estuviste a punto de morir y a mí aquello casi me mató. No sé cómo pasé aquella semana, realmente no lo sé —acarició la cicatriz una última vez y luego apartó la mano—. Por aquella época estábamos pensando en tener un hijo, ¿te acuerdas? —él asintió con la cabeza—. El período se me había retrasado unos días — musitó ella—. Era demasiado pronto para estar segura, demasiado pronto para mencionarlo, pero pensé en ello esa noche mientras esperaba a que salieras del quirófano. No sabía si estaba embarazada o no, pero me lo preguntaba mientras esperaba a que me dijeran si saldrías con vida. Y me preguntaba cómo iba a seguir viviendo sin ti, cómo iba a criar a un hijo sin ti —sintió el escozor de las lágrimas, pero las contuvo—. Luther seguía diciéndome que todo saldría bien. Lo dijo tantas veces que me dieron ganas de gritarle y golpearle para que se callara. Nada iba a salir bien. Me sentía como si me hubieran partido en dos y hubieran vuelto a juntar las partes equivocadamente. Tenía el corazón destrozado y la mente nublada. Sabía que no sería capaz de pasar por aquello otra vez, y que tú te negarías a dejar el trabajo.

¿Qué se suponía que debía hacer?

—Yo ya era policía cuando nos casamos —dijo él, a la defensiva—. Tú sabías en lo que te metías.

—Pero no sabía que fueras un loco que se sentía impelido a estar en primera línea en todas las batallas, un adicto al peligro que cotidianamente arriesgaba la vida sin pensárselo dos veces.

Ahora comprendía por qué Ray se sentía impelido a hacer lo que hacía. Pero saberlo no implicaba ninguna diferencia. En realidad, lo empeoraba todo, porque Ray no podría olvidarse sin más de sus motivaciones.

—No sabía que fueras tan delicada, que no pudieras aguantar un par de malos ratos —dijo él hoscamente, negándose a entenderla—. No sabía que ibas a huir al primer signo de complicaciones.

—¿Al primer signo? —ella sacudió la cabeza, incrédula—. Viví absolutamente aterrorizada durante tres de los seis años que duró nuestro

matrimonio. Después de la primera vez que te dispararon, todo cambió. Si llegabas cinco minutos tarde a casa, empezaba a imaginar todas las cosas terribles que podían haberte pasado. Y cuando trabajabas de infiltrado y no sabía cuándo regresarías, era aún mucho peor.

—Las cosas se pusieron difíciles y te largaste —dijo él secamente—. Ya me has dicho todo lo que quería saber. Yo no te importaba lo suficiente como para quedarte cuando las cosas no salieron como tú querías —se encogió de hombros como si aquello no lo afectara en absoluto.

—Y yo no te importaba lo suficiente como para dejar tu trabajo por mí —ella respiró hondo, dolorosamente—. Ni siquiera te molestaste en buscarme.

Habría vuelto a casa si Ray hubiera ido a buscarla. Con que tan solo una vez hubiera abierto la puerta y él hubiera estado allí...

Él giró la cabeza y la miró fijamente.

—¿Habría servido de algo? —le preguntó en tono cáustico.

Sí, quiso gritarle Grace. Pero gritar no arreglaría las cosas. Ya era demasiado tarde.

—¿Serviría de algo que te pidiera que no fueras a Mobile? —musitó ella, sabiendo cuál sería la respuesta.

—En fin, se acabó —dijo él, apartando la sábana y recogiendo su ropa del suelo—. Creo que a partir de ahora debería dormir en el sofá. Puede que lo pasemos bien en la cama, cariño, pero fuera de la cama las cosas que queremos son demasiado distintas. Nada ha cambiado en los últimos seis años.

—No —dijo ella—. Nada ha cambiado. No puedo pasar por aquello otra vez, Ray. No puedo.

Él se puso los calzoncillos y luego los vaqueros, dándole la espalda todo el tiempo. ¿Por qué siempre acababan estropeándolo? Justo cuando ella pensaba que las cosas empezaban a ir bien...

Pero odiaba acabar así la conversación.

—No puedo enamorarme de ti y luego pasar el resto de mi vida esperando que te maten.

Ray la miró desde la puerta.

—Nadie te pide que lo hagas, Gracie. Ya no estamos casados, ¿recuerdas? —dijo, como si se lo recordara a sí mismo—. Ahora solo somos... —se encogió de hombros—. Tú te lo pasas bien conmigo y yo, contigo.

Ella agarró la almohada y se la tiró con fuerza. Ray la agarró y se fue a

dormir al sofá.

Amanecía y Freddie estaba tumbado en la cama, con las manos detrás de la cabeza. El día anterior, mientras Gillian estaba en el trabajo, había reunido fácilmente toda la información que necesitaba. Sabía todo lo necesario sobre la mujer que había sido testigo del asesinato. Grace Madigan. Divorciada. Sus padres vivían retirados en Florida. Tenía un hermano mayor al que veía, si acaso, una vez al año. Un sueldo decente, una pequeña cuenta de ahorro y, hasta su regreso a Huntsville, ninguna vida social.

Ray Madigan era quien de verdad debía preocuparlo, cuando llegara el momento. El detective iba siempre armado, y no había dejado sola a su exmujer ni un momento desde el golpe, por lo que Freddie sabía. Pasaba la noche en su casa, la llevaba en coche a todas partes, la vigilaba como un halcón.

La testigo no era la única exmujer de Madigan. En total, eran tres. Freddie se preguntaba si sería tan protector con sus otras ex como lo era con Grace. Y solo había una manera de averiguarlo.

—He hecho el desayuno —dijo Gillian, entrando en la habitación mientras se secaba las manos con una toalla.

Él le echó un vistazo y sonrió.

—Llama y di que estás enferma otra vez.

—Tengo que ir a trabajar, Jimmy —dijo ella—. Ya he faltado un día esta semana. Si falto otra vez, puede que pierda el trabajo. Pero podemos desayunar juntos antes de que me vaya.

Freddie se olvidó de los Madigan. Gillian le gustaba. Le gustaba mucho. No tenía prisa por acabar su trabajo en Huntsville.

—Vuelve pronto a casa —le dijo.

Grace sentía curiosidad por la nueva profesión de Ray, de modo que no puso objeciones cuando, de camino a casa el miércoles por la tarde, él le dijo que tenían que pasarse un momento por su oficina.

La noche anterior, Ray la había llevado al gimnasio, con la esperanza de que la señora Lanford apareciera por allí. Ray había esperado en el aparcamiento durante una hora. Pero, naturalmente, Louise no se había presentado.

—Dios mío, pero si todavía trabajas aquí —dijo la mujer de mediana edad cuando Ray hizo entrar a Grace—. Ya empezaba a dudar.

—Hola, Doris —dijo él con una sonrisa—. ¿Algún mensaje?

—Una pila de ellos —Doris agarró los mensajes, pero siguió mirando a Grace—.

¿Una nueva cuenta?

—Doris, esta es Grace —dijo Ray, suspirando como si supiera lo que iba a pasar.

—La número uno —dijo Doris con una amplia sonrisa, y se levantó.

Grace notó que la robusta Doris no era muy alta. Probablemente no medía más de un metro sesenta. Sus ojos brillaban con inteligencia y humor. No era de extrañar que a Ray le gustara.

—Casi todo el mundo me llama Grace.

Doris puso los mensajes en la mano de Ray.

—Hoy también se me ha hecho tarde —entornó los ojos—. Ray, si no piensas venir por aquí, será mejor que contrates a alguien para que nos eche una mano. Hay tres posibles nuevos clientes en ese montón de mensajes. Si no les devuelves las llamadas, buscarán otro detective —le dio una palmadita en la mejilla. Mientras agarraba su chaqueta del perchero, miró a Grace de pies a cabeza, con ojos escrutadores—. Me gusta más que las otras dos —dijo con naturalidad—. ¿Y cómo es que se casó usted con este desastre?

—De eso hace mucho tiempo —le respondió Grace, intentando mantener un tono ligero.

Doris agarró su bolso y se marchó, farfullando algo sobre la cena. La oficina se quedó extrañamente vacía después de su marcha.

Ray cerró la puerta y se sentó a la mesa de su secretaria para mirar los mensajes.

—Doris dirige la oficina —dijo sin alzar la vista.

—Parece muy eficiente.

—Lo es —Ray dejó a un lado los mensajes y se recostó en la silla de Doris—.

Supongo que debería llamar a esos clientes nuevos y recomendarles otro detective — dijo, con aire ausente—. Yo estoy muy ocupado con el caso Lanford y cuando esto acabe... —se encogió de hombros.

—Te marcharás.

—Me marcharé —repitió él suavemente.

Grace sabía que el caso Lanford le estaba ocupando demasiado tiempo. Ray iba de un callejón sin salida a otro. A veces le contaba lo que estaba pasando. Pero la mayoría de las veces no le decía nada. Vivían juntos, Ray la

llevaba a todas partes, pero raramente hablaban.

—Ray —se acercó al escritorio. Se sentía segura allí, en la oficina. Aquel era terreno neutral. Allí no se habían besado, no habían hecho el amor. No había recuerdos que nublaran su mente.

—¿Qué? —él puso los pies sobre la mesa y la miró con tranquilidad.

—Ya sé que ahora todo es muy complicado. Pero de verdad me gustaría que fuéramos amigos.

Él no se movió. No dijo nada. Tenía una expresión completamente desapasionada.

—No sé si será posible —añadió ella suavemente—. Pero tal vez si lo intentamos...

—Los amigos no necesitan intentarlo —la interrumpió Ray. Su mirada se endureció—. Seré sincero contigo, Gracie. No creo que podamos ser amigos. Me resultaría demasiado duro.

Ella asintió y le dio la espalda mientras él volvía a enfrascarse en los mensajes.

Grace casi consiguió no llorar.

Capítulo 11

Desde su sitio, en una de las mesas colocadas sobre una plataforma elevada situada en medio del restaurante, Grace miraba nerviosamente hacia la puerta y hacia la acera soleada que se veía a través de las puertas de cristal y las resplandecientes ventanas. Una pareja recién llegada, ataviada con trajes caros y con sendas carteras de cuero en las manos, esperaba ser conducida a su mesa. La clientela habitual de los jueves reía y hablaba en voz alta, los camareros se apresuraban a servir las mesas abarrotadas y, en el campo de visión de Grace, no había ni rastro del asesino, ni de Ray.

Este se pondría furioso si averiguaba que no estaba comiendo en la oficina, como le había ordenado. ¡Como si tuviera derecho a ordenarle nada a ella!

Necesitaba ver a sus amigas y olvidar, aunque fuera solo un rato. Necesitaba olvidarse del asesino y de Ray.

—¿Estás bien? —le preguntó Nell Rose, inclinándose hacia delante para ver mejor la cara de Grace. El pelo rubio, que llevaba cortado a media melena, osciló cuando ladeó la cabeza—. Estás muy pálida.

—Pues claro que está bien —dijo Sandy, echándose el pelo castaño detrás de los hombros—. ¿Duermes lo suficiente?

—No —admitió Grace.

Antes de que pudieran pedirle explicaciones mejor, llegó el camarero. Todas pidieron lo habitual: ensalada de pollo con salsa de mostaza y té helado.

Las tres tenían una regla fija. Nunca hablaban del trabajo ni de los viejos tiempos. Todo lo demás estaba permitido. Cuando el camarero se alejó, Nell Rose inició la narración de las últimas hazañas de su hijo en el campo de béisbol. Grace tuvo que sonreír, porque el pequeño Kyle solo tenía cuatro años. Sandy preguntó si habían visto la última película de Antonio Banderas y, cuando le contestaron que no, les hizo un detallado resumen del argumento.

Y después las dos miraron con curiosidad a Grace.

—Estás muy callada —dijo Sandy—. ¿Qué te pasa?

Grace empezó a sacudir la cabeza, pero se detuvo. Necesitaba hablar con alguien.

—Me he enterado de lo que le pasó a Ray —dijo—. Ya sé por qué dejó la policía.

Sandy y Nell Rose intercambiaron una rápida mirada.

—La chica —añadió Grace—. El reportero con la nariz rota...

—Supongo que deberíamos habértelo dicho —dijo Nell Rose—. Pero parecía un poco absurdo sacar a relucir el tema a estas alturas. Es agua pasada, y no sabíamos cómo ibas a reaccionar. A mí todo aquel asunto me puso tan furiosa que me dieron ganas de ir a partirle la cara yo misma al tal Morgan. Todo fue muy injusto.

—Sí —añadió Sandy—. Billy y Earl intentaron interceder por Ray, pero no pudieron hacer nada. Ponen una demanda delante de las narices del alcalde y ya sabes lo que pasa.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Nell Rose.

—Leí parte de la historia en unos artículos viejos que encontré en Internet. El resto me lo contó Ray.

Sandy frunció el ceño.

—¿Ah, sí? Grace, ¿Ray y tú estáis...? Quiero decir..., si estáis...

—Grace —intervino Nell Rose—, ¿Ray y tú estáis juntos otra vez?

Grace se sonrojó.

—No.

Al fin y al cabo, no habían vuelto a dormir juntos desde la noche del lunes, y Ray apenas le había hablado desde entonces, salvo para decirle que no podían ser amigos. Pero siempre estaba ahí, protegiéndola.

—Sí —musitó—. No lo sé —añadió finalmente.

Se quedaron calladas mientras el camarero ponía tres vasos de té helado sobre la mesa, pero, en cuanto se fue, Nell Rose se inclinó sobre la mesa y susurró: —¿Qué quieres decir con que no lo sabes? O estáis juntos o no lo estáis. No hay punto intermedio.

—Sí que lo hay —dijo Grace suavemente—. Y ahí es donde estamos. En el punto intermedio.

Sandy también se inclinó hacia delante, con un brillo pícaro en la mirada.

—¿Estás durmiendo con él?

Grace asintió. Luego meneó la cabeza. Nell Rose la agarró suavemente del brazo.

—Cielo, en el sexo sí que no hay punto intermedio. O lo haces, o no lo haces.

—Bueno, pues sí —musitó Grace.

Después de un momento de asombrado silencio, sus dos amigas se echaron hacia atrás y sonrieron.

—Calculo que habrá boda para junio —dijo Nell Rose alegremente—. Me da igual lo que digas. Siempre he sabido que Ray y tú volverías a estar juntos.

—Para mayo —dijo Sandy con una amplia sonrisa—. No van a esperar hasta junio.

A Grace se le encogió el corazón. Las cosas no eran tan simples.

—No vamos a volver a casarnos —dijo con energía—. No podría pasar por eso otra vez. Además —añadió, procurando mantenerse tranquila—, Ray va a marcharse a Mobile. Va a volver a narcóticos, y yo me quedaré aquí y... y...

—¿Y qué? —preguntó Sandy, sin sonreír.

—No lo sé —dijo Grace débilmente—. Sinceramente, no lo sé.

La investigación iba demasiado despacio. Ben McCann se había negado a cooperar. Hatcher había rellenado un montón de huecos en blanco en lo que se refería a los negocios de Lanford, pero no había podido proporcionarle ningún dato interesante respecto a la vida privada del muerto.

Ray no había logrado acercarse al ayudante del fiscal del distrito, que antaño había sido el amante de Louise Lanford. Y la viuda no había acudido al gimnasio el martes.

La noche del viernes era la clave. Todos ellos asistirían al baile benéfico para el Hospital Infantil. Pero Ray no quería esperar ni un día más. Cuanto más tiempo pasara, más difícil le sería mantener su resolución de irse a Mobile.

Justo en ese momento sonó el intercomunicador de su mesa.

—Es el FBI —dijo Doris—. Por lo menos, eso dice. Un tal Alan Chambers. No creo que sea del FBI. Parece completamente normal.

—Ya era hora —gruñó Ray al levantar el teléfono y llevárselo a la oreja.

—De nada —dijo Chambers sarcásticamente—. He hecho unas cuantas averiguaciones y tengo tres posibles sospechosos. Voy a mandarte un fax. Los tres tipos son profesionales que se ajustan a tu descripción general. No es mucho, pero es lo único que he podido encontrar.

Sí que era mucho, y Ray lo sabía. Quienquiera que quisiera ver muerto a Lanford podría haber contratado a un camarero, a un amigo o a un vagabundo para llevar a cabo el asesinato. Pero Ray no creía que fuera así. El trabajo había sido demasiado limpio para no ser obra de un profesional. Le dio a Chambers su número de fax y, unos segundos después, la máquina empezó a

escupir hojas.

—Por tu bien, espero que ninguno de esos sea el que buscas —dijo Chambers—.

No son precisamente ositos de peluche. ¿Dispones de un ejército?

—¿Es que lo necesito?

—Tal vez. A mí, desde luego, no me gustaría vérmelas con uno de esos tipos sin tener un ejército detrás —Chambers suspiró—. Hubo un tiempo en que me habría encantado enfrentarme con cualquiera de ellos, preferiblemente solo. Demonios, ¿quién quiere compartir la gloria? —suspiró con cansancio—. Pero ya no. Supongo que llevo demasiados años detrás de un escritorio. Antes me encantaba perseguir a tipos malos como esos, cuando era joven y estaba lleno de adrenalina.

—Bueno, a mí todavía me queda un poco de adrenalina —musitó Ray.

—Ten cuidado.

—Gracias —dijo, haciendo girar la silla para recoger la primera hoja del fax.

—Y no menciones mi nombre —insistió Chambers—. A menos que uno de esos sea tu hombre. Si es así, quiero saberlo. Debo saberlo, ¿entendido?

—Entendido —dijo con escasa convicción.

—Si uno de esos asesinos anda detrás de tu testigo, yo... te enviaré a alguien — dijo Chambers antes de colgar.

Ray colocó sobre la mesa las tres hojas con sus respectivas fotografías. Los tres sospechosos se ajustaban a la descripción de Grace. Tomó el teléfono y marcó el número del doctor Matasanos.

La recepcionista contestó en tono profesional: —Consultorio del doctor Dearborne.

—Hola, pásame con Grace —dijo él.

—Lo siento, Grace ha salido a comer. ¿Puede darme su número para que lo llame más tarde?

—Sé que iba a quedarse a comer en la oficina. Esta llamada es personal. Puede pasarme con ella.

La breve pausa de la recepcionista puso a Ray en alerta.

—No, no está aquí. Una amiga pasó a recogerla hace un rato.

Ray se puso rojo, pero su furia no se notó en su tono de voz.

—¿A qué hora volverá?

—Dentro de tres cuartos de hora.

—Soy su ma... exmarido, Ray. Nos conocimos el otro día. Eres Amy,

¿verdad?

—Oh, sí —dijo ella alegremente—. Has venido mucho por aquí últimamente.

—Sí —dijo él con calma—. Amy, ¿sabes adonde ha ido Grace a comer?

Estaban acabándose las ensaladas cuando Ray entró por la puerta del restaurante. Con los hombros erguidos y la cabeza alta, parecía un soldado marchando hacia la batalla. Sus ojos se posaron en ella inmediatamente, como si la hubiera visto en cuanto había atravesado la puerta. Tal vez antes. Se detuvo al pie de la plataforma donde estaba la mesa y la miró fijamente. Tenía un aire extrañamente salvaje con sus vaqueros y su camisa de cuadros azules.

—Aquí estáis —dijo, echándose hacia delante y subiendo los escalones de la plataforma de dos en dos. No había hostilidad en su voz, pero Grace pudo verla en sus ojos. Un destello que enseguida desapareció.

Sandy y Nell Rose sonrieron y saludaron a Ray como el viejo amigo que era, y él hizo lo propio, pidiéndoles que dieran recuerdos a sus maridos. Parecía tan encantador como siempre.

Pero cuando sus ojos se posaron en Grace, estaban fríos como el hielo.

—Tenemos que irnos.

—Aun no nos han traído la cuenta —dijo ella. No estaba dispuesta a que Ray la sacara a trompicones del restaurante.

Él buscó en su bolsillo, sacó con impaciencia un billete de veinte dólares y se lo puso en la mano a Nell Rose.

—Con esto bastará.

—Todavía no me he terminado el té —dijo Grace, sin mirarlo, mientras agitaba su vaso.

Ray puso las manos sobre la mesa y se inclinó. Sonrió, apoyó su mejilla contra la de Grace y le susurró suavemente al oído: —Puedes levantarte y salir conmigo ahora mismo, o puedo cargarte sobre el hombro y sacarte a la fuerza.

—Ray —dijo ella, intentando en vano mantener la calma. Su corazón latía demasiado rápido. Las rodillas le temblaban—. No puedes...

—Con los pies en el suelo o patas arriba —susurró él—. Tú decides, Gracie.

Retrocedió y ella se levantó lentamente. Recogió su bolso y, sonrojándose, les dijo adiós a Nell Rose y Sandy. Ambas trataron, sin éxito, de reprimir una sonrisa.

Como si pensarán que aquello era divertido, encantador y adorable. Y Ray era muchas cosas, pero no adorable.

No se apresuró hacia la salida, aunque Ray parecía estar a punto de estallar. La tenía agarrada del brazo y tiraba de ella. Pero no dijo una palabra hasta que estuvieron en el exterior.

—¿No te dije que te quedaras en la oficina? Maldita sea, te estás buscando problemas, Grace.

—Ya ha pasado una semana —dijo ella con calma— y no hay ni rastro del asesino. Probablemente, se habrá ido de la ciudad.

Ray le abrió la puerta del coche y luego la cerró con un portazo, después de que Grace se sentara. Cuando se dejó caer en el asiento del conductor, estiró un brazo hacia el asiento de atrás, agarró las tres hojas de papel y se las tendió.

—¿Alguna de estas caras te resulta familiar?

Ella miró la primera fotografía y rápidamente la descartó. El hombre era demasiado viejo y su cara, demasiado redonda. El de la segunda fotografía era demasiado delgado y moreno. Sus ojos parecían negros en la fotografía mal reproducida.

Pero el hombre de la tercera fotografía... Tenía el pelo diferente, más largo y claro, y llevaba gafas con montura de metal. Pero... pero...

—Es este —dijo, dándole la hoja a Ray.

Ray escrutó intensamente la fotografía.

—Freddie Potts —masculló algo y sacudió la cabeza—. Este tipo es un profesional. El FBI lleva años detrás de él —miró el pequeño informe impreso detrás de la foto—. Ha habido otros testigos en el pasado.

—Entonces, ¿alguien más podría identificarlo? —preguntó Grace, esperanzada.

No quería volver a encontrarse cara a cara con aquel hombre otra vez. Ni siquiera quería estar en el mismo edificio, ni en la misma ciudad que él. Si otra persona podía identificarlo...

Ray sacudió la cabeza y luego alzó la vista para mirarla.

—No. Los mató a todos. A algunos en la escena del crimen. A otros días, semanas o incluso meses después. Siempre mucho antes del juicio.

Así pues, Potts no se rendía fácilmente.

—Crees que está aquí, en alguna parte, ¿verdad?

Ray asintió.

—Sí —en los últimos días se había esforzado por no tocarla. Era

demasiado peligroso, demasiado duro. Pero en ese instante la agarró de la nuca y la acercó un poco a él—. Pero a ti no te atraparé —dijo suavemente—. No se lo permitiré.

—Lo sé —musitó ella.

—Se lo diremos a Luther y él pondrá a todos los polis de la ciudad a buscar en moteles, hoteles, casas de alquiler... Potts tiene que estar alojado en alguna parte.

También sacarán su fotografía en la televisión. Y en los periódicos. Alguien tiene que haberlo visto. Aunque sea bueno, no es un fantasma. También vendrán los del FBI.

Están deseando echarle el guante —Grace asintió, y Ray puso su frente contra la de ella—. Y la próxima vez que te diga que te quedes en un sitio —musitó suavemente—, hazlo.

Grace deseó con todo su corazón que todo fuera distinto, deseó poder besar a Ray y decirle que estaba asustada, pero que lo estaría aún más si él no estuviera a su lado.

—¿De verdad me habrías sacado en brazos del restaurante si no hubiera salido por mi propio pie? —le preguntó.

—Puedes apostar que sí —Ray la soltó y se apartó lentamente de ella—. Estas son las normas —dijo, encendiendo el motor—. Llama a la oficina y diles que mañana no irás a trabajar. Y que tal vez la semana que viene tampoco.

—Ray, no puedo...

—Puedes trabajar con mi portátil y, cuando atrapemos a ese tipo, podrás trabajar ochenta horas a la semana, si quieres. Pero hasta que Potts no esté fuera de la circulación, no vas a estar donde espera que estés.

—Pero no sabe dónde vivo ni dónde trabajo —arguyó ella—. ¿O sí?

—Podría ser. No vamos a arriesgarnos —Ray la miró al detenerse en un semáforo en rojo—. Hoy nos quedaremos en mi apartamento, hasta que encontremos un sitio más seguro.

—Ray...

—No te preocupes. Tú puedes quedarte con la cama. Yo dormiré en el sofá.

Ella se hundió en el asiento.

—Esto me parece un poco exagerado —dijo suavemente.

—¿Exagerado? —exclamó él. Quitó una mano del volante y agarró la hoja con la fotografía de Potts—. Mira esa cara y lee lo que pone detrás, y

luego dime si estoy exagerando.

Ella observó la fotografía, pero no se atrevió a leer las notas.

—Tienes razón —dijo—. Haré lo que me digas.

—¿Me lo prometes?

Ella asintió.

—¿Adónde vamos?

—A ver a Luther.

Estaban tumbados en la cama, viendo las noticias de la diez y comiendo palomitas, cuando Freddie vio su cara en la pantalla. Era una fotografía antigua, tomada cuando era más joven, más flaco y estúpido. Tenía el pelo largo y un poco más oscuro. Pero era él. Cualquiera que lo mirara con detenimiento se daría cuenta.

Pensó en distraer a Gillian besándola, tal vez, o haciéndole el amor para que dejara de mirar la televisión. Pero si esa noche estaba en las noticias, al día siguiente su fotografía aparecería en todos los periódicos locales. Y no podía vigilar a Gillian cada minuto del día.

Además, ya era demasiado tarde. Ella se volvió para mirarlo, escudriñando su cara.

—Ese tipo se parece mucho a ti, Jimmy —dijo, titubeando.

—¿Tú crees? —preguntó él, metiéndose un puñado de palomitas en la boca—.

A mí no me lo parece.

La fotografía desapareció de la pantalla y, sin ella a la vista, las dudas de Gillian se disiparon.

—Tú eres mucho más guapo que el de la foto —apoyó la cabeza en el hombro de Freddie—. Y, por lo que han dicho, también mucho más dulce. ¡Un asesino a sueldo! Yo creía que esos tipos solo aparecían en las grandes ciudades, no en sitios tranquilos como Huntsville.

—Sí, sé lo que quieres decir —dijo Freddie, dándole un beso fugaz antes de incorporarse y levantarse de la cama.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella.

Él se volvió y le sonrió desde la puerta. Era una lástima. Una auténtica pena.

—He pensado que te apetecería una copa de vino.

Gillian le devolvió la sonrisa y se recostó en las almohadas.

—Buena idea.

Grace había dormido demasiado bien en la cama de Ray, entre las sábanas que guardaban su olor y sobre el colchón donde él descansaba casi todas las noches. Ray estaba tomándose un café y una tostada, y tenía aspecto de haber dormido tan bien como ella, en el desvencijado sofá que parecía haberle dejado en herencia algún pariente lejano.

El apartamento era pequeño. Solo tenía dos habitaciones y un cuarto de baño.

La cocina no era más que un rincón del cuarto de estar. Casi todo lo que contenía la casa podría haberse tirado a la basura sin miramientos. Todo, salvo el equipo de sonido, la única cosa de valor que había en el apartamento.

Eso, y la valiosa colección de discos de Lyle Lovett.

Luther no se había puesto precisamente contento al saber que el hombre al que Grace había visto era un asesino profesional que sin duda seguía en la zona. Y el detective de homicidios se enfadó aún más cuando Ray le dijo que debía avisar al FBI de que Potts había sido identificado. No quería a los federales en su jurisdicción, había dicho Luther enérgicamente.

Ray insistió en vigilar y proteger a Grace, aunque ella intentó convencerlo de que no era necesario. Probablemente podría conseguir protección federal y, dado que Potts había sido identificado, Luther ya no podía seguir diciendo que todo era producto de su fantasía. Protegerla no era trabajo de Ray. Ya no.

Pero cada vez que intentaba convencerlo, Ray la detenía con una mirada.

Se sentó en el sofá junto a él, con una taza de café en la mano.

—Bueno, ¿cuál es el plan para hoy? —le preguntó despreocupadamente.

—Buscar un sitio donde instalarnos y salir a de compras —dijo él sin mirarla directamente.

—¿De compras?

Él se encogió de hombros.

—Para esta noche.

—¿Vamos a ir al baile?

Él giró la cabeza para mirarla.

—Claro. ¿Qué vamos hacer, si no? ¿Sentarnos en una habitación de hotel y trasegar *gin tonics* toda la noche?

—Pero Luther y el FBI... —dijo ella.

—Iremos al baile —insistió Ray.

Grace apoyó los pies en la rayada mesa de centro y observó las zapatillas

de correr que llevaba puestas. Con tanta gente trabajando en el caso, seguramente Potts estaría pronto bajo custodia. Y entonces... entonces Ray no tendría razones para quedarse en Huntsville. ¿O sí?

—¿Has llamado a Stan? —le preguntó.

—Todavía no —dijo él, tenso—. Lo haré en cuanto pase todo esto.

Grace levantó su asustada mirada de las zapatillas y contempló el perfil de Ray: la línea cortante de su mandíbula y el hoyuelo de su barbilla, la fortaleza de su cuello y sus brazos, la suavidad de sus labios. Cielos, le encantaba el modo en que el pelo se le rizaba sobre la nuca, la amplitud de sus hombros y la fuerza y ternura de sus manos.

Era una idiota. Ray no le convenía... pero lo quería. Siempre lo querría, fuera donde fuera, hiciera lo que hiciera y aunque volviera a romperle el corazón.

Abandonarlo había sido un error que ya no podía remediar. No podía convencerlo de que aún tenían una oportunidad, un futuro juntos, pero podía restañar parte de su dolor. ¿No debía intentarlo, cuando menos? ¿Por qué no entregarse a él completamente, aunque solo fuera por un tiempo?

—¿Qué te parece si nos vamos de compras? —dijo suavemente, con una lenta sonrisa.

Capítulo 12

—¡Guau! —exclamó Ray cuando Grace entró en la sala de la suite de dos habitaciones a la que se habían trasladado esa misma tarde. Ni el hotel ni la habitación eran elegantes, pero sí cómodos, limpios y espaciosos, y nadie salvo Luther sabía dónde estaban.

El vestido, rojo y largo, se ceñía al cuerpo de Grace y revelaba su espléndida figura. El escote dejaba ver el principio de sus pechos sin desvelar demasiado.

Cuando caminaba, la raja lateral oscilaba dejando entrever sus piernas, realzadas por unas sandalias negras de tacón alto.

Grace llevaba el pelo recogido en alto, como solía. Pero su peinado era más suave de lo habitual y unos cuantos rizos le caían elegantemente sobre los hombros.

—Estás guapísima.

Ella sonrió tímidamente.

—Tú también. Nunca te había visto con esmoquin. Pensaba que te pondrías otra cosa.

Él agarró las solapas de la chaqueta blanca.

—Tiene un corte años cuarenta. Por lo menos, eso me dijo la chica que me lo alquiló —su traje consistía de una chaqueta de gala de corte perfecto, pantalones negros de pinzas sujetos con tirantes, camisa blanca y corbata negra de lazo—. Me están dando ganas de encender un cigarrillo sin filtro y empezar a llamarte «muñeca».

Grace sonrió con una amplia y sincera sonrisa que hizo que a Ray se le acelerara el corazón. En los últimos días, se había mostrado tímida y esquiva. Pero en ese instante no parecía esquiva, sino provocativa, seductora, desenvuelta y decidida. Y

alegre.

—Muchacho, no se te nota nada la funda de la pistola —dijo ella.

Ray sintió que se le encogía el estómago.

El nombre y el rostro de Potts aparecían constantemente en la televisión y los periódicos. Por el momento, habían conseguido que el nombre de Grace no saliera a relucir. Luther se estaba asegurando de que nadie conociera su implicación, a menos que fuera absolutamente necesario. Solo un puñado de policías y el fiscal del distrito sabían que ella era la testigo.

La búsqueda de Potts en los hoteles había sido infructuosa hasta el momento, pero en la zona había montones de hoteles y demasiados empleados que al parecer nunca miraban a la cara a su clientela. De modo que la búsqueda continuaba.

Por lo que sabían, era posible que Potts hubiera identificado a Grace. Podía estar vigilando su casa o el apartamento de Ray, pero seguramente no estaría en el baile benéfico de aquella noche.

A no ser que fuera a encontrarse con el hombre o la mujer que lo había contratado. A no ser que apareciera para ocuparse de la única persona en Huntsville, aparte de Grace, que podía identificarlo. Las cosas no le habían salido bien. Tal vez decidiera eliminar a todos los testigos y abandonar la ciudad.

—Quizá deberíamos quedarnos y encargarnos una pizza —sugirió Ray, dudando.

Grace estaría a salvo en la habitación—. O tú puedes quedarte aquí y yo iré solo y echaré un vistazo rápido.

—De eso nada —dijo ella con determinación—. Me he comprado un vestido nuevo, tú has alquilado un esmoquin y sabes que quienquiera que contratara a Potts estará allí esta noche. Esta es nuestra oportunidad de mezclarnos entre esa gente, fisgar un poco y ver qué averiguamos —sonrió y se acercó a él—. Además, Louise Lanford no te dirá nada, por muy encantador que te pongas. Pero hablará conmigo porque me conoce. Me necesitas, Ray.

—¿Qué te hace pensar que la señora Lanford no hablará conmigo?

—Tú no eres su tipo —dijo Grace, acariciándole la mejilla con un dedo al pasar de largo—, Louise Lanford busca dinero y poder, no descaro y atractivo.

—Ah —musitó él, mirándola al pasar.

La parte delantera del vestido de Grace no era indecente. En cambio, la trasera lo era en grado sumo. El escote le llegaba hasta la cintura y más abajo. Ray admiró la línea de su espalda y la forma en que sus suaves músculos se movían al andar. Ella lo miró por encima del hombro y sonrió. ¿En qué estaría pensando?

—Un ayudante del fiscal del distrito no gana mucho dinero —dijo él. No estaba dispuesto a decirle a Grace que la visión de su espalda lo estaba haciendo sudar—. Y, al parecer, Louise y Elliott Reed estuvieron juntos casi dos años —arguyó.

—Pero la familia de Reed es muy rica —dijo ella mientras recogía su

pequeño bolso de encima de la mesa—. Por eso él estará allí esta noche. Su madre es toda una institución en el Hospital Infantil de la Caridad.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Estuve investigando un poquito con el ordenador. Tomé prestado tu portátil anoche, después de que te fueras a dormir.

—Pero no puedes acceder a...

—Si sabes dónde buscar —dijo ella con suavidad, sonriendo—, puedes encontrar cualquier cosa.

—Información personal, no. A no ser que... —la misteriosa expresión de Grace lo detuvo en seco—. ¡Eres un pirata informático!

—Una simple aficionada, te lo aseguro.

—Mi propia mujer...

—Exmujer —dijo ella—. Encontré algunas cosas sobre McCann y Reed, así que sabré qué decir y qué no decir si esta noche consigo acercarme a ellos.

—No quiero que te acerques a nadie, salvo a la viuda, ¿entendido?

—Ya veremos —dijo Grace, imperturbable.

Ray sabía que no había forma de detenerla. Y, para ser sincero, podía conseguir más información que él. Grace tenía instinto y sabía ver y escuchar a la gente.

—Si logras acercarte a Reed o a McCann, ten mucho cuidado, ¿me oyes?

—Sí, señor.

Ray la miró audazmente de arriba abajo. Sus ojos se detuvieron en la curva de sus pechos y luego siguieron la línea de su cintura y de sus caderas.

—Gracie Madigan —dijo suavemente—, no llevas ropa interior.

Ella se sonrojó.

—Veo que todavía te funciona el radar.

—Desde luego que sí —gruñó él.

—La raja del vestido llega hasta aquí —explicó ella innecesariamente, señalándose la cadera—. No puedo ir a un baile elegante enseñando el remate de las medias, ¿o sí?

Ray volvió a mirarla de arriba abajo, muy despacio. Grace llevaba el vestido rojo y un par de zapatos. Nada más. Se le quedó la boca seca y tragó saliva con cierta dificultad.

Ella quería mortificarlo. Se exhibía ante él como si le dijera: «¿Solo sexo?

Piénsatelo dos veces».

Ray forzó una sonrisa.

—¿Qué diría Doris? La pobre cree que tienes mucha clase.

Pero Grace no se tragó el señuelo. Solo arrugó la nariz y se dio media vuelta, ofreciéndole una vista completa de su espalda desnuda.

Ray cerró los ojos y gruñó por lo bajo. ¿Mortificarlo? Diablos, aquella mujer intentaba matarlo.

En el interior del salón de baile del Centro Cívico la luz era tenue, la orquesta tocaba en el escenario y los invitados, elegantemente ataviados, bailaban mejor o peor, pero poniendo todo su empeño en el intento.

Grace se agarró del brazo de Ray. Empezaba a ponerse nerviosa. Al principio, entrar allí y buscar a quien había contratado a Freddie Potts le había parecido una aventura. Pero, llegado el momento, se asustó. Ray era el detective, no ella. Él era el adicto al peligro. Ella era tímida. Tal vez lo hubiera sido demasiado tiempo.

Aunque exhibirse delante de Ray la ponía tan nerviosa como entrar en una habitación llena de asesinos en potencia, intentó serenarse. Ganarse el respeto de Ray era tan importante como encontrar a Potts y a la persona que lo había contratado. O

quizá más.

—La señora Lanford está charlando con el alcalde en la mesa de la izquierda — dijo Ray en voz baja—. McCann está hablando con Heather Farmer en el rincón más alejado, y Elliott Reed está bailando con su madre.

—Ya veo a Reed —susurró ella.

Ray la condujo a la pista de baile. Puso la mano contra su espalda desnuda y la miró directamente a los ojos mientras empezaban a bailar. Ella no desvió la mirada, ni se retiró cuando él la apretó más fuerte.

Ray ladeó la cabeza y le susurró al oído: —Maldita sea, Gracie, ¿qué me estás haciendo?

—Nada —murmuró ella.

—¿Nada? —él hizo que reposara la cabeza contra su hombro y la mantuvo allí—. ¿Cómo se supone que voy a bailar con estas respetables señoras en este estado? —la estrechó más fuerte para que Grace notara su «estado».

—Te las apañarás —dijo ella suavemente contra su hombro. Al fin y al cabo, siempre se las apañaba.

Grace alzó la cabeza y lo miró. Por el modo en que él le devolvió la mirada, pensó que tal vez, solo tal vez, aquel baile fuera solo suyo. Un solo

baile, un único y precioso momento de intimidad antes de que empezaran sus pesquisas. Grace había advertido enseguida que Ray la estaba llevando hacia Reed y su madre. Pero, por unos instantes, se abandonó al placer del abrazo de Ray y del roce de sus cuerpos. Y

deseó, por enésima vez, que las cosas fueran diferentes entre ellos.

—Apuesto a que no tocarán ni una sola canción de Lyle Lovett en toda la noche —refunfuñó Ray, intentando cambiar de conversación.

—Seguro. Pero siempre podemos acercarnos al escenario y sobornar a la orquesta.

Ray no se rio. Ni siquiera sonrió. Pero la estrechó más fuerte contra su pecho.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —musitó mientras se acercaban a Reed.

No, no estaba segura. Pero asintió, de todas formas.

La música acabó y se unieron a la multitud en un aplauso de cortesía. La orquesta inició enseguida otra canción.

—Señora Reed —dijo Ray cortésmente, dirigiéndose a la madre de Elliott Reed.

Esta tenía el aspecto de una gran dama, elegante y refinada, fría e impecable, con su moño blanco y su vestido de color champán que le caía hasta las puntas de los zapatos—. Confiaba en tener la oportunidad de bailar con usted.

La anciana sonrió, algo azorada, y Reed se apartó. Ray miró al ayudante del fiscal del distrito.

—Incluso le dejaré bailar con mi mujer si puedo quedarme con su madre unos minutos. Elliott Reed, ¿no es cierto? —le preguntó, como si intentara recordar—. Esta es Grace Madigan.

Reed pareció molesto, hasta que se dio la vuelta y vio a Grace. La miró de arriba abajo como un coyote que inspeccionara a una presa. Grace debería haber imaginado que el vestido que había elegido para provocar a Ray también atraería sobre ella miradas indeseadas.

—Será un placer —dijo Reed con una sonrisa.

Elliott Reed era un buen bailarín, pero apretaba tanto a Grace que esta se sentía incómoda.

—La orquesta es buena —dijo ella, procurando iniciar una conversación que obligara a Reed a apartar la vista de su escote.

—Sí —dijo él, alzando la cabeza para mirarla a los ojos—. Si a uno le

gusta esta música.

Ella alzó las cejas y se apartó ligeramente. Reed siguió intentado atraerla hacia sí.

—Si no le gusta la música, ¿por qué ha venido?

Él hizo una mueca.

—Por orden de mi madre.

—¿Es que siempre obedece a su madre?

Él suspiró con fastidio y sus ojos se ensombrecieron.

—Encuentro más fácil burlar su vigilancia si la hago feliz de vez en cuando.

Beatrice Reed debía de atar en corto a su hijo, decidió Grace.

—Eso es muy dulce —dijo ella con una sonrisa—. Tomarse tantas molestias para hacer feliz a su madre. Es usted un buen hijo.

Él susurró con picardía:

—Bueno, ahora que la he conocido a usted, me alegro de haber venido. Quizá su marido baile toda la noche con mi madre y yo pueda tenerla para mí solo.

Por una vez, Grace no se apresuró a puntualizar que era la exmujer de Ray. Si Elliott Reed se comportaba así creyendo que era una mujer casada, ¿qué no haría si se enteraba de que era soltera?

Se alejaron poco a poco de Ray y de la anciana señora Reed y, en cuanto estuvieron a una distancia prudencial, Elliott le puso la mano en el trasero.

—Señor Reed —dijo Grace en tono levemente admonitorio—, compórtese.

Él sonrió, posó la mano en un lugar más apropiado e hizo girar a Grace al sonido de una trompeta.

—No puede culparme por intentarlo, señora Madigan.

Grace vio frente a sí a Louise Lanford, sentada a una pequeña mesa junto al alcalde y con una copa en la mano. Con sus diamantes y su vestido azul brillante escotado casi hasta el ombligo, no tenía el aspecto de una mujer cuyo marido hubiera muerto apenas una semana antes.

Los ojos de Reed volaron en aquella dirección solo un instante.

—¿No es una pena? —le preguntó Grace en voz baja.

—¿A qué se refiere?

—A lo que le ocurrió a Carter Lanford. Esa es su viuda, ¿verdad?

Él se puso un poco tenso.

—La verdad, no me parece una pena. Lanford era un canalla de cuidado.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Lo conocía?

—Por desgracia, sí —murmuró Reed, llevándola otra vez hacia el centro de la pista de baile.

—Por lo que he leído, parece que era un hombre muy bueno —dijo Grace ingenuamente.

La mirada de Reed se hizo distante y fría.

—Carter Lanford no tenía nada de bueno, salvo su cuenta corriente.

Grace sonrió agradablemente. El hombre iba a contárselo todo allí mismo, en la pista de baile. Pero no tuvo tiempo.

—Disculpen —una voz conocida los interrumpió—. Creo que este baile es para mí.

Grace suspiró al ver que Luther, vestido con chaqué, apartaba a Reed. El detective la agarró con actitud tensa y distante, y ella hizo lo mismo.

—Grace —farfulló él—, ¿qué demonios haces aquí?

—Lo mismo que tú, supongo.

Luther era un pésimo bailarín. Estuvo a punto de decírselo.

—Maldita sea, Grace, esto no es una película —siseó él, dándole un pisotón y apartando el pie rápidamente—. No podéis andar por ahí intentando resolver el misterio vosotros solos como si se tratara de un juego. Os estáis metiendo en algo muy peligroso.

Luther había sido su amigo una vez, pero desde su regreso a Huntsville siempre se había comportado groseramente con ella. Grace había intentado entenderlo, pero en ese momento se quedó sencillamente atónita.

—Si creyéramos que hay la más mínima posibilidad de que encuentres a Potts, no estaríamos aquí —le dijo fríamente.

—Podría deteneros —la amenazó él.

—No lo harás —dijo ella con energía.

Su nueva pareja de baile la hizo girar desmañadamente y observó el salón mientras se la llevaba, dando vueltas, hacia el borde de la multitud. Dejaron la pista de baile y Luther la agarró de la muñeca y la arrastró hacia la salida. La empujó a través de una puerta y Grace se encontró en un corredor desierto y profusamente iluminado, de espaldas a la pared. Luther la miraba amenazadoramente, a pocos centímetros de su cara.

—Solo lo diré una vez —siseó él—. Ray no necesita que entres y salgas de su vida a tu antojo y desaparezcas cuando te venga en gana. Intenta engañarlo otra vez y te meteré en la cárcel. No me preguntes cómo, pero te

aseguró que encontraré algo.

Y si no, me lo inventaré —le advirtió en voz baja. Tenía la cara rígida y los ojos turbios—. ¿Por qué demonios has vuelto, Grace?

Sus ojos refulgían, oscuros y condenatorios. Pero por mucho que dijera o hiciera, Grace no podía seguir enfadada con él. Era evidente que Luther se preocupaba sinceramente por Ray. A pesar de su dureza, iría al fin del mundo por un amigo. Y Ray era su mejor amigo.

—¿Entre nosotros?

—Si así tiene que ser... —dijo él.

Grace no había hablado con nadie acerca de Ray y de lo que había ocurrido entre ellos. Ni con sus padres, ni con sus amigos. No confiaba en nadie hasta ese punto.

Pero alguna vez tenía que hacerlo.

—He vuelto porque nunca he podido olvidar a Ray, porque nunca he dejado de quererlo del todo. Lo he intentado durante seis años, pero... no he podido.

La expresión de Luther se suavizó.

—No debiste abandonarlo.

—Lo sé.

—Cuando te fuiste, estuvo a punto de morir.

Ella cerró los ojos. Dios, no quería saber lo dura que había sido su marcha para Ray. Quería creer que para él había sido más fácil. Eso, de alguna manera, la hacía sentirse menos culpable.

—Yo también —musitó.

—Maldita sea, si vuelves a dejarlo...

—No lo haré —dijo Grace, abriendo los ojos e intentando mirar a Luther tan abierta y honestamente que comprendiera sin duda alguna que le estaba diciendo la verdad—. Esta vez, es Ray quien va a dejarme a mí.

Así tendría que ser. Ella no iba a huir, ni a permitir que Ray la rechazara. Sería completamente suya mientras la quisiera y la necesitara. Hasta que se marchara a Mobile.

Luther maldijo en voz baja y se apartó de ella.

—Bueno —dijo Grace más relajada, tomando a Luther del brazo para volver al salón de baile—. ¿Qué tal te va?

Él le lanzó una rápida mirada e hizo una mueca.

—Me va bien.

Su respuesta para todo.

—¿Te has casado?

Luther era un hombre guapo, y dulce cuando quería. Un buen tipo, igual que Ray. A Grace le costaba creer que nunca hubiera encontrado a la mujer adecuada.

—No.

—¿Por qué?

Él se detuvo con una mano en el pomo de la puerta, más allá de la cual se hallaba el salón de baile atestado de gente. La música se oía baja y a sus oídos llegaban risas amortiguadas.

—Si Ray y tú no habéis conseguido salir adelante —dijo él con suavidad—, para mí no hay ninguna esperanza.

Antes de que pudiera responder, Luther abrió la puerta y la empujó suavemente hacia el salón.

Ben McCann era un hombre atractivo. Tenía el pelo oscuro y meticulosamente peinado, y unos conmovedores ojos castaños que le daban un aire más de artista que de hombre de negocios. A pesar de su complexión atlética, Grace tenía la impresión de que se arrancaría a recitar poesía en cualquier momento.

—¿Es usted uno de los benefactores del hospital? —le preguntó.

Heather Farmer los había presentado y había sugerido que su nuevo jefe sacara a bailar a su «amiga». Él había accedido de mala gana.

—Mi empresa colabora con el Hospital Infantil —dijo él—. Así que no tenía elección, tenía que estar aquí esta noche —sus ojos vagaron por la habitación hasta que encontraron a Louise Lanford—. Para serle sincero, preferiría estar en el partido de hockey. Están en las semifinales, ¿sabe?

—¿Huntsville tiene un equipo de hockey? —preguntó ella, sinceramente sorprendida.

—Sí. No en primera división, claro está. Es un equipo de segunda —él casi esbozó una sonrisa. Casi—. ¿No lo sabía? ¿Dónde ha estado metida?

Ella sonrió.

—En Chattanooga, los últimos seis años.

—Ah —dijo él—. En fin, no sabe lo que se ha perdido.

McCann miró de nuevo a Louise y, de pronto, sus ojos adquirieron una expresión turbia, profunda y melancólica. Louise se estaba riendo a carcajadas con un invitado que se inclinaba demasiado sobre su escote.

—Nunca he estado en un partido de hockey —dijo Grace.

—Pues debería ir. Un partido, y le garantizo que se enganchará.

—¿Usted va a todos los partidos?

—A casi todos —él la miró a los ojos sin miedo, sin nada que esconder—. Para serle sincero, con mi nueva posición en la empresa no sé si podré volver a ir al estadio. Mi trabajo es muy absorbente. Viajar, trabajar hasta tarde. Ahora toda la responsabilidad descansa sobre mis hombros.

—Pensaba que a los hombres les gustaban esas cosas —dijo ella con una leve y amable sonrisa—. El poder. El dinero. Y todo lo que conllevan.

—Yo preferiría volver al puesto en el que empecé, diseñando juegos —sonrió él—. Ha hecho falta que me hiciera mayor para descubrir que los juegos son mucho más divertidos que los negocios. Los niños tienen mucha suerte. Deberíamos jugar siempre que tuviéramos oportunidad.

—Yo tampoco juego mucho ya, debo admitirlo.

—Pues debería hacerlo —dijo él, mirando de nuevo a Louise—. Todos deberíamos.

Ray intervino cuando Grace bailaba con un carcamal que la pisaba constantemente. Grace llevaba toda la noche trabajando con diligencia. Rescatarla era lo menos que podía hacer.

—¿Te diviertes? —le preguntó, haciéndola girar.

—Un montón —contestó ella sarcásticamente—. No sabía que había tantos pésimos bailarines en Huntsville, ni que todos estuvieran aquí.

Ray llevaba casi toda la noche observándola. No la había perdido de vista más que unos pocos minutos.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó suavemente. Grace había bailado dos veces con Reed y tres con McCann, y estaba tan preciosa y encantadora que Ray había deseado cruzar la habitación e interrumpirlos.

Ella suspiró, pensativa.

—No creo que McCann esté implicado. Los cambios en la empresa suponen una tremenda presión sobre él. No creo que quiera realmente el puesto de Lanford.

Además, parece un tipo agradable —Ray alzó las cejas y Grace sonrió—. Ya sabes a lo que me refiero —su expresión se suavizó—. Creo que quiere de veras a Louise. La forma en que la mira...

—¿La quiere lo bastante como para matar por ella? —preguntó Ray.

Ella vaciló.

—Tal vez. Pero creo que si hubiera querido matar a Lanford, lo habría

hecho él mismo. Parece un hombre con mucho carácter.

—¿Y Reed?

Grace no dudó.

—A ese sí que puedo imaginármelo pagando a un matón para hacer el trabajo sucio. Y su mamá tiene dinero. El pobre chico rico siempre ha tenido lo que quería, y si quería a Louise y no podía tenerla, creo que podría haber matado para despejarse el camino.

—No sé —dijo Ray. Rodeó la habitación con la mirada, observando a los tres sospechosos y, algo más lejos, a una nerviosa Heather Farmer. Mientras la miraba, Christopher Hatcher, el ayudante de Lanford, se acercó a ella con una copa de champaña. Heather la aceptó y dirigió al hombre una leve sonrisa—. Tal vez creas que McCann es inocente porque es amable, y que Reed es culpable porque te ha tocado el trasero.

—Bueno, ¿y tú qué piensas? —preguntó ella.

—Yo creo que es Reed.

—¿Porqué?

—Porque te ha tocado el trasero.

Ray la hizo girar y le sonrió, dejando que su mano se posara sobre sus nalgas.

Acarició suavemente la sedosa tela roja del vestido y la firme cadera desnuda que había debajo. Esperaba una reprimenda, pero obtuvo una sonrisa.

—Nos están mirando —dijo Grace en voz baja.

—No me importa —Ray la hizo girar otra vez.

El cuerpo de Grace se amoldaba al suyo, pero no lo bastante. Estaban tan cerca que podía oler su perfume y la fragancia de su champú. Más que eso: podía olerla a ella. El olor de su piel. El ardor de su pasión.

Ray inclinó la cabeza y le lamió la oreja.

—Me estás volviendo loco.

—¿Sí? —preguntó ella, ingenua y seductora.

No solo estaban bailando: se movían de una forma innegablemente sexual. Ray no quería dejarla ir, ni en ese momento, ni nunca. ¿Cómo podría continuar sin ella?

Durante unos preciosos minutos, Ray se olvidó de la muerte de Lanford, del asesino y de Mobile. Cerró los ojos, abrazó a Grace y ambos se movieron al ritmo de una melodía lenta y ligera que se metía bajo la piel. Aquel momento de perfección fue efímero, pero mientras duró, Ray se dejó llevar.

La música se detuvo. Por encima del hombro de Grace, Ray vio que el

carcamal se dirigía de nuevo hacia ellos. No era el momento de besarla, ni de preguntarle si quería matarlo.

Habría tiempo para eso después.

—¿Has hablado ya con la viuda?

Grace negó con la cabeza.

—Cada vez que me acerco, se va. Y no quiero perseguirla. Sería demasiado evidente.

—Acaba de irse al lavabo de señoras.

Grace le dirigió una sonrisa deslumbrante.

—Creo que iré a empolverarme la nariz.

Se dio la vuelta y se alejó, y mientras Ray la admiraba, el carcamal se puso a su lado.

—No me gusta que me pasen por encima, joven —dijo el viejo—. Estaba haciendo progresos con la dama, ¿sabe?

Ray bajó la vista hacia el hombre de pelo blanco.

—¿Estaba haciendo progresos con mi mujer?

El viejo se sonrojó hasta la raíz del pelo.

—Lo lamento. No llevaba anillo, así que pensé que no estaba comprometida.

Ray vio a Grace desaparecer por el pasillo que llevaba a los lavabos. Mirarla alejarse le resultaba doloroso, y no por el provocativo corte de su vestido, ni por su espalda desnuda, ni por la certeza de que no llevaba nada debajo.

—Sí —dijo en voz baja y con cierto toque de desesperación—. Sí, mi Gracie está comprometida.

Capítulo 13

Grace contempló su imagen en el espejo y se repasó el carmín. De vez en cuando lanzaba una mirada de reojo a la mujer que había a su lado. Louise Lanford revisaba los tirantes de su vestido y se inclinaba hacia el espejo, escudriñando su propia cara de un lado y de otro.

¿Reconocería a Grace fuera del escenario donde solía verla? ¿Miraría hacia ella?

Louise parecía completamente absorta en sí misma. Sacó una barra de carmín de su bolsito negro y con mano rápida y experta se pintó los labios en un atrevido tono de rojo.

—Qué vestido tan encantador —dijo Grace distraídamente, llevándose la mano al pelo y ladeando despacio la cabeza, como si quisiera ver si sus horquillas seguían en su sitio.

—Gracias —dijo Louise y luego giró la cabeza—. Ah, hola —sonrió—. No te había reconocido —volvió su atención a su propio reflejo—. Eres Grace, ¿no?

Esta asintió, sonriendo.

—¿Y tú eres Louise?

—Sí —la mujer ladeó la cabeza y se quitó una mota del vestido—. No te he visto en el gimnasio esta semana.

Grace se atusó distraídamente el pelo.

—Solo he ido un día —respondió—. El martes. Pero no te vi.

—El funeral de mi marido fue el martes —dijo Louise, arrugando la nariz con desagrado—. No pude salir a tiempo para llegar al gimnasio.

Aquella era una afirmación ciertamente fría y desapasionada.

Grace dejó de fingir que se miraba al espejo y se volvió hacia Louise Lanford.

—Cuánto lo siento —dijo, procurando parecer sincera—. Ha debido de ser terrible para ti.

Louise acabó con sus retoques y se irguió para mirar a Grace.

—Gracias, pero la verdad es que no ha sido tan terrible. Mi marido y yo no formábamos un verdadero matrimonio desde hacía mucho tiempo —durante un instante, pareció casi triste—. Perdí al hombre con el que me casé hace años; primero por culpa de los negocios y luego, por culpa de su joven y estúpida secretaria —su mirada adquirió una expresión dura—. No voy a

llorar a un hombre al que dejé de querer hace años —añadió, componiendo una sonrisa impostada.

—Lo siento —dijo Grace otra vez, sinceramente.

—No lo sientas —se apresuró a decir Louise—. ¿Sabes qué es lo peor de todo?

Esa estúpida secretaria está aquí esta noche. Por supuesto, hemos tenido mucho cuidado de permanecer en extremos opuestos del salón —esbozó una sonrisa falsa—.

Todo muy civilizado, como a Carter le gustaba cuando estaba entre nosotros.

—Parece una situación muy incómoda —dijo Grace. No había visto a Heather y Louise acercarse la una a la otra en toda la noche. En ningún momento habían reconocido la presencia de la otra con el más mínimo gesto. Grace se preguntó si habría sido igual antes de la muerte de Lanford.

—En fin —dijo Louise alegremente—. ¿Y tú? ¿Por qué solo has ido un día al gimnasio esta semana? Normalmente, vas casi tanto como yo.

—Yo también tengo problemas con mi marido —dijo Grace con voz suave—.

Bueno, con mi exmarido. Últimamente ha estado un poco... pesado.

—Eso suena interesante —dijo Louise, cerrando el bolso y mirándose al espejo una vez más, metiendo tripa y sacando pecho—. ¿A ti te gusta que se ponga pesado?

—Todavía no lo he decidido —musitó Grace mientras seguía a Louise hacia la salida.

La otra mujer se rio ligeramente.

—Conozco esa sensación —antes de unirse a la multitud, se volvió hacia Grace una vez más—. Hombres. Te juro que a veces pienso que estaríamos mucho mejor sin ellos. Y otras veces creo que no podría vivir sin ellos.

—O sin uno en particular —dijo Grace en voz baja, pensando en Ray.

Louise asintió con simpatía.

—Oh, me parece que lo tienes muy mal.

—No sabes cuánto.

Poniendo una mano sobre su brazo, Louise se inclinó y le dijo en voz baja.

—Si tienes problemas con tu ex, puedo recomendarte a un hombre maravilloso que te ayudará. Para mí fue como un salvavidas.

A Grace casi se le paró el corazón. No podía ser tan fácil. ¿Iba Louise

Lanford a recomendarle a su asesino personal?

—¿De veras? Te lo agradecería muchísimo.

—El doctor Wendell Wells es un gran consejero matrimonial. Intentó ayudarnos a Carter y a mí cuando las cosas se pusieron mal, al principio, y a mí desde luego me ayudó bastante —durante un segundo, Louise pareció casi tan joven como Heather.

Triste y un poco perdida—. Cuando estaba confusa, me ayudó a ver hacia dónde iba y por qué no conseguía que las cosas marcharan bien por mucho que me esforzara.

Estuve visitándolo durante años —dijo, pensativa—. Quizá debería llamarlo.

—Te lo agradezco —dijo Grace.

—Buena suerte —contestó Louise, antes de componer su máscara para unirse a la multitud.

*

—Están tocando nuestra canción —dijo Ray, poniéndose en medio antes de que otro anciano Romeo abordase a Grace. La empujó suavemente hacia la pista de baile y la tomó en brazos, haciéndola girar al ritmo de la suave melodía de *jazz*.

—¿Esta es nuestra canción? —dijo ella con una sonrisa.

—¿Por qué no?

La velada se aproximaba a su fin y la multitud había empezado a menguar, de modo que tenían un buen pedazo de pista de baile para ellos solos.

—¿Qué has averiguado? —le susurró Ray al oído, abrazándola.

—No creo que Louise tenga nada que ver —dijo Grace en voz baja.

—¿Qué, no te ha tocado el trasero?

Grace se echó hacia atrás y lo miró.

—Un poco de seriedad —le advirtió—. Me has preguntado qué pensaba y te lo he dicho. No creo que necesitara matarlo. Llevaban mucho tiempo casados, así que, si se hubieran divorciado, Louise no se habría quedado precisamente sin un céntimo.

Me ha dicho que hacía mucho tiempo que no se querían. Me sería más fácil considerarla culpable si estuviera llorando desconsoladamente a su marido, cuando es tan evidente que no lo quería.

—Veamos, ¿cuál es entonces el truco para pasar el interrogatorio de

Grace Madigan? ¿Será el culpable quien llora desconsoladamente al recién desaparecido Lanford, o el hombre de aspecto más inocente de la habitación? —bajó la voz—. Creo que ya sé quién será nuestro próximo sospechoso: el hombrecillo que te pisaba los pies —bromeó Ray.

—Estoy hablando en serio —dijo ella—. Le dije a Louise que me estabas volviendo loca, y me recomendó un consejero matrimonial.

Ray no tomó en cuenta lo que había dicho acerca de que la estaba volviendo loca.

—Bueno, entonces volvemos a Reed.

Grace suspiró y apoyó la cabeza en su hombro.

—No lo sé. Tal vez estemos buscando en la dirección equivocada. En realidad, no creo que ninguno de ellos deseara la muerte de Lanford.

—Eres demasiado ingenua —dijo Ray, intentando sobreponerse a su cercanía, suave y turbadora—. Demasiado impresionable. Serías una pésima detective.

Ella no se lo discutió, solo se apoyó contra él y se relajó. Ray cerró los ojos y la hizo girar. Lo siguió con suavidad, sin un ápice de resistencia.

—Estoy cansada —musitó—. Tal vez por la mañana todo esto tenga algún sentido.

—Tal vez —dijo él.

Abrazarla de aquella forma le provocaba pensamientos imposibles. Era consciente de que, cuando volvieran al hotel esa noche, tendría que sonreír, decirle buenas noches y meterse en su habitación fingiendo que separarse de ella no lo mataba. Deseaba abrazarla toda la noche. Y sabía que ella no se resistiría más de lo que se resistía en la pista de baile. ¿Pero qué pasaría al día siguiente?

Cada vez que se sentía a punto de enamorarse de ella otra vez, se recordaba que, cuando las cosas se ponían feas, Grace se marchaba. Ella misma se lo había dicho. No podía aceptar lo que él era.

Pero eso no significaba que fuera menos suya. Solo... le dolía un poco.

Ray no podía ser su amigo, como tampoco podía mantener con ella la relación superficial que deseaba. Le parecía una buena idea tener un encuentro puramente sexual con Grace. Pero no creía que fuera posible.

Cuando la canción acabó, Ray retrocedió y le lanzó una leve sonrisa que no reveló lo que estaba pensando.

—Creo que hemos hecho todo lo que podíamos hacer por esta noche. Reed y McCann se han ido, la señora Lanford está despidiéndose de unos

amigos, y Heather está saliendo por la puerta. Parece que Hatch va a llevarla a casa.

—Bien. Todavía está demasiado conmocionada para conducir —dijo Grace—.

Y, además, ha bebido.

—Tú también.

Ella sonrió.

—Un poco de champán, nada más. Y solo para no quedar mal, te lo aseguro.

Ray deseó besarla en ese preciso instante, en medio del salón, delante de toda aquella gente. Pero, en lugar de hacerlo, le retiró un mechón de pelo que le caía sobre la mejilla.

—Salgamos de aquí —la tomó del brazo y la condujo hacia la puerta.

Cuando estuvieron fuera, Ray vio a Luther de pie al otro lado de la calle, frente al aparcamiento. Esperando. Al verlos cruzar la calle, el detective se puso rígido, frunció el ceño y señaló a Ray con el dedo.

—Quiero hablar contigo —dijo.

—Dispara.

—A solas —Luther dio media vuelta y echó a andar hacia el parque.

—Esperaré aquí —dijo Grace, apoyándose contra una farola.

—No iremos muy lejos —le prometió Ray.

Ella sonrió, cansada y confiada, y él caminó hacia el lugar donde Luther lo esperaba con impaciencia. Ray se dio la vuelta para poder ver a Grace por encima del hombro de su interlocutor. La miró, fascinado, reclinada contra la farola, con los ojos cerrados.

—¿Qué? —dijo, con los ojos fijos en Grace.

—No me hagas arrestarte —contestó Luther—. Quiero..., no, te ordeno que te mantengas alejado del caso. No vuelvas a hablar con mis sospechosos, ni con nadie relacionado con Carter Lanford. Si te veo hablando con alguien, aunque sea con su maestra de primer curso, te encerraré.

Ray sonrió.

—No, no lo harás.

—Sí, sí lo haré —dijo Luther—. Oye, Grace y tú os merecéis el uno al otro, ¿lo sabías? Ella me dijo exactamente lo mismo cuando le advertí que no metiera las narices en esto. Estamos hablando de una investigación por asesinato, Ray, no de un juego de detectives.

—¿Has hablado con Grace?

Ray los había visto bailando un momento, y ninguno de los dos parecía muy contento. Pero justo entonces Beatrice Reed había empezado a presentarle a unos amigos y Ray había perdido de vista a su amigo y a su mujer. Exmujer, se recordó.

—Por supuesto que he hablado con ella —contestó Luther—. Manténla alejada de esto, por el amor de Dios. No debería implicarse.

—Grace es tu único testigo. Yo diría que tiene derecho a hacerlo.

—Los testigos no investigan el crimen, Madigan.

Luther solo lo llamaba Madigan cuando estaba realmente enfadado.

—De acuerdo, Malone. Lo dejaré por algunos días —no estaba teniendo mucha suerte, de todas formas—. Pero si no encuentras algo pronto...

—Lo haré —lo interrumpió Luther. Su expresión se suavizó un poco—. ¿Sabes?, me han dado el visto bueno para ponerle seguridad a Grace. No hay razón para que lo dejes todo y le hagas de guardaespaldas mientras dure esto.

—Está bien —Ray miró otra vez a Grace. Parecía que iba a quedarse dormida allí mismo, contra la farola. Estaba completamente relajada, tranquila y seductora con su vestido rojo, en medio del círculo de luz. Delicada y elegante, fuerte e inteligente, era todo lo que un hombre podía desear en una mujer. Después de todo lo que había pasado, ¿cómo podía estar tan seductora?

Si fuera listo, aceptaría la oferta de Luther y dejaría a Grace en sus manos. Así dejaría de desearla y de sufrir sabiendo que no podía tenerla; no habría más momentos de debilidad en los que pensaba que era su mujer y siempre lo sería; ni más noches pasadas en vela pensando que Grace ya no era suya.

Pero no era tan listo.

—He traspasado un par de casos que no podían esperar, y el resto los he dejado en suspenso. Ahora no puedo apartarme de Grace.

—Ella ya no es tu mujer, ni tu responsabilidad —dijo Luther—. Esto te va a traer problemas, lo sé, puedo sentirlo en los huesos.

—Tú y tus huesos —dijo Ray con una sonrisa. Por desgracia, los presentimientos de Luther solían cumplirse. Grace era un problema, pero aun así, no podía apartarse de ella mientras lo necesitara—. Estaré bien.

—Espero que tengas razón —gruñó Luther.

El coche dobló lentamente la esquina. A Ray le llamó la atención que llevara los faros apagados. Algún borracho intentando encontrar el camino a casa un viernes por la noche, pensó. ¿No?

El corazón le dio un vuelco. El vello de la nuca se le erizó cuando el

coche negro se detuvo en medio de la calle. El motor rugió una vez y el coche empezó a avanzar.

Lentamente, al principio; luego, un poco más deprisa. De pronto, cambió de dirección y el morro apuntó directamente hacia la farola.

Ray echó a correr a toda velocidad.

—¡Grace!

Al oír su voz, ella abrió los ojos y le sonrió, soñolienta. Su sonrisa se desvaneció cuando vio que Ray echaba mano a su pistolera y sacaba el arma.

Grace oyó el rugido del motor y, al girarse, vio el coche que se dirigía directamente hacia ella, ganando velocidad. Volando hacia ella. Se apartó un instante antes de que el parachoques golpeará la farola con el estruendo del metal contra una columna de cemento. A un paso de ser atropellada, Grace cayó a la acera y rodó por el suelo. El coche giró bruscamente, golpeó la farola con la parte de atrás y se alejó a toda velocidad.

Ray disparó a las ruedas traseras, pero falló. Luther hizo lo mismo. Del Centro Cívico salieron algunas personas atraídas por el estruendo. Luther y Ray bajaron las armas, temiendo herirlos. Al cabo de unos segundos, el coche había desaparecido.

Y Ray estaba temblando.

Guardó la pistola y se arrodilló junto a Grace. Esta tenía un corte en el brazo, el pelo revuelto sobre la cara y el vestido rasgado por un lado. Y temblaba tanto como Ray. Más aún.

—¿Estás bien? —preguntó Ray, apartándole el pelo de la cara.

Ella asintió lentamente.

—Creo que sí.

Luther se acercó a ellos mientras hablaba con comisaría por el teléfono móvil.

Cortó la comunicación y se agachó junto a Grace.

—Te ha pasado muy cerca.

—¿Muy cerca? —dijo Ray, furioso—. Ha estado a punto de atropellarla. El muy canalla nos estaba esperando.

—Podría ser un borracho —dijo Luther—, o algún chico haciendo carreras que ha perdido el control, o...

—Era él —dijo Grace, mirando directamente a Ray—. Le he visto la cara. Solo un segundo. Estaba un poco cambiado, pero era él. Me miraba fijamente. Si no hubiera chocado con la farola, me habría atropellado en la acera, estoy segura.

—Ya estamos buscando el coche —dijo Luther, sin molestarse en discutir con ella—. Lo encontraremos.

—Lo encontraréis mañana —dijo Ray, ayudando a levantarse a Grace—. Encontraréis un coche robado, sin ninguna huella.

—¿Por qué estás tan seguro?

Maldición, no quería escuchar más necedades de Luther. Le bullía la sangre y el corazón le latía tan fuerte que podía oírlo.

—Porque ese tipo es un profesional —dijo—. Probablemente, ya se habrá deshecho del coche.

—Pero...

—Esta noche no, Malone —dijo Ray, llevando a Grace hacia el aparcamiento—.

Hablaremos mañana. Voy a sacar a Grace de aquí.

Freddie aparcó frente a un bar, se recostó en el asiento y respiró hondo, intentando calmarse. De nuevo había fracasado. El atropello podía haber pasado por un accidente. Pero había fallado y la mujer lo había visto. Se habían mirado un instante y había visto un destello de reconocimiento en los ojos de la mujer.

Pero verla allí de pie, sola e indefensa, había sido una tentación demasiado fuerte.

En fin, la atraparía otro día.

El trabajo había sido un desastre de principio a fin. La mujer le había visto la cara y de alguna forma había conseguido identificarlo. El cuerpo había aparecido demasiado pronto. Su fotografía estaba en todos los medios. Mala suerte. Muy mala suerte.

Además, había otro problema. No se fiaba del cliente. Si lo interrogaban, sin duda se derrumbaría. Y sabía demasiado.

Los mataría a los dos y saldría de la ciudad. A la testigo y al cliente. No podía hacer otra cosa.

Salió del coche y se alisó la chaqueta. Había vuelto a cambiar de aspecto. Ahora llevaba el pelo negro y los ojos azules. Los postizos que se había puesto entre los dientes inferiores y las mejillas transformaban la forma de su cara. El traje caro y el diamante en la oreja izquierda le daban un aire arrogante.

Le disgustaba que todo hubiera salido tan mal. Pero, sobre todo, lamentaba haberse visto forzado a matar a Gillian. Gillian era divertida. Le

gustaba de veras.

El bar estaba bastante oscuro y la música demasiado alta. *Rock and roll*. Observó a la multitud hasta que sus ojos se posaron en una mujer sentada junto a la barra. Era atractiva, pero no guapa. Menuda y bien formada, tal vez un poco más gruesa de lo que mandaban los cánones, pero de aspecto agradable. Llevaba el pelo castaño oscuro peinado desmañadamente, y su ropa era demasiado sobria para aquel ambiente.

Freddie la observó durante unos minutos desde un rincón en sombras. Ella cambiaba constantemente de postura y miraba nerviosamente a su alrededor como un cachorro perdido. Nadie se sentaba con ella. Sí, estaba sola.

La mujer estaba recogiendo su bolso de la barra cuando Freddie se le acercó.

—¿Se va? —le preguntó, sonriendo.

—Sí, creo que sí —dijo ella con suavidad.

Freddie le dirigió su sonrisa más encantadora.

—Pero yo acabo de llegar.

Ella volvió a sentarse y a dejar el bolso.

—¿Viene a menudo por aquí? —inmediatamente, se puso colorada—. Oh, eso suena fatal, da la impresión de que quiero ligar —volvió a ponerse colorada.

Él no hizo caso de su azoramiento.

—Nunca había estado aquí.

—Yo tampoco —suspiró ella—. Y no debería haber venido. Yo no soy... muy buena en esto —dijo ella con desaliento.

Freddie ladeó la cabeza.

—¿Muy buena en qué?

Ella sonrió.

—En relacionarme con la gente. Soy más bien solitaria. Ahora mismo preferiría estar en casa con un buen libro.

Ah, pero no estaba en casa con un buen libro, ¿verdad? Había salido a buscar algo. Diversión, tal vez. Una pasión por descubrir.

—Música suave —añadió él—. Tal vez un fuego en la chimenea, si la noche es fría... —ella sonrió más ampliamente, con los ojos brillantes—. ¿Puedo invitarla a una copa?

—¿Por qué no?

—Me llamo Hank —dijo él, ofreciéndole la mano.

—Jenny.

Freddie retuvo su mano un momento, mirándola intensamente a los ojos. La atractiva Jenny prácticamente se derritió en sus manos. Se humedeció los labios con nerviosismo y, a juzgar por el brillo de sus ojos, olvidó la idea de pasar una aburrida velada sola junto al fuego.

Los hoteles eran demasiado peligrosos, y Freddie necesitaba un lugar seguro y tranquilo donde esconderse. Si Jenny no tenía casa propia, buscaría a otra que la tuviera.

Capítulo 14

Grace estaba sentada en el borde del sofá de la sala de su suite. No podía dejar de temblar. Llevaba sentada allí varios minutos, procurando recobrase mientras Ray inspeccionaba las habitaciones.

Potts había intentado atropellarla y, si Ray no hubiera gritado su nombre, si no hubiera visto el coche y corrido hacia ella... Cerró los ojos. Aún podía oír el rugido del motor, aún podía ver la cara impassible de Potts detrás del volante.

Ray se acercó con una toallita húmeda en la mano y se sentó junto a ella. La echó hacia atrás, haciendo que se relajara contra el respaldo del sofá. Se había desatado la corbata de modo que le colgaba, suelta, alrededor del cuello, y se había desabrochado el botón superior de la camisa. Pero no parecía del todo relajado.

Estaba tan tenso que Grace podía notar la tensión en su cuello y en la expresión de su boca.

—No deberías llorar —musitó Ray, limpiándole suavemente las mejillas con el paño húmedo.

—No estoy llorando —dijo ella, y luego sollozó una vez mientras él limpiaba las huellas de las lágrimas.

—Ya lo sé —dijo, dándole la razón a pesar de todo. Le acercó el paño al brazo arañado y empezó a limpiarle la herida con sumo cuidado—. ¿Escuece?

—Un poco —admitió ella.

Observó el suave movimiento de la mano de Ray sobre su brazo: la forma en que sus largos dedos contrastaban, morenos, sobre el paño blanco, y la forma en que las puntas de esos dedos acariciaban su brazo desnudo. Una mano tan grande, fuerte y masculina no debía ser tan tierna. Su sencilla caricia no debía ser tan deliciosa. Y

ella no debía desearla tanto.

—Pensaba que se habría ido —musitó—. Que habría vuelto a Nueva York, a Chicago, a Miami o adondequiera que vayan los matones cuando no están trabajando. Ridículo, ¿no? Por lo que sabemos, ese tipo no cesa nunca.

—Yo también confiaba en que su hubiera ido —dijo Ray en voz baja mientras pasaba las manos por los brazos de Grace, buscando arañazos y heridas.

Ella sacudió la cabeza lentamente.

—Hacer de detective empezaba a ser divertido. Como un juego. Pero Potts ha estado aquí todo el tiempo, acechando y esperando su oportunidad.

—Cuando le ponga las manos encima deseará no haber pisado nunca esta ciudad —gruñó Ray.

—Mantente alejado de él —rogó ella—. Deja que Luther y el FBI se encarguen de esto.

—Yo no huyo de los problemas, Gracie.

No dijo «como tú», pero ella comprendió lo que quería decir.

—Eso no significa que tengas que lanzarte de cabeza a ellos.

Ray alzó la vista y la miró.

—No vamos a hablar más de esto por esta noche.

Ella asintió.

Ray dejó el paño sobre una mesa baja.

—¿Estás mejor? —le preguntó.

—Sí.

Él tomó la cara de Grace entre las manos y buscó sus ojos.

—Me has dado un susto de muerte.

—Lo sé —musitó ella.

—Cuando vi que el coche iba directo hacia ti... —sacudió la cabeza—.

Fue como si toda mi vida pasara ante mis ojos en un instante.

Ella asintió.

Ray se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Pero estás bien —murmuró.

—Sí.

Él la besó en la otra mejilla.

—Ojalá dejaras de temblar.

—Ojalá.

Ray se inclinó hacia delante y la besó tiernamente en la frente. Luego cerró los ojos y apoyó la frente contra la de ella.

—Ahora estás a salvo.

—Lo sé —Grace puso las palmas de las manos sobre las mejillas de Ray y acarició su piel, áspera por un principio de barba. A pesar de su dureza, él parecía necesitar consuelo tanto como ella.

—No permitiré que nadie te haga daño.

—Lo sé —Grace lo besó en la boca suave y brevemente.

Ray apretó la cabeza de Grace contra su hombro, se echó hacia atrás y se relajó, abrazándola fuerte. Ella se acurrucó en su pecho, buscando la tibieza y

el solaz de su abrazo. Ray la protegía, su calor espantaba el frío que se había apoderado de su ser por completo. No se había dado cuenta del frío que tenía hasta que la cercanía de Ray la envolvió en un dulce calor, y, poco a poco, el temblor y el miedo se desvanecieron.

Se quedaron inmóviles durante un rato. Era como si solo respiraran, tal era la quietud. Y en aquel silencio, de alguna forma, se fundieron completamente el uno en el otro, y el mundo se convirtió en un lugar más habitable.

Cuando Ray se movió, fue para acariciar el pelo de Grace. Una a una, le quitó las horquillas que le sujetaban el moño. Después, la peinó suavemente con los dedos.

Sin decir una palabra, le besó la cabeza y respiró hondo.

Grace sintió que Ray se relajaba, al fin. Alzó la cabeza y lo miró. Al ver su rostro, atractivo y fuerte, se le encogió el corazón. Las arrugas de sus ojos se habían hecho más profundas y su mandíbula estaba tensa.

Mientras ella estudiaba su cara, Ray no dijo nada. Ni una palabra. Al cabo de un rato, él empezó a darle pequeños besos en las mejillas, en la frente, en el cuello. Sus besos eran suaves, dolorosamente tiernos, pero ella todavía veía la angustia en sus ojos. La sentía en la forma en que la abrazaba.

Grace le acarició el pelo suavemente.

—Todo va bien —musitó—. Yo estoy bien. Tú también. Nada más nos importa.

Él no pareció creerla. Para intentar tranquilizarlo, Grace lo besó en la mejilla, saboreando la salobridad de su piel. Le acarició el cuello con los dedos y lo besó en la otra mejilla. Por un instante se perdió en su olor, en la tibieza, la fragancia y el sabor de su piel.

Ray continuó acariciándole el pelo y repitió las palabras de Grace.

—Todo va bien —musitó—. Todo va bien.

Pero aquellas palabras no bastaban. Ray la estrechó con fuerza y ella le dio un largo beso en el cuello, lamiéndole suavemente. El olor de su piel y la sensación de su carne contra su boca la dejaron sobrecogida. Se sintió desfallecida, como si su miedo se hubiera derretido al calor del abrazo de Ray.

Él la acarició lentamente. ¿Cómo unas manos tan grandes y fuertes podían ser tan tiernas? Mientras la acariciaba, sus besos se hicieron más duros, más rápidos, casi frenéticos, hasta que Grace apenas pudo respirar.

Ella lo miró a los ojos.

—Todo va bien.

Cuando sus bocas se encontraron de nuevo, todo cambió. Todo se hizo más lento, más profundo. Grace sintió a Ray no solo sobre su piel, sino en el centro de su alma; lo saboreó y lo paladeó tan completamente que se olvidó de todo lo demás. Su cuerpo y su corazón palpitaban al unísono.

Ray la abrazó más fuerte, pero con suavidad, como si temiera que fuera a romperse si la apretaba demasiado.

El beso siguió y siguió, como si creyeran que romperlo fuera el peor de los pecados. Aquel era el único consuelo que Grace necesitaba. La boca de Ray era tierna un momento y exigente al siguiente, su lengua se abría paso y, luego, muy suavemente, lamía el labio inferior de Grace.

Ella lo rodeó con los brazos y se echó hacia atrás, apoyando la cabeza contra el brazo del sillón, arrastrándolo con ella. Sus bocas no llegaron a separarse completamente, aunque a veces parecía que apenas se tocaban.

Grace se estiró bajo él, lánguida y excitada a un tiempo, amoldándose al cuerpo de Ray poco a poco. Él encontró la cremallera lateral del vestido y la bajó muy despacio, sin romper el beso. Luego, deslizó una mano por la abertura para tocar suavemente su costado. La suave caricia hizo estremecerse a Grace. Él dejó la mano quieta un momento y después la deslizó hacia abajo por el costado de Grace, sobre su cadera, hasta tocar su nalga y acariciarla con suavidad.

Ella, ardiendo, empezó a temblar otra vez. De deseo esa vez, no de miedo. La respuesta de Ray era evidente en la erección que presionaba contra su muslo. Saber que él la deseaba, la hacía sentirse mejor. Ray todavía sentía algo por ella, aunque no quisiera admitirlo. Algo más fuerte de lo que ambos se atrevían a admitir.

Él le bajó las hombreras del vestido y le hizo bajar los brazos, con los que le rodeaba el cuello, para sacarle los finos tirantes. Luego volvió a colocarle los brazos en su posición original. Moviéndose casi con indolencia, Ray le bajó el vestido para desnudarle los pechos. Lánguidamente, le acarició los pezones mientras la besaba.

Grace lo deseaba dolorosamente. La mujer que había en ella anhelaba todo aquello: el peso, el calor y la fuerza de Ray sobre ella, tocándola, envolviéndola.

Cobijándola por completo, haciéndole promesas con el cuerpo que nunca le haría con el corazón y la cabeza.

Grace se aferró a la camisa de Ray, atrayéndolo hacia sí. Necesitaba

amarrarse a él contra las sensaciones que la arrastraban.

Cuando él deslizó la mano bajo el vestido, ella abrió los muslos y lo besó más profundamente. Un gemido se escapó de su garganta. Lo abrazó más fuerte y alzó ligeramente las caderas sobre el sofá. Ray, impaciente, le subió el vestido por encima de los muslos para que pudiera abrirse completamente para él.

Ray la tocó allí donde ya estaba húmeda y Grace no pudo contener el gemido que pugnaba por salir de su garganta. Un profundo temblor sacudió su cuerpo.

Mientras la acariciaba con insistencia, Ray le hundió la lengua en la boca.

Por encima de sus jadeos entremezclados y del latido de su corazón, Grace oyó el ruido de una cremallera, el suave roce de la tela.

Y al cabo de un instante, Ray la penetró. Ella le rodeó las caderas con las piernas para atraerlo más profundamente hacia su cuerpo, sacudiéndose contra él.

Ray rompió el beso con un leve gruñido y Grace echó la cabeza hacia atrás. Su carne se estremeció de la cabeza a los pies, su cuerpo se movió instintivamente contra el de Ray, amándolo. Necesitándolo. Cada embestida de Ray la arrastraba un poco más lejos que la anterior, la alzaba un poco más arriba.

Él se movió dentro de ella con fuerza, cada vez más rápido, una y otra vez, hasta que Grace alcanzó un clímax que la hizo sacudirse hasta lo más hondo.

Jadeando su nombre suavemente, ella sintió la culminación de Ray.

«Te quiero». Grace no podía decirle eso, no podía confesarle sus sentimientos y arruinarlo todo. «Siempre te he querido». Ray no iba a quedarse, y ella no tenía derecho a intentar retenerlo. Él decía que era solo sexo y, si eso era lo único que quería, Grace se lo daría. Pero, en el fondo, sabía que lo que había entre ellos era mucho más que sexo.

Ray descansó la cabeza sobre su hombro y Grace hundió los dedos en su pelo, abrazándolo.

Tras el ardor del encuentro, empezó a notar ciertas cosas. El sofá no era lo bastante grande para los dos. Tenía el vestido arrugado alrededor de la cintura. Ray estaba más vestido que desvestido; en realidad, todavía llevaba la cartuchera y la pistola y la mayor parte de su esmoquin alquilado. Deberían haber estado incómodos, pero no había sido así.

Él alzó la cabeza y la miró. Ray Madigan, que siempre sonreía, que nunca se tomaba nada en serio, no tenía ni una pizca de humor en la mirada en ese momento.

La besó un instante, suavemente, y luego le apartó el pelo de la cara, miró hacia abajo, hacia sus cuerpos todavía unidos y musitó: —Te necesito muchísimo, Gracie.

Ella agarró las solapas de su blanca chaqueta de esmoquin y lo apretó más fuerte. No apartó los ojos ni las manos, ni la pierna que rodeaba la de él y que lo mantenía dentro de ella. Lo miró intensamente a los ojos y le dijo con todo su corazón:

—Duerme conmigo, Ray. Abrázame toda la noche. Hazme el amor otra vez.

Él respondió con otro beso apasionado.

La despertó el movimiento de la cama y, al principio, pensó que era un sueño.

Pero cuando notó que Ray se deslizaba con cuidado bajo la sábana, sonrió. No, no era un sueño.

Se dio la vuelta y le pasó un brazo sobre el pecho.

—¿No puedes dormir? —murmuró.

—No —contestó él en voz baja—. No quería despertarte —la rodeó con los brazos y Grace descansó la cabeza sobre su hombro.

—Qué bien. Me encanta estar así.

Aquello era real. No era un sueño en absoluto.

Grace le acarició el pecho y rozó con los dedos el borde de una cicatriz. Durante la semana anterior había visto las cicatrices, las había tocado, pero había hecho lo posible por no prestarles atención. Las cicatrices le recordaban por qué lo había abandonado seis años atrás. Y por qué, al final, él la dejaría a ella.

Grace deseaba más que nada en el mundo reparar el daño que le había hecho.

Quería curar la herida, intentar hacerlo comprender. Lo que ocurriera después, sería decisión de Ray.

—Después de mudarme a Chattanooga, solía soñar que te metías en la cama conmigo. A veces, la sensación era tan real que me despertaba y, durante un instante, esperaba encontrarte a mi lado —él no dijo nada—. Me encantaba esa sensación — musitó ella—. El movimiento de la cama, el suave roce de tu

cuerpo deslizándose bajo la sábana... Creía que estábamos juntos y a salvo, y eso era lo único que me importaba —él empezó a acariciarle el pelo—. Supongo que te parecerá una tontería.

—No —dijo él.

Pero Grace no lo creyó. Se sentó y estiró un brazo para encender la luz. Ray parpadeó y mantuvo los ojos cerrados un momento antes de abrirlos otra vez.

Ella estaba mirando las cicatrices de su pecho: la que había justo en el centro, que casi lo había matado, y la más pequeña y menos peligrosa del hombro izquierdo.

Tocó esta última, dejando los dedos un momento sobre la carne herida.

—¿Te duele alguna vez? —susurró.

—A veces —admitió él—. Pero no mucho y no muy a menudo.

Ella le cubrió la cicatriz del centro del pecho con la palma de la mano.

—A mí también me duele —dijo Grace. Su mano se deslizó hasta el costado de Ray, hasta una cicatriz más reciente que había tocado más de una vez. Era larga y estrecha. No parecía una herida de bala—. ¿Qué te pasó aquí?

—Un navajazo —dijo él con sencillez.

Grace sintió un nudo en el estómago. Alzó la cabeza y lo miró a los ojos, preguntándole en silencio.

—Hubo una pelea —dijo Ray en voz baja y dura, con los ojos clavados en los de Grace—. Un chico medio loco se abalanzó sobre Luther y sacó una navaja de no sé dónde. Supongo que podía haberle disparado en lugar de intentar quitarle el cuchillo, pero como apenas tenía quince años, no tuve valor.

Grace deslizó la sábana hacia abajo, descubriendo poco a poco el cuerpo duro y musculoso de Ray hasta que encontró la cicatriz de su muslo: un pequeño recordatorio de la segunda vez que le habían disparado. Sin reservas, puso la mano sobre ella. Algo más abajo, en la misma pierna, había otra cicatriz alargada y casi imperceptible.

—¿Y esta?

—Me rocé con el asfalto. Un tipo intentó tirarme de un coche en marcha.

—¿Y qué hiciste? —a Grace volvió a encogersele el estómago—. ¿Agarrarte al salpicadero?

Ray se encogió de hombros.

—Pues sí.

Había otras cicatrices más pequeñas por las que no le preguntó. Ahora

que conocía la razón por la que Ray se sentía obligado a arriesgar su vida, la razón de su guerra particular, lo comprendía mejor. Un poco. Ray tenía buen corazón. Se había pasado toda su vida adulta vengando la muerte de su hermana. Grace lo sabía, pero eso no hacía que el dolor fuera más fácil de soportar.

Deseaba intentar explicárselo otra vez, hacerle entender por qué lo había abandonado... pero sería una pérdida de tiempo y no quería estropear la noche. Sin embargo, seguramente no había nada de malo en decirle que tuviera cuidado.

—Cuando te vayas a Mobile, ten mucho cuidado —dijo, mirando la cicatriz de su muslo—. Odio pensar que... —se le quebró la voz y se detuvo.

Si Ray le pedía en ese preciso instante que fuera a Mobile con él, le diría que sí.

Pero eso sería un error. Un gran error. No estaba segura de poder soportar la incertidumbre mejor que seis años atrás. Quería a Ray, lo necesitaba, pero no intentaría que aquello funcionara para luego abandonarlo y hacerle daño nuevamente. Esta vez, tendría que ser él quien la dejara a ella.

Ray la tomó de la barbilla y le dio un beso. Harían el amor otra vez, Grace lo sabía, y no hablarían más de Mobile, ni de las cicatrices, ni de sus sueños. Aquello era lo único que habría entre ellos y ella lo aceptaría, ávidamente.

Ray le había hecho el amor otra vez, lenta y suavemente, con la luz brillando sobre la cara y el cuerpo de Grace. Al cabo de un rato, ella se había quedado dormida con la cabeza apoyada sobre su pecho y la mano sobre la cicatriz de su hombro.

Dormía como si nada en el mundo la preocupara. Y Ray se preguntaba si él alguna vez podría volver a conciliar el sueño.

Siempre había pensado que Grace lo había abandonado porque ya no lo quería; que la excusa del trabajo era solo eso: una excusa. Se lo había repetido una y otra vez, alimentando la cólera que tan bien ocultaba. La cólera que le había impedido hundirse después de que ella se fuera.

Pero esa noche había visto el dolor en los ojos de Grace mientras le tocaba las cicatrices, había sentido la desesperación en su voz al pedirle, titubeando, que tuviera cuidado cuando se fuera a Mobile. No le había pedido que no se marchara, no le había dicho que estaba loco por querer hacerlo. No lo había amenazado con odiarlo si se marchaba, o con abandonarlo si no

cambiaba de idea. Solo le había pedido que tuviera cuidado.

Habría sido más fácil si le hubiera hecho exigencias, si le hubiera lanzado un ultimátum. Él sabía tratar con exigencias y ultimátums. Pero no estaba seguro de saber tratar con aquello.

Grace no lo había abandonado porque ya no lo quisiera. Lo había abandonado porque lo quería demasiado. Ray había visto la verdad en sus ojos, y Grace había puesto con cautela las manos sobre sus cicatrices y le había pedido que tuviera cuidado. Esa revelación no debía suponer ninguna diferencia después de tanto tiempo, pero lo cierto era que lo cambiaba todo. Lo cambiaba todo.

*

Con una mano enguantada, Freddie llamó sonoramente a la puerta. Era sábado por la mañana, muy temprano, y no tenía un momento que perder. Le había prometido a una Jenny soñolienta que volvería enseguida con el desayuno.

Al abrir la puerta, el cliente lo miró con espanto y retrocedió, tropezándose con sus propios pies.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías haber salido de la ciudad? —miró hacia la calle desierta—. ¿Te ha visto alguien?

El hombre tenía un aspecto ridículo con su pijama de seda.

—No me ha visto nadie, y estaría muy lejos de aquí si no se hubiera complicado todo —dijo Freddie tranquilamente, entrando en la casa y cerrando la puerta tras de sí—. Todavía tengo que encargarme de la testigo. La mujer que me vio.

—Pues encárgate de ella —siseó el hombre—. ¿Por qué has venido? ¿Quieres más dinero? Olvídalo. Tú has sido quien ha complicado las cosas, así que apáñatelas como puedas.

Freddie echó un vistazo a la remilgada y anodina casa. Los muebles carecían de gracia, las paredes estaban desnudas. Era una casa sin alma. Nadie echaría de menos a aquel hombre. Era un cobarde que pagaba a otros para hacer el trabajo sucio. Una comadreja, según Freddie. Si los polis daban con él, cantarían en un abrir y cerrar de ojos.

No sentía ningún respeto por su cliente. En realidad, no sentía respeto por ninguno de sus clientes, salvo, de vez en cuando, por alguna mujer en apuros. Como Martha, cuyo nombre llevaba tatuado en el bíceps, pensó con fugaz

ternura.

—Yo siempre me ocupo de mis asuntos —dijo suavemente—. No se me paga para dejar cabos sueltos.

El hombre no llegó a saber qué lo golpeaba. Freddie solucionó su problema y salió de la casa, quitándose los guantes solo cuando estuvo detrás del volante del coche de Jenny.

Le apetecían mucho un par de hojaldres de salchicha.

A Grace la despertó un sonido inesperado: Ray estaba cantando en la ducha.

Sonrió al levantar la cabeza de la almohada. No conocía aquella canción en particular, pero era graciosa y alegre y, sin duda, de Lyle Lovett.

Ray había dicho que ya no cantaba en la ducha, que era una manía de la que se había librado. Grace se preguntó si sería cierto o si, tal vez, solo cantaba cuanto estaba con ella. La idea la reconfortó. Ray cantaba solo por ella, por ellos, y probablemente ni siquiera lo sabía.

¿Lo hacía ella feliz? ¿Liberaba algo dentro de su espíritu?

Grace se deslizó fuera de la cama y se acercó al cuarto de baño. Se quedó de pie, sin hacer ruido, en el cuarto lleno de vapor, escuchando. Siempre recordaría ese momento. Sonrió, escuchando la letra de la canción, y finalmente se echó a reír a carcajadas y abrió la puerta de la ducha.

—Esa es nueva —dijo.

Ray se giró, sorprendido, para mirarla. Estaba muy guapo: mojado, musculoso y lleno de jabón. El agua corría por su cara y su cuerpo. Cielos, Grace conocía cada centímetro de ese cuerpo. Cada cicatriz, cada punto sensible.

Él esbozó una sonrisa, mirándola con innegable pasión. Ese día, Grace era suya.

El mañana podía esperar.

—No, no es nueva —dijo con una sonrisa—. Pero seguramente nunca le prestaste atención.

—Lo siento.

Sin pensárselo dos veces, Grace se metió en la ducha, bajo la fina nube de gotas pulverizadas. Se acercó tanto a él que sus cuerpos se rozaron. Una lluvia de agua tibia cayó sobre su cara y mojó su pelo. Grace le dio un dulce beso de buenos días.

Solo tocarle, estar allí con él, la excitó de nuevo enseguida.

Ray la rodeó con los brazos y le acarició la espalda.

—¿Has venido a frotarme por detrás? —preguntó él. Grace negó con la cabeza y lo besó delicadamente en el pecho—. ¿Por delante, entonces? —añadió Ray, alzando las cejas.

Ella se puso de puntillas, le echó los brazos al cuello y, sonriendo, contestó: —Tal vez.

Capítulo 15

—Quizá nos hayamos equivocado del todo —dijo Grace, soñolienta, recostándose en el sofá en el que habían hecho el amor la noche anterior. Llevaba puesta una camiseta de Ray, unos pantalones cortos que dejaban ver sus bonitas piernas y un par de calcetines blancos para mantener los pies calientes. Y estaba tan guapa con aquella indumentaria como con su elegante vestido rojo.

—¿Y qué crees que hemos hecho mal? —Ray estaba apoyado contra la barra, bebiendo una taza de café amargo y procurando mantener una actitud despreocupada. Pero, en realidad, tenía los nervios a flor de piel y el aire crepitaba a su alrededor. Algo había cambiado la noche anterior. Grace se le había entregado como si los seis años anteriores no hubieran pasado. Como si todavía lo quisiera.

—No creo que Louise esté implicada —Grace se acarició la barbilla, pensativa—. Dijo que su matrimonio había acabado hacía años y, sin embargo, ninguno de los dos hizo intento de divorciarse. ¿Por qué? Quiero decir que si Louise hubiera querido dejar a su marido, lo habría hecho. Puede que no sea tan dura como pensaba, pero es una mujer fuerte. No creo que hubiera soportado que Carter la hiciera sufrir sin hacer algo —se puso los brazos detrás de la cabeza.

Mirándola, Ray sonrió. Grace lo conmovía como ninguna otra mujer podía hacerlo.

—Quizá no se divorciaron porque les gustaban las cosas tal y como estaban.

—Exactamente —ella se sentó y lo miró fijamente—. Está claro que había mucho dinero en juego.

—Algunas personas nunca tienen bastante —dijo él, sacudiendo la cabeza—.

No pueden soportar la idea de quedarse sin un céntimo.

—Pero el divorcio los habría dejado a los dos muy bien situados, y si eran infelices... —entrecerró los ojos—. Claro que quizá no eran tan infelices. Quizá solo eran... acomodadizos.

Ray se encogió de hombros y dejó a un lado la taza de café.

—Carter tenía sus líos y Louise, los suyos. Eran bastante discretos, de modo que podían tener aventuras cuando les apetecía y, al mismo tiempo,

conservar el prestigio, el dinero y la posición social que habían conseguido.

Grace asintió.

—Y si algún amante se ponía pesado, el matrimonio era una forma rápida de ponerle fin al asunto. Lo siento, cariño, me lo paso muy bien contigo, pero tengo una mujer esperándome en casa...

—O un marido —dijo Ray.

—O un marido.

Ray empezó a pasear por la habitación. Quizá Grace tuviera razón.

—De modo que todo iba sobre ruedas hasta que apareció Heather y amenazó con romper el acuerdo. El asunto se puso demasiado serio. Carter iba a dejar a Louise por ella —sus ojos se posaron en una pensativa Grace. Hablar con ella sobre el matrimonio y el divorcio de otras personas le hacía recordar, sin quererlo, el suyo propio. Tal vez su matrimonio no había funcionado, tal vez lo habían estropeado todo. Pero nunca la había engañado, y estaba seguro de que Grace a él tampoco. Si tenían razón en cuanto a la situación de los Lanford... Diablos, aquello no era un verdadero matrimonio.

—¿Pero iba a dejar a Louise en realidad? —preguntó Grace suavemente, pensando en voz alta—. Eso es lo que dice Heather. Nadie más ha mencionado nada sobre un posible divorcio.

—Cierto —dijo Ray—. Además, si el propósito del asesinato era ponerle fin a una aventura demasiado seria, Heather habría sido el objetivo evidente. Su muerte habría levantado mucha menos expectación que la de Lanford y habría puesto fin a la historia de una vez por todas.

—Así que no fue Louise —dijo Grace. Parecía casi aliviada.

Ray se paró delante del sofá donde Grace estaba recostada, y la miró.

—¿Y Reed?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo creo. Su asunto con Louise acabó hace mucho tiempo. Heather dijo que seguían viéndose, pero creo que habían acabado para siempre. Puede que Reed se sintiera un poco dolido porque la relación hubiera acabado, pero de ahí a asesinar...

Además, no tiene sentido. Aunque acabara con Carter, eso no significaba que Louise fuera a volver con él. ¿Qué conseguiría matándolo? —extendiendo la mano espontáneamente, Grace le tocó la pierna. Su gesto no era sexual. Solo buscaba el acercamiento. Era un gesto trivial e íntimo. A Ray le gustó. Le gustó demasiado—.

Además —continuó ella—, un ayudante del fiscal del distrito no gana

mucho dinero.

Su familia tiene una gran fortuna, pero me da la impresión de que Elliott tiene que dar explicaciones por cada céntimo que gasta. ¿Y desde cuando los asesinos a sueldo aceptan recibos?

Ray sonrió.

—De acuerdo, Sherlock. ¿Qué me dices de McCann?

Ella meneó la cabeza y le pasó la mano desde el muslo a la rodilla.

—Desde luego, creo que Ben podría matar por amor. Tiene esa especie de fiera pasión en la mirada.

—¿Fiera pasión? —repitió Ray. No le hacía mucha gracia que a Grace le gustara tanto McCann.

Ella no se explicó.

—Pero no contrataría a alguien. Si hubiera querido matar a Carter, lo habría hecho él mismo.

—Eso vuelve a llevarnos a Heather —dijo Ray—. Quizá las cosas le iban mal con Carter y nadie lo sabía, salvo ellos dos. Una mujer despechada es capaz de todo.

Grace volvió a menear la cabeza.

—No. No creo. Pero, aunque así fuera, ella pierde demasiado al deshacerse de Carter. Le habría salido más rentable chantajearlo. Louise sabía lo que estaba pasando, pero si Heather hacía pública su aventura, les hubiera hecho daño a los dos.

Lo que decía tenía sentido, y Ray confiaba en su instinto. Grace conocía muy bien a la gente.

—Entonces ¿quién? —Ray se sentó junto a ella y le pasó el brazo por el hombro.

Recostándose contra él, Grace continuó su razonamiento.

—A menos que haya algún ingrediente que no conocemos, como algún negocio sucio o un ajuste de cuentas... —cerró los ojos y se acomodó contra el costado de Ray como si estuviera dispuesta a olvidarse de Carter Lanford por completo—. Yo creo que Heather es la clave —añadió—. No lo hizo ella, pero tal vez sí alguien que se preocupa por ella. Alguien que la quiere, que odiaba ver cómo la manipulaban y que despreciaba lo bastante a Carter como para eliminarlo.

—Y esa persona estaría ahí para consolarla cuando Lanford desapareciera —dijo él.

—Tal vez.

Ray sabía sin ninguna duda que sería capaz de matar por Grace, si tenía que hacerlo. Ella era suya y haría cualquier cosa por protegerla. Así pues, ¿quién amaba a Heather de esa manera?

Solo se le ocurrió un nombre.

—Hatch —dijo en voz baja—. Christopher Hatcher. Va detrás de Heather como un perrito faldero, como un esclavo. En la oficina, anoche en el baile... Pero no tiene dinero para contratar a un profesional como Potts.

—¿Estás seguro?

Había demasiadas incógnitas. Heather podía tener una docena de admiradores secretos, un antiguo novio trastornado, un esqueleto en el armario...

—Puedo mencionárselo a Luther y hacer que lo investigue. Pero no veo claro lo del dinero. Hatch ocupa un puesto de bajo nivel en Lanford Systems. Es un técnico, no un ejecutivo. El dinero no le viene de ahí.

Grace suspiró con fastidio.

—Luther tardará una eternidad, si es que se molesta en comprobarlo —al cabo de un momento, una sonrisa afloró a su rostro.

Ray se acercó a ella hasta que quedaron con las narices pegadas.

—¿En qué estás pensando?

—¿Has traído tu ordenador portátil?

Grace comenzó buscando el nombre de Hatcher y enviando un correo electrónico a un par de hábiles *cyberamigos*. Nunca había visto a Badger y Crash en persona, no sabía sus verdaderos nombres y probablemente nunca los sabría, pero si se trataba de hacer algo imposible con un ordenador, eran sus mejores amigos. Ellos eran quienes le habían enseñado que, con el *software* adecuado, intuición y paciencia, uno podía encontrar cualquier cosa con un portátil y una línea telefónica.

Lo que vino después fue algo más complicado que buscar viejos artículos de periódico y le llevó algún tiempo. Grace debía entrar y salir tan rápido como le fuera posible, antes de que la detectaran. Entrando en el ordenador del despacho de Christopher Hatcher, pudo acceder a la información personal que este tenía almacenada en sus archivos. Para ser un experto en informática, Hatcher era increíblemente descuidado. Tal vez pensara que nadie era tan listo como para entrar en su sistema.

Cuanto más tiempo permanecía conectada, más posibilidades había de que Hatcher la detectara. Estaba dejando muchas huellas de su incursión. Justo cuando iba a salir, recibió un correo electrónico de Badger confirmándole lo

que ella ya había averiguado.

Grace había pasado más de un hora sentada con el ordenador en las rodillas, y Ray apenas se había movido. Se había quedado de pie, a su lado, y había paseado, inquieto, pero no la había perdido de vista en ningún momento.

—Bien, esto es lo que tenemos —dijo ella, mirándolo intensamente—. El padre de Hatch murió el año pasado, dejándole una sustanciosa herencia y la liquidación de un seguro de vida bastante decente. Todo fue a parar a su banco, donde permaneció intacto hasta hace... dos meses, cuando Hatch retiró una suma importante de dinero. Y la semana pasada volvió a retirar una cantidad idéntica.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Ray.

—Puedo asegurarte que Hatcher no tendría por qué seguir trabajando en Lanford —contestó Grace, apagando el ordenador.

—A menos que quisiera estar cerca de Heather —añadió Ray.

—Lo cual resultaría encantador si no hubiera contratado a Freddie Potts para matar a su competidor —dijo Grace.

—¿Cómo has averiguado todo eso?

Ella sonrió, contenta de haberlo impresionado.

—Los sistemas de Lanford son vulnerables. Me metí en el ordenador del despacho de Hatch, donde él, como un estúpido, había guardado un montón de información personal —se encogió de hombros—. Mi amigo Badger consiguió parte de la información sobre el seguro y la cuenta bancaria.

—Badger —masculló Ray. Cruzó los brazos y la miró—. Podrías haberme sido muy útil estos últimos años. Si alguna vez quieres trabajar de detective privado, llámame.

A Grace se le encogió el corazón. ¿De verdad había pensado alguna vez que ya no quería a Ray? ¿Que podía mirarlo y convencerse de que lo suyo había terminado para siempre? Trabajar con Ray le parecía fantástico, como un sueño hecho realidad, pero él se marcharía a Mobile en cuanto aquello acabara. ¿O no?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, sin responder a la sugerencia de Ray.

—Llamar a Luther.

—No puedes contarle a Luther que me he metido en el ordenador de Hatcher —dijo ella, horrorizada—. Le encantaría arrestarme y entregarme al FBI. Y desde luego no puedes hablarle de Badger.

Ray pareció completamente despreocupado.

—Le diré que tengo una corazonada y le dejaré que siga solo, a ver hasta dónde llega.

—Sabes perfectamente que no llegará a ninguna parte. Luther solo cree en sus propias corazonadas —arguyó ella. Además, no quería que la policía y el FBI se inmiscuyeran en aquello. Había muchas otras formas de explicar de dónde habían sacado la información.

—Lo hará —dijo Ray, aunque no parecía muy convencido—. Al final.

Grace se puso de pie y le echó los brazos al cuello. Se recostó contra su cuerpo y respiró hondo.

—Tengo una idea mejor.

La casa de Hatch no era ni de lejos tan ostentosa como la de Heather. Era una casita común y corriente en una calle más bien vulgar. El césped estaba meticulosamente segado, pero parecía que nadie se había molestado en intentar embellecer el pequeño jardín con flores o arbustos decorativos.

Ray miró a Grace y la vio estudiando la casa como si pudiera ver a través de las cortinas.

—Te estás convirtiendo en toda una detective —dijo, apagando el motor.

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—Solo quiero atrapar a Potts y ponerlo entre rejas. ¿Tú no?

—Claro —Ray abrió la puerta y salió. Grace esperó en el asiento del pasajero a que él le abriera la puerta.

Una vez que todo aquello hubiera pasado, Grace ya no correría peligro. Ya no lo necesitaría. ¿Qué ocurriría entonces? Él podría irse a Mobile y unirse al cuerpo de operaciones secretas de Stan, y Grace podría retomar su tranquila y sosegada existencia. Una existencia sin preocupaciones, sin riesgos, ni pasión. Y sin él. ¿Pero era eso lo que realmente quería?

Su conclusión de que Hatcher podía ser quien había contratado a Potts tenía visos de ser cierta. Y la sugerencia de Grace de que fueran ellos mismos a casa de Hatcher en lugar de llamar a Luther, no era propia de ella. Tal vez él estaba sacando a la luz el espíritu aventurero de Grace, hasta entonces oculto. O tal vez fuera simplemente que ella quería salir de la suite un rato. Quizá las paredes hubieran empezado a caérsele encima.

Ray pulsó el timbre y después llamó a la puerta con los nudillos. Nada.

—Puede que no esté en casa —dijo Grace en voz baja. La idea había sido suya, pero era evidente que empezaba a arrepentirse.

Ray sonrió.

—No hace falta que susurres.

Ella pareció ofenderse. Ray llamó al timbre otra vez. Nada.

Ray acercó el oído a la puerta.

—¿Oyes eso?

Grace contuvo el aliento.

—¿Qué? —susurró.

—Juraría que he oído a alguien decir «entren». ¿Tú no lo has oído? —ella sacudió la cabeza—. Ahí está otra vez —dijo Ray, bajando la voz—. ¿Tampoco lo has oído ahora?

Grace volvió a menear la cabeza.

—Pues claro que lo has oído —insistió él, mirándola intensamente a los ojos.

Ella empezó a negar con la cabeza otra vez y luego se detuvo y asintió.

—Ah.

Ray agarró el pomo de la puerta. Grace puso sus manos sobre las de él.

—Esto es allanamiento de morada —musitó.

—¿Y qué es un pequeño allanamiento de morada para un pirata informático como tú? —ella se sonrojó—. Además —añadió él, girando las manos lentamente—, la puerta está abierta. No creo que entrar sea un delito.

Grace se puso detrás de él y Ray entró en el pequeño vestíbulo y gritó: —¿Hola?

—No creo que esté aquí —susurró Grace, agarrándose al faldón de la chaqueta de Ray.

—Vamos a echar un vistazo —él entró en el cuarto de estar. Grace estaba pálida y miraba a su alrededor con ojos temerosos—. No toques nada.

De repente, Grace se quedó rearando algo fijamente, apretó con más fuerza la camisa de Ray y se llevó una mano a la boca. Ray giró la cabeza y contempló lo que había provocado aquella reacción.

Christopher Hatcher, convertido en un amasijo de sangre, huesos y seda verde, yacía sobre el suelo del cuarto de estar. Potts se había ido hacía rato. Grace escondió la cara contra la espalda de Ray y maldijo en voz baja, sollozando. Ray la llevó al vestíbulo, donde no podría ver el cuerpo de Hatcher.

Mientras la abrazaba, observó la puerta de la calle y el vestíbulo. En ninguna parte había signos de violencia.

—¿Qué hacemos ahora? —musitó Grace cuando recobró la compostura.

—Llamar a Luther.

—Nos arrestará —dijo ella—. Ahora no podemos decirle que Hatcher nos invitó a pasar, ¿no?

—No tenemos elección.

Fueron a la cocina y, usando un paño para preservar las posibles huellas que hubiera en el teléfono, Ray llamó a Luther a casa.

Lo encontró durmiendo.

—No me he acostado hasta la seis —gruñó Luther cuando estuvo lo bastante despejado como para darse cuenta de quién estaba al otro lado de la línea.

—Entonces, vuelve a dormirte —dijo Ray, cortante—. Llamaré a los federales para que se ocupen de la última víctima de Potts. Ya sabes, el que probablemente lo contrató para matar a Carter Lanford.

Luther se puso inmediatamente alerta.

—¿Dónde demonios estás?

Cuando volvieron a la suite y cerraron la puerta, Grace estaba a punto de desmayarse. Luther se había mostrado implacable en el interrogatorio y les había dejado muy claro que tenían suerte de no pasar la noche entre rejas.

Grace deseaba abrazarse a Ray y llorar. Ignoraba por qué exactamente deseaba llorar. Desde luego, no por Christopher Hatcher, quien, casi con toda certeza, había pagado a Freddie Potts por asesinar a Carter Lanford. Ni tampoco por Heather Farmer, aunque la joven había perdido a su amante y a su amigo en poco más de una semana.

Ray, comprendiendo que estaba agotada, la abrazó en cuanto cerraron la puerta. Y, enseguida, Grace comprendió que deseaba llorar por ellos. Por Ray y por sí misma. Por todo lo que habían perdido y perderían en los años por venir. Las lágrimas le quemaban los ojos. Luther tenía razón. Si Ray y ella no habían conseguido que lo suyo funcionara, ¿cómo podía alguien tener esperanzas de encontrar una felicidad duradera?

Ray convivía a diario con la muerte y el peligro. Ella necesitaba sentirse segura.

Él vivía al límite. Ella necesitaba saber que su marido estaba a salvo. Lo único que tenían era el amor, y con eso no bastaba.

Por muy asustada que estuviera, se quedaría con Ray tanto tiempo como él se lo permitiera. Ray había decidido marcharse a Mobile, y ella no volvería a abandonarlo, sucediera lo que sucediera. No le lanzaría ultimátums ni le pediría que eligiera entre ella y su trabajo. Pero tampoco lo seguiría.

Lo único que tenían era el momento, y Grace estaba decidida a disfrutarlo, de la misma manera que disfrutaba de los recuerdos de los buenos tiempos, antes de que su matrimonio empezara a hacerse pedazos.

Ray le acarició el pelo.

—Tienes que quitártelo de la cabeza. Olvídalo. Olvida lo que has visto. Vamos, cámbiate de ropa, cepíllate el pelo y te llevaré a cenar a algún sitio bonito —le acarició la espalda con ternura.

Ella alzó la cabeza para mirarlo. Las lágrimas de sus ojos se habían secado, dejando solamente un rastro tras ellas. Grace lo miró detenidamente, amorosamente, guardando en su memoria la línea de su mandíbula, la suavidad de su boca, la profundidad y pasión de sus brillantes ojos azules. La fortaleza y suavidad que lo hacían ser quien era. Mientras lo miraba, trazó la línea de su mandíbula con un dedo.

Sentía ganas de decirle que lo quería. Que nunca había dejado de quererlo, por mucho que lo hubiera intentado.

Pero Ray solo deseaba aquello: el contacto físico, una aventura pasajera antes de marcharse. Sin duda intentaba olvidarla, igual que ella, neciamente, había intentado hacer con él.

Una vez que se fuera a Mobile, la reemplazaría enseguida. Como la había reemplazado antes.

Pero eso no le importaba. Por el momento. Solo le importaba el aquí y el ahora.

Esa única noche.

—Tengo una idea mejor —musitó Grace, poniéndose de puntillas para besarle suavemente—. ¿Por qué no pedimos una pizza?

Capítulo 16

Pidieron pizza, se la comieron caliente y fría, y después se acomodaron en el sofá, frente al televisor. Ray en calzoncillos y Grace en camiseta. Ella se recostó contra el costado de él y Ray la rodeó con el brazo. Exhausta, saciada, acurrucada contra su piel cálida y masculina, Grace se sintió perfectamente feliz.

¿De dónde sacaba Ray su coraje?, se preguntaba. ¿Había nacido con él? ¿O se había forjado con el tiempo, con cada crisis, poco a poco? Ella también debía tener coraje. Coraje para quedarse. Coraje para decir la verdad sin reparos.

Eran casi las diez de la noche cuando alguien llamó a la puerta de la habitación.

Ray tomó la pistola de encima de la mesa y empujó a Grace hacia el dormitorio. No había dado dos pasos cuando Luther lo llamó en voz alta para hacerle saber que era él quien llamaba.

Grace se fue al dormitorio y se puso un grueso albornoz, y Ray agarró sus vaqueros de encima de una silla que había junto al sofá azul. Ella volvió a entrar en la sala justo cuando Ray abría la puerta. Luther se apresuró a entrar.

—¿Estás bien? —le preguntó a Grace, arisco y casi preocupado.

—Sí —contestó ella con suavidad, recordando su conversación de la noche anterior. Deseaba creer que aquella era una visita meramente amistosa, pero después del terrible hallazgo del día, sabía que Luther tenía más preguntas acerca del asesinato de Christopher Hatcher.

—¿La conoces? —Luther le mostró una pequeña fotografía de una mujer rubia.

—Me resulta familiar —dijo Grace, intentando recordar.

—Vivía en la calle siguiente a la tuya, una manzana más abajo.

Con aquel dato, el recuerdo afloró fácilmente a la memoria de Grace.

—Solía verla cuando salía a correr. Nos saludábamos, pero no la conocía.

—Se llamaba Gillian Bickmore. Un vecino que se preguntaba por qué no había recogido los periódicos en los últimos dos días encontró su cadáver esta mañana — Luther se sacó del bolsillo un caramelo, pero no lo desenvolvió. Jugó con él, haciéndolo rodar nerviosamente entre los dedos—. El vecino dio una vuelta alrededor de la casa, mirando por las ventanas hasta que la vio.

Parece que fue envenenada, pero no tendremos los resultados de la autopsia hasta dentro de unos días.

Les contó que Gillian había faltado al trabajo un par de días y que tenía un nuevo novio, Jimmy, del que les había hablado a sus compañeras. Y que llevaba muerta cuarenta y ocho horas.

—Desde la identificación de Potts —dijo Ray.

Luther asintió.

—Sí. Es horrible. Me dan escalofríos solo de pensarlo. Estaba tendida en la cama y llevaba puesto un camión muy provocativo. Le habían cepillado el pelo y estaba ligeramente maquillada. Parece como si el asesino se hubiera tomado la molestia de estirar las sábanas y la colcha para que tuviera un aspecto agradable después de muerta. Sea cual sea el veneno o la droga que utilizaron con ella, su muerte no fue dolorosa. Tenía una expresión casi sosegada —Luther se estremeció y quitó el celofán de su caramelo—. Las almohadas estaban colocadas y la lámpara de la mesita de noche encendida. Es como si al asesino... le gustara la víctima —volvió a estremecerse y se metió el caramelo en la boca.

—¿Algún indicio? —preguntó Ray.

Luther negó con la cabeza.

—Todavía no. Los de la policía judicial siguen trabajando en la casa, pero por ahora no han encontrado ni una sola huella dactilar —maldijo en voz baja y mordió el caramelo, produciendo un leve crujido—. Si Potts está con una mujer o va de una a otra, a menos que alguien lo reconozca no hay modo de seguirle la pista. Al parecer cambia de aspecto continuamente, porque las compañeras de Gillian dicen que se lo había descrito como un tipo rubio y con los ojos marrones, y Grace dice que cuando lo vio matar a Lanford tenía el pelo castaño y los ojos claros, azules o verdes...

—Así es —dijo ella suavemente.

—Y también dices que tenía el pelo negro cuando lo viste la otra noche.

Ella asintió.

—Quizás estemos hablando de dos hombres distintos —sugirió Ray—. No sabemos si el Jimmy de Gillian Bickmore es Freddie Potts. El método usado para matarla es distinto, y la descripción física no coincide.

—Solo el color del pelo y de los ojos difiere —dijo Luther—. Y eso puede cambiarse fácilmente. El asesino es un tipo grande y rondaba por el vecindario de Grace. Y el tal Jimmy conoció a Gillian haciendo *jogging*.

Ray masculló un insulto y Grace se estremeció. Era Potts, no había duda.

La había estado vigilando, esperando su oportunidad, y había engatusado a una pobre mujer cuyo único error había sido estar en el momento y el lugar equivocados.

El asesino había estado acechando a Grace todo el tiempo.

—De una manera u otra tenemos que encontrarlo. No quiero más muertos en mi distrito, ¿me oís? —Luther se pasó distraídamente la mano por el pelo —.

Lamentablemente, no tenemos forma de llegar hasta él —dijo en voz baja —.

Tendremos que esperarlo y confiar en que vaya a buscarte.

—No —dijo Ray con firmeza, señalando con el dedo a su excompañero —. Grace no va a hacer de señuelo. No voy a pasearla por la ciudad, esperando a que el tipo muerda el anzuelo.

El cansado detective de homicidios sacó otro caramelo de menta del bolsillo de la chaqueta, lo miró y volvió a guardarlo. Parecía agotado.

Grace miró a Ray. Luther tenía razón. Podían esconderse durante algún tiempo, pero Potts todavía estaba allí fuera, esperándola.

Luther solo les había llevado malas noticias, y aún no había acabado.

—Ray —dijo—, ¿puedo hablar contigo, un momento? —señaló con la cabeza hacia la puerta que llevaba al pasillo.

—Yo iré a... —empezó a decir Grace.

—No —dijo Ray, agarrándola del brazo y obligándola a quedarse donde estaba—. Tú puedes oír todo lo que Luther tenga que decirme —clavó una mirada penetrante en su excompañero, desafiándolo a discutir.

Luther se limitó a suspirar.

—Se trata de Morgan —dijo, indicando otra vez hacia el pasillo como si esperara que aquella información hiciera cambiar a Ray de opinión.

Este gruñó en voz baja. Un gruñido de pura frustración.

—Grace ya lo sabe. ¿Qué pasa con él?

—El bocazas de Daniels se ha ido de la lengua —masculló Luther—. Él lo niega, claro, pero Morgan y su cámara llegaron a casa de Hatcher menos de una hora después de que vosotros os marcharais, y parecían muy bien informados. Morgan ya sabe demasiado —Luther miró a Grace casi pidiéndole disculpas—. Sabe que tú eres la testigo.

Ray lanzó una maldición y abrazó a Grace.

—Si Morgan se atreve a mencionar el nombre de Grace o saca su fotografía, haré mucho más que partirle la nariz otra vez.

—¿No hay una orden judicial que te obliga a mantenerte alejado de él?
—preguntó Luther.

—Sí. Y si es listo, no me obligará a violarla.

Saber que Potts acechaba todavía, y que probablemente había vuelto a matar, había puesto furioso a Ray. No se había calmado desde que Luther les había dado las malas noticias, la noche anterior.

Le había prohibido a Grace abandonar la habitación y cada vez que alguien pasaba por el pasillo, se ponía tenso. Y no podía estarse quieto. Daba continuamente vueltas por la habitación, mascullando, inquieto.

Grace había intentado convencerse de que las últimas dos noches habían sido un error. Pero no lo conseguía. Algo tan dulce y maravilloso no podía ser un error.

Quería a Ray, lo adoraba, y entre ellos había habido algo especial. Hasta que él lo había estropeado todo dejándose herir. Hasta que ella lo había arruinado todo al huir como un animalillo asustado.

No podía soportar quedarse allí sentada y mirar a Ray dar vueltas, así que dejó el sofá sigilosamente, se puso detrás de él, le pasó los brazos alrededor de la cintura y descansó la cabeza contra su espalda. Era maravilloso estar allí, segura y protegida.

Juntos, después de tanto tiempo. Años atrás, había comprendido que no podía vivir sin Ray, y era verdad. Durante los últimos seis años no había vivido. Había sobrevivido. Arrastrándose de un día al siguiente, aturdida, esperando ese momento.

Él la tomó de las manos.

—¿Quieres matar el tiempo en el catre? —le preguntó, con voz no tan serena como solía.

—No —musitó ella.

—Pues entonces no me toques, nena —gruñó él—. Ya sabes que contigo tengo el gatillo automático.

Ella no retrocedió, sino que descansó la mejilla sobre la espalda de Ray y lo abrazó fuerte, cerrando los ojos y respirando hondo.

Había sido una cobarde demasiado tiempo y en muchos sentidos. Si tuviera tan solo una pizca de la fortaleza de Ray, tan solo un poco de su valor...

—Te quiero —musitó.

Él no dijo una palabra, pero se puso tenso. Se le pusieron rígidos los

músculos de la espalda y el estómago, y pareció quedarse sin aliento.

—No estropees las cosas —dijo finalmente en voz baja—. Solo porque nos lo pasemos bien en la cama y tú estés asustada, no...

—Eso no tiene nada que ver —ella frotó la barbilla contra su espalda. Le resultaba más fácil así, sin mirarlo a la cara, sin ver sus intensos ojos azules—.

Siempre te he querido, Ray.

Él se dio la vuelta, la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Entonces, ¿por qué me dejaste? —le preguntó—. Dame una razón que yo pueda entender.

A ella no se le ocurrió otro modo de decírselo: —Porque te quería.

Justo en ese momento, sonó el busca que Ray llevaba prendido al cinturón. Un ruido discordante en el momento más inoportuno. Ray tocó un botón y el sonido se detuvo.

—Me quieres mientras las cosas van como tú quieres —dijo él amargamente—.

Mientras todas las piezas de tu puzle encajan —acercó su cara a la de ella—. ¿Y si te pidiera que vinieras conmigo a Mobile? ¿Lo harías? ¿Aceptarías ese riesgo? ¿O

saldrías huyendo otra vez? ¿Intentarías que la cosa funcionara y dentro de un año volverías a abandonarme? ¿O quizá dentro de un mes? No podría soportar estar preguntándome constantemente si te encontraría en casa al regresar, Grace —le acarició el brazo—. Así que, dime —preguntó con voz crispada—, ¿qué dirías si te lo pidiera?

—No lo sé —musitó ella, tratando de ser sincera, tratando de no esconder sus temores—. No es... fácil.

—Sí, sí lo es —él bajó la cabeza como si fuera a besarla, pero se detuvo de repente, como si hubiera cambiado de opinión.

El busca empezó a pitar otra vez y Ray, maldiciendo por lo bajo, lo agarró y miró el visor.

—¿Quién es?

—Trish —murmuró él, volviendo a poner el aparatito en su sitio.

Claro, Trish. Grace tenía que hacer un esfuerzo por recordar que, mientras que ella había sido incapaz de rehacer su vida, Ray sí lo había hecho. Se había casado dos veces después de su marcha. ¿Quién sabía cuántas mujeres más habría habido en su vida? Él no había perdido el tiempo en los últimos seis años, no había dejado de vivir ni de amar.

—Lo siento —dijo ella, dando un paso hacia atrás—. Creo que me he dejado llevar por la situación. Todo este asunto, volver a estar juntos otra vez... —se le quebró la voz—. Y las últimas dos noches...

—¿Te arrepientes?

Sería muy fácil contestar que sí. Culpar de su declaración al sentimentalismo y reírse de lo que había dicho.

—No —dijo Grace en voz baja y clara.

El busca pitó otra vez.

—Maldita sea —murmuró Ray, mirándolo de nuevo—. ¿Qué demonios querrá?

—Llámala —dijo Grace, volviéndole la espalda—. Debe de ser importante si ha intentado localizarte tres veces.

—Sí, será mejor que la llame —dijo él, acercándose al teléfono que había en la mesa, junto al sofá—. Si no, seguirá llamando hasta que le conteste.

Grace se puso a estirar frenéticamente el diario del domingo hasta que estuvo innecesariamente plano. Intentó no escuchar la conversación de Ray con su segunda mujer, pero su tono de preocupación la dejó helada.

—¿Qué? ¡No...! Sí, ahora mismo voy —colgó el teléfono—. Trish ha tenido un accidente.

—¿Está bien?

Ray asintió.

—El coche ha quedado destrozado y ella está histérica. Su novio está allí, pero dice que se encuentra tan nervioso como ella y que no le es de gran ayuda en este momento. Tengo que ir.

Naturalmente, Ray no le volvería la espalda a Trish, como no se la había vuelto a Grace. Estaba en su carácter acudir cuando se lo necesitaba, proteger a los que no podían cuidar de sí mismos. ¿Era eso todo lo que había entre ellos?

—Yo me quedaré aquí.

—No —Ray la agarró del brazo y la condujo hacia la puerta—. No voy a dejarte sola, y Luther tardaría una eternidad en venir hasta aquí.

Incapaz de discutir con él, Grace se puso los zapatos.

—Una exmujer más y no tendrás tiempo para tu carrera, y mucho menos para trabajar de infiltrado —dijo, molesta porque la conversación no hubiera tomado el giro que deseaba.

—No me lo recuerdes —masculló Ray mientras inspeccionaba el pasillo

desierto antes de conducirla hacia el vestíbulo y cerrar la puerta.

Freddie estaba sentado en la colina que se alzaba frente al edificio de apartamentos donde vivía Trish Madigan, con la espalda apoyada contra un olmo y la pistola en el regazo, escondida bajo una revista que había comprado al azar en una tienda. Deseaba haber comprado una revista más interesante. Necesitaba algo con que cubrir la pistola, por si alguien pasaba por allí. Lo cual no era probable en aquella colina cubierta de árboles. Pero debía estar preparado para cualquier eventualidad.

Gruñó. Un contable llevaba todos sus asuntos financieros. ¿Por qué había elegido aquella revista que solo hablaba de economía?

Sacar a Trish Madigan de la carretera había sido cosa de niños. Hasta le había resultado divertido. Como en los viejos tiempos, cuando empezaba en la profesión.

El novio había llevado a la rubia a casa hacía media hora y, si no le fallaba la intuición, lo primero que haría Trish sería llamar a su exmarido. Y si no se equivocaba respecto a Madigan, este se pondría en camino inmediatamente.

Madigan podía llegar con la testigo, lo cual le parecía lo más probable, o solo. Si ocurría esto último, cuando se marchara, Freddie lo seguiría hasta donde tuviera escondida a la mujer.

En cuanto hubiera eliminado a la testigo, saldría de Alabama inmediatamente.

Florida, pensó con una sonrisa. Deseaba poder pedirle a Jenny que lo acompañara, pero eso complicaría demasiado las cosas. Cuando se había despedido de ella esa mañana, ni siquiera le había dicho que la llamaría o que volvería a verla.

Simplemente, se había ido. Lo cual le parecía una grosería.

Freddie olvidó sus remordimientos al ver un coche gris entrar en el aparcamiento. Distinguió a Madigan en el asiento del conductor y a una pasajera de pelo oscuro a su lado.

El espectáculo estaba a punto de empezar.

—Te esperaré en el coche —dijo Grace cuando Ray apagó el motor.

—No —contestó él, mirándola fugazmente.

¿Cómo iba a decirle a Ray que no tenía ganas de quedarse mirando mientras él reconfortaba a su segunda mujer? Ya había cometido el error de

confesarle que todavía lo quería. Ray tenía razón. Lo que había entre ellos era únicamente una relación física, una afinidad sexual. Cuando aquello se acabara, él se marcharía a Mobile y encontraría a su esposa número cuatro, una admiradora de Lyle Lovett a la que no le importara mucho que a veces no volviera a casa durante días o que saliera al encuentro de las balas.

—Trish quiere verte a ti, no a mí —dijo, mirando por la ventanilla—. A mí no se me dan tan bien como a ti las mujeres histéricas.

—Sí, bueno, es un don que tengo —masculló él, abriendo su puerta y saliendo.

Grace creyó por un momento que iba a permitir que se quedara allí sentada, rumiando su mal humor, pero Ray rodeó el coche por la parte de atrás y le abrió la puerta. Le ofreció la mano insistentemente mientras miraba con atención el aparcamiento. Un hombre caminaba a paso rápido por el otro extremo del aparcamiento, con unas llaves en la mano.

—No puedo dejarte aquí. Vamos, Grace. No seas insensata —Ray parecía a punto de perder la paciencia.

Ella le dio la mano y puso un pie en el suelo.

—Dios no lo permita —dijo levantándose.

Él la miró fijamente, con dureza y sin pestañear, implacablemente.

Un instante antes de que Grace oyera el disparo, Ray la tiró al suelo. Ella cayó contra el asfalto, protegida por Ray, y una bala se empotró en el edificio, frente a ellos.

Ray lanzó una maldición, sacó la pistola y miró hacia la colina que había detrás del coche. Cubrió a Grace con su cuerpo, arrinconándola contra el coche mientras miraba de un lado a otro.

—¿Cómo sabías...? —empezó a decir ella, sin aliento.

—Vi un destello ahí detrás —dijo él, señalando hacia la colina—. Por el rabillo del ojo.

Trish abrió la puerta de su apartamento, echó un vistazo a la escena que se desarrollaba en el aparcamiento, dio un grito y cerró de un portazo. El hombre que estaba a punto de subirse en su furgoneta en el otro extremo del aparcamiento retrocedió y subió corriendo las escaleras.

—Métete debajo del coche —ordenó Ray.

Grace lo obedeció: se tumbó boca abajo sobre el asfalto y se arrastró bajo el automóvil. Se movió casi hasta la mitad de los bajos para dejar sitio a Ray, pero él no la siguió. Cuando hizo amago de levantarse, Grace estiró un brazo y lo agarró de la pernera del pantalón.

—Quédate —musitó.

Él bajó la cabeza lo justo para verla.

—No puedo. Tú quédate aquí hasta que vuelva.

Y se fue corriendo.

Trish probablemente habría llamado a la policía. Estarían en camino, se dijo Grace. ¿Pero llegarían a tiempo para ayudar a Ray?

Grace miró el asfalto manchado de aceite y procuró calmar el latido de su corazón. Ray era muy bueno en su trabajo. Si no, no habría sobrevivido todos aquellos años. Pero Potts también era bueno. ¿Por qué no se habría quedado Ray con ella? A salvo. Protegido.

Grace se sobresaltó al oír un nuevo disparo. ¿Quién habría disparado? ¿Ray o Potts? Desde su refugio bajo el coche, no tenía modo de saberlo. No podía ver lo que ocurría fuera.

Los segundos pasaron lentamente. ¿O serían minutos? En cualquier caso, no pasó mucho tiempo antes de que se oyera otro disparo. Luego, todo quedó en silencio.

Grace no podía soportarlo. ¿Y si Ray estaba allí fuera, herido? ¿Y si la necesitaba?

—¿Ray? —lo llamó suavemente, mirando desde debajo del coche, sin ver signos de vida a su alrededor. Volvió a llamarlo un poco más alto, y no obtuvo respuesta.

Moviéndose con mucha cautela, se arrastró a un lado, junto a un neumático, y miró a su alrededor. Pero no había ni rastro de Ray. Se arrastró un poco más y lo vio bajando por la colina. Salió de debajo del coche y, lentamente, se puso de rodillas. Al verla, Ray echó a correr hacia ella.

—No lo he encontrado —gritó—. ¡Escóndete...!

Grace sintió el impacto antes de oír el disparo. Notó una quemazón en el hombro, la cabeza empezó a darle vueltas y sintió que caía hacia atrás hasta que su espalda quedó apoyada contra el coche. Se le nubló la vista. Y por fin lo vio, por encima del hombro de Ray. Potts, saliendo de entre los árboles como un fantasma.

Llevaba la pistola en alto. Apuntaba a Ray.

Grace trató de gritar, pero su voz sonó muy débil. El nombre de Ray le salió como un susurro.

La imagen empezó a desvanecerse, pero antes de que se esfumara del todo, Ray la miró intensamente a los ojos un instante. Después, se giró bruscamente y alzó la pistola. Disparó una vez. Dos veces. Otra más. Potts

también disparó.

Todo ocurrió muy deprisa. De rodillas junto al coche, Grace perdió la cuenta de los disparos y cerró los ojos. Incapaz de mantenerse erguida, cayó de lado y descansó la mejilla contra el asfalto del aparcamiento.

A lo lejos, oyó sirenas.

—¿Grace?

Ella abrió los ojos y vio a Ray inclinado a su lado. Él se quitó la camisa y la cubrió rápidamente.

—Me ha dado —dijo ella débilmente—. ¿Tú estás bien? —le preguntó, intentando ver heridas, sangre o desgarros en su ropa. Pero él no parecía herido.

—Estoy bien —dijo Ray, mientras la incorporaba cuidadosamente para ponerle la camisa sobre el hombro. La hizo descansar sobre su regazo y apretó la camisa contra la herida—. Potts está muerto —dijo, con la voz quebrada.

Trish se acercó, llorando y dando gritos. Ray le dijo que se clamara, que llamara a emergencias y le llevara una manta. Ella se apresuró a hacer lo que le pedía, todavía llorando.

—Debí quedarme bajo el coche —dijo Grace débilmente—. Pero no te veía, Ray.

Oí los disparos y pensé que tal vez... tal vez...

«Que te habían disparado otra vez. Que esta vez tendría que verte morir».

Trish volvió con una manta de lana. Se la tendió a Ray y observó un momento a Grace. Luego miró hacia atrás, hacia donde, unos metros más allá, Potts yacía muerto sobre el suelo del aparcamiento.

—¿Ese era el tipo que me sacó de la carretera? —preguntó, con la voz débil y ligeramente temblorosa.

—¿Alguien te sacó de la carretera? —dijo Ray mientras envolvía a Grace con la manta, asegurándose de que tuviera las piernas y los brazos bien cubiertos—. ¿Por qué demonios no me lo dijiste?

—Estaba aturdida —dijo Trish—. Iba a contártelo en cuanto llegaras.

Ray miró amenazadoramente a Trish y al hombre delgado que se había acercado a ella, y ambos retrocedieron.

—¿De veras estás bien, Ray? —preguntó Grace con voz débil.

—No hables —le ordenó él, estrechándola suavemente entre sus brazos y manteniendo la presión sobre su hombro—. Esto no es nada —dijo, con voz extrañamente intranquila—. La policía está al llegar y la ambulancia viene de camino. Enseguida se ocuparán de ti.

Grace no estaba tan segura. ¿Por qué tenía tanto frío? Empezó a temblar, y Ray la abrazó más fuerte. Ella apoyó la cabeza contra su hombro y cerró los ojos. Pero no quería dormirse todavía.

—Lo decía en serio —musitó—. Te quiero.

—No hables así, Grace —le ordenó él—. Vas a ponerte bien. No tienes que hacer...

«Confesiones de última hora». Ray no fue capaz de decirlo, ni ella tampoco.

Ray la abrazó más fuerte y, durante unos minutos, le susurró palabras tranquilizadoras al oído. Pero Grace comprendió que no se las creía. Podía sentir el miedo en su voz. Ray Madigan, que nunca se asustaba por nada, estaba aterrorizado.

Pensar ya no le resultaba fácil, y mantenerse despierta le costaba un gran esfuerzo. Pero tenía que hacerlo.

—¿Por qué no fuiste en mi busca? —le preguntó—. Si hubieras ido a buscarme, no podría haberte mirado a los ojos y fingir que ya no te quería. Estaba tan enfadada contigo por ponerte en peligro... Me dolía mucho, Ray. Me estaba matando. Tenía que hacer algo.

—No hables —dijo él—. Guarda las fuerzas.

Como siempre, Ray no quería hablar de ello. No quería retroceder en el tiempo y revivir su separación. Tal vez tuviera razón. Tal vez revivir el pasado no arreglara las cosas. Desde luego, no cambiaría lo que había sucedido. Grace cerró los ojos y descansó contra su pecho. Él la envolvió entre sus brazos.

—Yo me fui —dijo ella despacio, temblando—. Pero tú me dejaste ir. Se suponía que no tenías que permitirlo. ¿Por qué no fuiste a buscarme?

Él la acunó suavemente.

—Lo hice —musitó—. Maldita sea, Grace, fui a Chattanooga dos veces. Pero no me atreví a verte cara a cara. Me quedaba sentado en el aparcamiento, mirando la puerta de tu casa... y no conseguía levantarme y llamar al timbre. Sabía que no podría sobrevivir si me mirabas a los ojos y me decías que ya no me querías.

—No podría haberlo hecho.

Ray la abrazó más fuerte. Grace necesitaba su calor.

—Qué necio fui —susurró él—. No pude enfrentarme a ti, así que volví aquí e intenté fingir que todo iba bien. Pero nada iba bien. Intenté recobrar-me, pero estaba rabioso. Y pensé que si nuestro matrimonio había ido bien, podría

tener un buen matrimonio con cualquiera.

—Con Trish y con Patty —susurró ella.

—Sí.

Grace se acurrucó contra él. Decir la verdad le resultaba más fácil en un momento así. Los juegos no tenían ya sentido. Lo único que les quedaba era la verdad. Solo se tenían el uno al otro.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto odio a esas dos? —confesó ella. Se estremeció al sentir una oleada de frío que atravesaba su cuerpo. Sería fácil echarse a dormir, yacer en brazos de Ray y desvanecerse—. No puedo evitarlo. De veras, las odio.

¿Era una risa lo que oyó? Tal vez... Tal vez no. Podía ser una risa o un sollozo.

Pero Ray nunca lloraba. Si tuviera fuerzas levantaría la cabeza. Pero no tenía fuerzas.

Las ambulancias se acercaban rápidamente. Trish y su novio revoloteaban por allí, no muy lejos. A su alrededor oía pasos y murmullos. Los residentes de los apartamentos habían salido a ver qué pasaba. Y, sin embargo, Grace se sentía como si estuviera a solas con Ray.

—Te quiero, Gracie —musitó él.

«Voy a morir», pensó ella confusamente. Ray no le habría dicho que la quería si pensara que iba a sobrevivir.

Las sirenas sonaban más cerca, tanto que el ruido estridente hería sus oídos.

Ray se inclinó sobre ella.

—Vas a ponerte bien —le susurró al oído. Y casi parecía que lo creía de verdad.

Era solo una herida en el hombro, se decía una y otra vez a sí mismo. La bala no había tocado ninguna zona vital.

Pero ella estaba tan fría que Ray temía que, si la dejaba desvanecerse, nunca despertaría. Había perdido mucha sangre. Por más que él apretaba la herida, seguía sangrando.

—Grace —susurró al notar que ella perdía el conocimiento.

Grace no respondió.

Los médicos lo obligaron a soltarla. En su interior, algo gritó que no podía dejarla. Que si la dejaba, ella moriría. Los médicos no sabrían cómo tratarla. Solo él sabía cómo hacerlo.

Pero su razón le decía que aquello no era cierto. De mala gana, retrocedió para dejar que los médicos hicieran su trabajo.

Sin embargo, algo en su interior le decía que debía inclinarse y ordenarle que abriera los ojos. Grace tenía la cara demasiado blanca, los labios demasiado pálidos.

La sangre había empapado su ropa, y la manta, que un médico apartó, estaba teñida de rojo.

Luther apareció de pronto a su lado.

—Ese canalla le disparó —dijo Ray, sin apartar los ojos de ella—. Solo es una herida en el hombro —dijo—. Se pondrá bien.

—Claro, Ray.

—Le dije que se quedara debajo del coche. Maldita sea, ¿por qué no se quedó debajo del coche?

Los médicos trabajaban velozmente y con eficacia, tomando las constantes vitales de Grace e intentando detener la hemorragia.

—Te has cargado a Potts —dijo Luther, mirando por encima del hombro hacia el lugar donde el cadáver del asesino yacía en el aparcamiento, cerca de los árboles de los que había emergido para dispararles—. Ese tipo era una auténtica basura, puedes creerme —sacó un caramelo de menta del bolsillo, le quitó el celofán y se lo metió en la boca.

Tras ellos se produjo una nueva conmoción. Sam Morgan y su cámara saltaron de un coche que se había detenido en medio del aparcamiento. Casi inmediatamente, los ojos de Morgan se posaron en Ray.

—¿Qué demonios hace ese aquí? —siseó Ray.

—Alguien debe haberlo llamado —dijo Luther.

Por el momento, Ray no podía preocuparse de Morgan. Se dio la vuelta y vio que los médicos estaban preparando a Grace para llevarla al hospital. Sabía que la cuidarían bien. Eso lo tranquilizó, un poco.

Iría con ella en la ambulancia. Le agarraría la mano y le daría ánimos, todo saldría bien.

Pusieron a Grace en una camilla y la alzaron. Dos enfermeros sostenían la camilla y un médico iba a su lado para continuar el tratamiento.

—El latido del corazón es débil, y la temperatura no sube. ¡Se nos va a parar! — exclamó el médico mientras corrían hacia la ambulancia.

Ray salió corriendo tras la camilla. Quería estar junto a Grace, pasara lo que pasara. Pasara lo que pasara.

Pero lo detuvieron a las puertas de la ambulancia. No había sitio, le

dijeron, cerrando las puertas en sus narices. Y no tenían tiempo que perder.

Ray se quedó allí, parado, y por primera vez en su vida se sintió completamente impotente. De pronto empezó a temblar y su corazón pareció latir tan débil y azorosamente como el de Grace. Debía llegar al hospital. Enseguida.

—Vamos —dijo Luther, tomándolo del brazo y conduciéndolo a su coche—. Yo te llevaré.

—Puedo conducir —dijo Ray, furioso.

—Ni lo sueñes. Tú no tienes mejor aspecto que Grace.

Al parecer, Sam Morgan se había enterado de algún modo de que Ray estaba implicado en el suceso. Se le acercó con el micrófono en alto, mientras el cámara enfocaba directamente la cara de Ray.

—Señor Madigan —dijo Morgan, con un tono de falsa preocupación mezclada con repugnante complacencia—, ¿puede decirnos qué ha ocurrido?

—Apártate, Morgan, si no quieres que te parta la nariz otra vez —contestó Ray mientras se acercaba al coche de Luther.

—Nos han informado de que la mujer a la que han disparado es amiga suya, y que ambos llegaron juntos aquí esta tarde —un destello de excitación brilló en los ojos de Morgan—. ¿La bala que la alcanzó iba dirigida a usted, señor Madigan?

¿Cómo se siente al respecto?

Ray le arrancó el micrófono, lo tiró al suelo y luego agarró a Morgan de la camisa y lo atrajo hacia sí hasta que quedaron nariz con nariz.

—Di una palabra más y te arrancaré el hígado. Aquí y ahora, delante de toda esta gente.

Morgan se echó a temblar y lanzó una mirada de pánico a Luther.

—Me ha amenazado, detective. Usted lo ha oído, ha amenazado con matarme.

—Yo no he oído nada —masculló Luther.

Ray soltó a Morgan y lo empujó hacia atrás.

—Solo le he dicho lo que sentía. Diablos, él me lo ha preguntado.

No había tiempo para aquello, ni un solo minuto que perder. Ray se montó en el coche de Luther. El detective puso la sirena roja en el techo del coche, la encendió y arrancó a toda velocidad.

El tráfico se abrió para dejarles paso. La ambulancia ya no se veía. Ray apretó los puños y se olvidó de Morgan, de Potts y de todo, salvo de Grace.

Podía morir. En ese preciso momento podía estar muerta o agonizando, y

él no podía hacer nada por impedirlo. Nunca se había sentido tan inútil.

—¿Qué voy a hacer si Grace muere? —musitó—. Lo he estropeado todo, Luther. Todo.

—Lo has hecho lo mejor que has podido —dijo su excompañero, mirando la carretera.

—No ha sido suficiente —murmuró Ray—. ¿Cómo voy a sobrevivir sin ella?

Luther sacudió la cabeza. Farfulló una maldición.

—En fin, tengo la sensación de haber pasado por esto antes —dijo finalmente.

Ray apartó la mirada de la carretera y miró a su amigo.

—¿Qué?

Luther continuó mirando hacia delante.

—Cada vez que te herían y yo llevaba a Grace al hospital, ella se sentaba donde tú estás ahora y murmuraba esas mismas palabras. ¿Y si muere? ¿Qué voy a hacer sin él? Se sentaba ahí, temblando y llorando y hablando para sí misma, aunque yo le dijera que tus heridas no eran graves.

Ray sintió un escalofrío. Grace había intentado decírselo. Y por fin lo comprendía.

—Yo le hice esto a Grace —dijo, absorto, mirando el tráfico—. Tres veces, se lo hice tres veces. Ella intentó decírmelo, me pidió que lo dejara... y yo le volví la espalda y le dije que no tenía de qué preocuparse —sacudió la cabeza—. No me extraña que me dejara. Le hice pasar por esto una y otra vez, y cuando me pidió que dejara el trabajo, no la tomé en serio... Tenía todo el derecho a marcharse. Todo el derecho.

¿Cómo iba a culparla? El dolor que sentía en ese momento era espantoso, era el peor sufrimiento que había experimentado en toda su vida. Habría preferido que lo hirieran cien veces a volver a pasar por aquello.

Capítulo 17

Grace abrió los ojos y vio a Ray paseando junto a su cama. Fuera estaba oscuro y en la habitación había una sola lámpara, de baja potencia, que colgaba directamente sobre la cama. Los únicos sonidos que se oían eran la respiración de Ray y las palabras que mascullaba para sí y, de vez en cuando, el ir y venir de una enfermera por el pasillo.

Recordó de repente lo que había ocurrido. Recordó que le había dicho a Ray que lo quería. Que le habían disparado. Y recordó que, al fin, le había oído decir que la quería.

Ray se dio la vuelta y sus ojos se iluminaron. Pareció sorprendido de encontrarla despierta. Acercó una silla a la cama, se sentó y la agarró de la mano.

Parecía agotado y completamente abatido. Tema los ojos enrojecidos y las arrugas de su cara se habían hecho más profundas.

—¿Cómo estás?

—Un poco mareada —dijo ella con una sonrisa.

—Es por los calmantes —le explicó él.

Grace cerró los ojos y respiró hondo. Le dolía el hombro y la cabeza le daba vueltas ligeramente, pero se sentía mejor que antes. Más fuerte. Se estremeció al recordar a Potts disparando su arma contra Ray y contra ella.

—Ese hombre... Potts...

—Está muerto —susurró Ray.

—Tú lo mataste.

Él asintió.

Al fin, todo había acabado. Potts estaba muerto, ella aún vivía y Ray estaba a su lado. ¿Pero por cuánto tiempo?

Se preguntó si él creería que había olvidado que le había dicho que la quería cuando pensaba que podía morir. Se preguntó si tal vez confiaría en que lo hubiera olvidado. Ray le había confesado muchas cosas mientras la abrazaba. Más de lo que deseaba confesarle, probablemente.

Una enfermera menuda, que seguramente no medía más de un metro cincuenta, abrió la puerta y entró en la habitación con un inconfundible aire de autoridad.

—¿Todavía está aquí? —dijo, mirando a Ray con los ojos entrecerrados—. Ya le he dicho que la hora de visita ha terminado.

—Pero es mi mujer —arguyó él—. No esperará que la deje sola —Ray entornó los ojos y miró a Grace, quizá esperando que lo contradijera como solía y puntualizara : «exmujer». Pero ella no dijo nada.

—Eso es justamente lo que espero —replicó la enfermera.

Ray no le contestó y sonrió a Grace. Su sonrisa era débil, pero seguía siendo la sonrisa de Ray Madigan. La nueva expresión borró en parte el cansancio de su rostro.

—Hará falta alguien mucho más grande que usted para echarme de aquí —dijo suavemente.

La enfermera dio un bufido, tomó el pulso a Grace y entornó los ojos.

—De acuerdo, quédese. Pero si me causa el menor problema, yo misma lo echaré de aquí. Soy más fuerte de lo que parezco.

Cuando la enfermera se fue, Grace apretó la mano de Ray e intentó reunir fuerzas. Era ahora o nunca.

—Ray, esta mañana me preguntaste qué diría si me pidieras que fuera contigo a Mobile.

—Gracie, no...

—Diría que sí —dijo ella rápidamente, antes de que él pudiera detenerla, antes de que pudiera retirar su oferta—. No te mentaré. No me resultará fácil ver que te pones en peligro otra vez. No será agradable volver a pasar por esa experiencia.

Tendrás que consolarme de vez en cuando, y tendrás que recordarme por qué haces lo que haces... Pero vivir con la incertidumbre de lo que traerá cada día es mejor que vivir sin ti. Ahora lo sé.

Él sacudió la cabeza.

—No puedo pedirte eso.

A ella se le encogió el corazón. Ray no la quería a su lado. Prefería marcharse solo. No debería sorprenderla.

Lo menos que podía hacer era dejarlo marchar sin lágrimas ni recriminaciones.

Él había sido completamente sincero al decirle una y otra vez que entre ellos solo había algo físico. ¿Y no era eso lo que ella se había propuesto: dejar que, esa vez, fuera él quien se marchara?

—Lo entiendo —musitó, decidida a facilitarle las cosas. Después de todo, Ray nunca le había prometido nada.

Ray entrelazó sus dedos con los de ella y la miró con fijeza. Aunque la fugaz sonrisa había difuminado el cansancio de su rostro, todavía parecía

agotado y envejecido.

—Estaba pensando que tal vez podría quedarme aquí —dijo Ray despacio—. Y

estaba pensando que tal vez te gustaría dejar de trabajar para el doctor Matasanos y trabajar conmigo.

Ella, incrédula, sonrió suavemente.

—¿Lo dices en serio?

—Tener mi propio pirata informático —dijo él con una sonrisa forzada—. ¿Qué más puedo pedir?

A Grace, la oferta le pareció realmente maravillosa, pero al mismo tiempo se preguntó si Ray podría abandonar su cruzada, si podría olvidar la muerte de su hermana, la razón que lo había impulsado todos aquellos años.

—¿Pero eso sería suficiente para ti? —musitó ella—. ¿Podrías vivir a gusto sabiendo que ahí fuera sigue habiendo malnacidos que matan a otras personas?

Él vaciló, pero finalmente asintió, se inclinó sobre la cama y la besó con ternura.

—Creo que a partir de ahora guardaré toda mi adrenalina para ti.

—Eso sería fantástico.

Él le apartó el pelo de la cara y le puso las palmas de las manos sobre las mejillas.

—¿Te casarás conmigo otra vez?

—Pregúntamelo.

—Acabo de hacerlo.

—No. Hazme el examen de Lyle Lovett —susurró ella—. He estado estudiando.

—¿Cuándo?

Grace puso una mano sobre la de él.

—Esta mañana, en Internet, mientras tú dormías. Probablemente, ahora sé más cosas de Lyle Lovett que tú.

Ray sonrió.

—Lo dudo.

—Pero necesitaré algún tiempo para aprenderme una canción entera —dijo ella—. Creo que me sé casi toda la letra de algunas, pero no quiero cometer ningún error.

—Estaré encantado de enseñártelas —él se inclinó y le dio otro beso, tocándola como su temiera que se rompiera al besarla demasiado fuerte—.

Sabías que te lo pediría —dijo al apartarse. Parecía alegre y un tanto aturdido—. Si no, ¿por qué has estudiado para ese estúpido examen?

—No lo sé —dijo ella, alzando una mano para acariciarle la mejilla—. Tenía esperanzas de que lo hicieras.

La enfermera volvió a entrar con una taza de papel en la mano. Lanzó una mirada acerada a Ray y este volvió de mala gana a su asiento.

—Le toca el somnífero —dijo alegremente.

—No quiero somníferos —dijo Grace con firmeza—. Creo que ya tengo bastantes drogas en el cuerpo por el momento.

—Si este hombre va a mantenerla despierta... —empezó a reprenderla la enfermera.

—Este hombre es mi marido —exclamó Grace—. Si él se va, yo también me voy.

La enfermera dio un bufido y salió de la habitación con las píldoras en la mano.

Ray miró a Grace con satisfacción.

—Te quiero, Gracie.

—Yo también te quiero —musitó ella.

Ray la tomó de la mano otra vez y se tendió en la cama junto a ella. Cuando la enfermera volvió a entrar, ambos dormían profundamente.

Grace debería haber sabido que Ray no sería capaz de renunciar completamente a su cruzada. Solo llevaban casados dos meses, y ya se había implicado otra vez.

Ray se las había ingeniado para convencer a Beatrice Reed de que creara un programa de rehabilitación de drogodependientes en el Hospital Infantil. Como antiguo oficial de narcóticos, él ayudaría en las actividades de recaudación de fondos previstas para el año siguiente. Ray tenía muchas ideas sobre la forma en que debía funcionar el programa, quién debía participar y cómo podían atraer a los chicos que necesitaban ayuda.

Al final de un largo día en la oficina, estaban tumbados juntos en la cama.

Vivían en una casa nueva situada en el barrio que ambos amaban. En la decoración se mezclaban las bolas de cristal y los suaves colores de Grace con el estéreo y la colección de discos de Ray. Todo era perfecto.

—He encontrado a Timothy Reynolds —dijo Grace—. Está trabajando en Houston. Gana mucho dinero, sale con la hija de su jefe y acaba de comprarse un coche nuevo. ¿Crees que la señora Reynolds se alegrará?

Ray la abrazó y ella descansó la cabeza sobre su hombro.

—Sí —dijo él suavemente—. La señora Reynolds solo quería encontrarlo y pedirle perdón. Cinco años es demasiado tiempo sin ver a un hijo.

Ella asintió alegremente. Trabajar con Ray era una aventura sin fin. El negocio iba bien: ya estaban pensando en contratar a otro investigador. Doris decía que necesitaba su propia secretaria.

—¿Luther viene a cenar mañana por la noche?

—Eso me dijo. Y también dijo que si intentabas liarlo con un pimpollo otra vez, nunca te lo perdonaría.

Grace sonrió.

—Tara no es un pimpollo.

Ray gruñó y luego se rio suavemente.

Se abrazaron en la oscuridad, amoldándose el uno al otro tan fácilmente como lo hacían en el sexo.

—Nunca me has pedido que te cante esa canción —musitó ella, acariciándole el pecho.

—Pero si te doy lecciones constantemente.

—Todas las mañanas —dijo ella con una sonrisa.

Él se tumbó de lado para mirarla, se apoyó sobre el codo y sonrió.

—¿Es que ya estás preparada?

Ella asintió. Aquella no era una canción de las que Ray solía cantar en la ducha, pero Grace la había oído varias veces.

Ella acercó su cara a la de él y empezó a cantar dubitativamente una versión desafinada de *Bebés rollizos*.

No había avanzado mucho en la canción cuando Ray se echó a reír y la abrazó, poniendo una mano sobre su vientre todavía plano. Naturalmente, sabía lo que Grace trataba de decirle.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Feliz?

—Mucho.

Ray apoyó la cara sobre su vientre.

—Yo también —dijo en voz baja.

Ella le acarició la cabeza mientras él le besaba la tripa con ternura.

—Dios, Gracie. Un hijo —musitó Ray, emocionado—. Un hijo —se irguió, se colocó sobre ella y la miró a los ojos—. Te quiero.

Ella le acarició la mejilla suavemente.

—Yo también te quiero. Siempre te he querido. Ser la primera señora Madigan fue fantástico casi siempre —le confesó—. Pero Ray..., lo que realmente me gustaría sería ser la última señora Madigan.

Ray le dio un rápido beso y luego volvió a su postura de antes, con los labios sobre el vientre de Grace y las manos en sus caderas. Empezó a hablarle al bebé, susurrando dulces palabras contra la piel de Grace. Abrazándola fuerte, la besó en la tripa, la acarició con la palma de la mano y luego se irguió para tomar su boca y besarla profunda y suavemente.

Hicieron el amor en una lenta, dulce y deliciosa unión de cuerpos y almas.

Y, como siempre, Ray se portó como un buen chico.

Fin

ÍNDICE

[Miedo a perderte](#)

[Argumento:](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)